

JÓVENES Y PANDEMIA

MIRADAS EXPERTAS



ALBOAN



EUSKO JAURLARITZA
GOBIERNO VASCO

BERDINTASUN, JUSTIZIA
ETA GIZARTE POLITIKETAKO SAILA
DEPARTAMENTO DE IGUALDAD,
JUSTICIA Y POLÍTICAS SOCIALES



GAZTEEN EUSKAL
BEHATOKIA OBSERVATORIO VASCO
DE LA JUVENTUD



JÓVENES Y PANDEMIA MIRADAS EXPERTAS

EUSKO JAURLARITZA



GOBIERNO VASCO

BERDINTASUN, JUSTIZIA
ETA GIZARTE POLITIKETAKO SAILA

DEPARTAMENTO DE IGUALDAD,
JUSTICIA Y POLÍTICAS SOCIALES

Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia

Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco

Vitoria-Gasteiz, 2021

Un registro bibliográfico de esta obra puede consultarse en el catálogo de la red Bibliotekak del Gobierno Vasco: <http://www.bibliotekak.euskadi.eus/WebOpac>

Edición:

1ª, septiembre 2021

Tirada:

600 ejemplares

© Administración de la Comunidad Autónoma del País Vasco.
Departamento de Igualdad, Justicia y Políticas Sociales

Internet:

www.euskadi.eus

Coordinación:

Observatorio Vasco de la Juventud

Edita:

Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia
Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco
Donostia-San Sebastián, 1. 01010 Vitoria-Gasteiz

Diseño y maquetación:

Dirección de Gabinete.
Departamento de Igualdad, Justicia y Políticas Sociales

Traducción:

IZO (Itzultzaileen Zerbitzu Ofiziala)

Impresión:

Gráficas Irudi, S.L.

D.L.:

LG G 585-2021

ISBN:

978-84-457-3602-9



Los contenidos de este documento, en la presente edición, se publican bajo la licencia:
Reconocimiento – No comercial – Sin obras derivadas 4.0
Unported de Creative Commons (más información http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es_ES)

ÍNDICE

05	PRESENTACIÓN
07	INTRODUCCIÓN
09	RELACIÓN DE ARTÍCULOS
10	Alboan: <i>Los jóvenes y la pandemia: algunas aportaciones/comentarios del grupo de monitores de la Red de Jóvenes-Gazte Sarea de Alboan</i>
16	Alonso Alberca, Natalia: <i>Ligeras y ligeros de equipaje</i>
22	Alonso Arana, Maite: <i>Consecuencias de la pandemia en la juventud. una reflexión desde el consejo escolar de Euskadi</i>
28	Álvarez Llorente, Nagore; Ordoñez Gómez, Blanca; San Cristóbal Garamendi, Ruth; Sánchez Garigorta, Itziar: <i>El impacto de la crisis del COVID-19 en los jóvenes con diversidad funcional y los retos de futuro: una aproximación desde sus vivencias y las de sus familias</i>
34	Angulo Zaldua, Joseba: <i>En pandemia, de aquí para allá. La pandemia de aquí para allá</i>
40	Ansotegi Guruziaga, Estibaliz: <i>Consumos de la juventud vasca durante la pandemia</i>
44	Basaras Ibarzabal, Miren: <i>Pandemia y juventud</i>
48	Bayón Martín, Fernando: <i>No es tan seguro que...</i>
52	Etxeberria Agirresarobe, Mikel: <i>Juventud y cultura en pandemia</i>
58	Etxeberria Otadui, Ion: <i>El árbol de las STEM y la pandemia</i>
62	Fernández Rivas, Arantza y González Torres, Miguel Angel: <i>Informe sobre la salud mental de las y los adolescentes desde el punto de vista del servicio de psiquiatría del hospital universitario de Basurto (HUB)- OSI Bilbao Basurto</i>

- 68** Garcinuño Zabala, Javier: *Pandemia. Crisis. Paro. Oportunidad*
-
- 72** Goirigolzarri Garaizar, Jone: *La juventud y el euskera en tiempos de pandemia*
-
- 76** Grandibal Maguregi, Josu: *Participación, Juventud, Pandemia...*
-
- 80** Landaida Larizgoitia, Izaskun: *La pandemia y sus efectos en la juventud y en la igualdad de mujeres y hombres*
-
- 84** Mendizabal Usabiaga, Larraitx: *La juventud en la pandemia: ¿irresponsable, indiferente, culpable?*
-
- 88** Morán Cuadrado, Charo: *Nuestro consumo en tiempos de pandemia*
-
- 92** Moreno Márquez, Gorka: *La universidad en tiempos del COVID*
-
- 96** Olabe Aguirre, Maialen: *Pandemia y emancipación*
-
- 100** Oleaga Páramo, José Antonio: *La juventud y la COVID 19*
-
- 104** Perez de Villarreal Amilburu, Naiara: *Jóvenes, post-confinamiento y redes sociales: ¿vuelve el debate del uso abusivo de las pantallas?*
-
- 108** Ramírez de Ocáriz Sorolla, Ana: *Sexos, cortejo y amores en tiempos de pandemia*
-
- 112** Sáez Martínez, Jorge: *La repercusión de la pandemia en la movilidad internacional y la participación de la juventud de Euskadi en proyectos europeos*
-
- 116** San Salvador del Valle Doistua, Roberto: *Más jóvenes, más talento*
-
- 120** Sanzo González, Luis: *De una juventud a otra*
-
- 126** Sarasola Irizar, Nora: *Oportunidades para que los y las jóvenes cumplan sus retos de vida*
-
- 132** Shershneva Zastavnaia, Julia: *El impacto de la COVID-19 en las personas jóvenes de origen extranjero en Euskadi*
-
- 136** Silvestre Cabrera, María: *Juventud, pandemia e incertidumbres*
-
- 140** Zalakain Hernández, Joseba: *COVID19 y justicia intergeneracional*
-

PRESENTACIÓN

La pandemia de la covid19, que ha revolucionado nuestra cotidianidad en el último año y medio, ha tenido menor incidencia en la juventud que en el resto de la población en lo que se refiere a fallecimientos o ingresos hospitalarios. Las consecuencias sobre la salud son menos graves en el colectivo joven, pero eso no quiere decir que no haya incidido de forma sustancial en la vida de las personas jóvenes, en sus estudios, trabajo, ocio, relaciones, proyectos de vida, etc.

Las y los jóvenes cambiaron muchos de sus hábitos y rutinas diarias: recibieron clases on-line, tele-trabajaron, se implicaron en labores solidarias, aumentaron el uso de las redes sociales, limpiaron y cocinaron más, salieron menos, buscaron nuevas formas de hacer deporte, en casa o en solitario, desarrollaron nuevas formas de relacionarse y/o ligar, pospusieron celebraciones, proyectos de emanciparse..., en definitiva, se vieron obligadas a cambiar sus vidas.

Y, aunque en los medios de comunicación las fiestas y botellones de la juventud han sido portada en muchas ocasiones, y la sociedad ha tildado a la juventud de egoísta e irresponsable en muchos casos, lo cierto es que la mayoría de las y los jóvenes han cumplido con las medidas de prevención establecidas. Es más, en las investigaciones sobre el tema que ha llevado a cabo el Observatorio Vasco de la Juventud, las personas jóvenes se mostraban de acuerdo con el estado de alarma y las medidas impuestas para intentar frenar la pandemia, mostrando así un claro compromiso en la lucha contra la enfermedad. Al mismo tiempo, muchas de ellas se ofrecieron como voluntarias para ayudar a personas que, por su edad o condición social, tenían dificultades para afrontar solas la nueva situación.

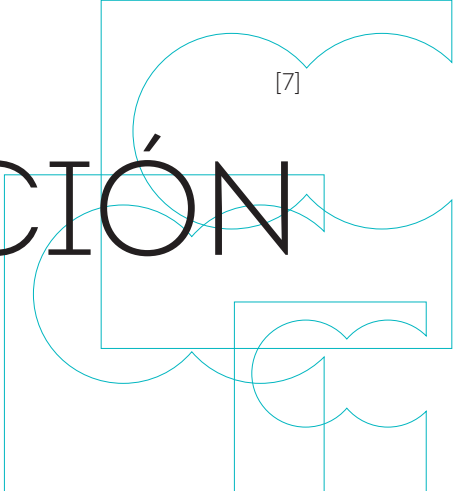
No obstante, no puedo restar importancia a las irresponsabilidades de una minoría de jóvenes, así como de personas adultas. Por mis propios entornos familiares sé que una inmensa mayoría de jóvenes han rechazado estas actitudes y han manifestado su absoluta oposición a injustas generalizaciones hacia la juventud, que, en su mayoría, ha dado un ejemplo de responsabilidad.

Esta publicación pretende, por un lado, ir más allá de esa visión simplista de la juventud como colectivo que solo quiere divertirse sin tener en cuenta las consecuencias de sus actos en el resto de la sociedad y, por otro lado, completar la percepción de las consecuencias de la pandemia en la vida de las y los jóvenes; si anteriormente las propias personas jóvenes nos habían dado su opinión, ahora son personas expertas en distintos ámbitos sociales (educación, empleo, salud, ocio, cultura, etc.) quienes nos aportan su visión.

En una circunstancia como la actual es imprescindible un enfoque multidisciplinar para intentar conocer mejor la realidad y poder ayudar a la juventud de Euskadi a seguir adelante con su vida y sus proyectos. Nuestro deber es velar por nuestro futuro, es decir, por nuestra juventud.

Beatriz Artolazabal Albeniz
Consejera de Igualdad, Justicia y Políticas Sociales

INTRODUCCIÓN



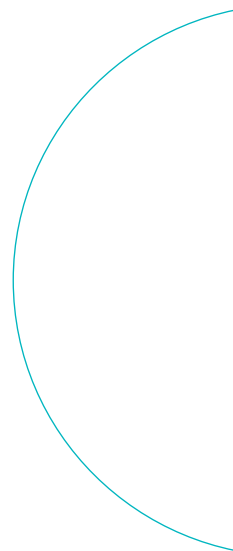
La pandemia de la Covid 19 ha traído cambios profundos a nuestra sociedad en la forma de trabajar, estudiar, relacionarnos, disfrutar de nuestro ocio..., cambios que no solo han afectado a las formas de hacer, sino también a las formas de pensar y sentir.

El Observatorio Vasco de la Juventud ha llevado a cabo diversas investigaciones sobre cómo ha afectado a las personas jóvenes la pandemia y los cambios y restricciones que ha conllevado, cuáles han sido sus principales preocupaciones, sus cambios de hábitos y rutinas, sus sentimientos, sus opiniones, etc., en un momento tan singular como este que nos está tocando vivir. También hemos preguntado a las y los jóvenes por sus expectativas a corto plazo. Todos estos estudios nos han ayudado a construir una idea de cómo han vivido y están viviendo las personas jóvenes los diferentes momentos que ha traído la pandemia, con especial atención al confinamiento domiciliario y al confinamiento perimetral y las restricciones horarias.

Pero desde el Observatorio Vasco de la Juventud queríamos ir más allá de lo que nos decían las propias personas jóvenes y hemos abordado otro proyecto diferente, pero con un objetivo similar: conocer cómo ha incidido la pandemia en la vida de las personas jóvenes. Para ello hemos solicitado a un grupo de personas especialistas en distintos ámbitos su opinión sobre cómo ha afectado o cómo está afectando la pandemia a la juventud de Euskadi en su ámbito de conocimiento y las consecuencias, problemas, retos u oportunidades que se prevén a futuro.

Estas personas nos han aportado sus opiniones y reflexiones, todas ellas muy interesantes y, al mismo tiempo, complementarias unas con otras, para dar una visión de conjunto. Ha sido una colaboración gratuita y desinteresada, en muchos casos contrareloj, porque se trata de fechas con mucha carga de trabajo para muchas y muchos de ellos, y por ello no podemos dejar de agradecerles enormemente su colaboración.

Esta publicación recoge la recopilación de todos estos textos, que creemos que nos pueden ayudar a reflexionar un poco más en la incidencia de la pandemia y en la situación de la juventud vasca en 2021. Gracias a todas las personas que han compartido sus impresiones con el Observatorio Vasco de la Juventud.



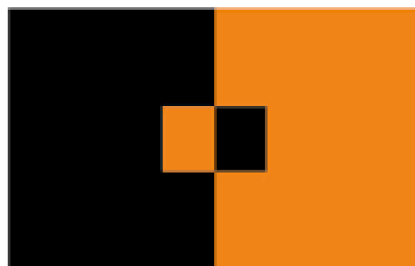
The background features a complex geometric pattern of thin teal lines. These lines form a series of overlapping rectangles and large, stylized, interconnected loops that resemble a continuous wave or a series of interlocking arches. The overall effect is a modern, minimalist aesthetic.

RELACIÓN DE ARTÍCULOS

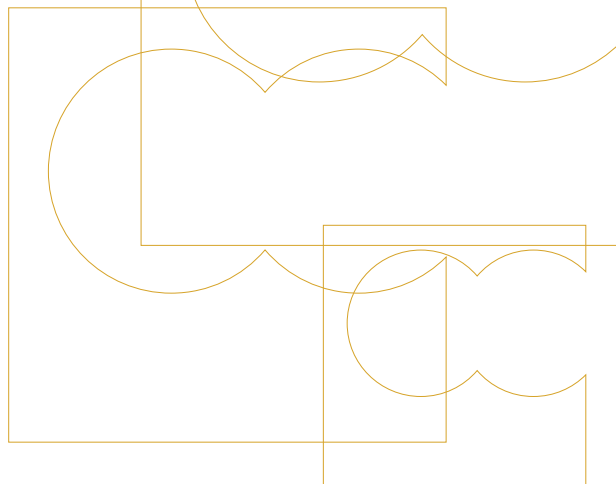
LOS JÓVENES Y LA PANDEMIA: ALGUNAS APORTACIONES/ COMENTARIOS DEL GRUPO DE MONITORES DE LA RED DE JÓVENES-GAZTE SAREA DE ALBOAN

ALBOAN

ONG jesuita de cooperación internacional en Euskadi y Navarra



ALBOAN



Alboan Gazte Sarea es una red formada por varios grupos de jóvenes que apuestan por transformar el mundo. Estos grupos trabajan con los contenidos de las campañas de la ONGD Alboan, relacionando nuestra sociedad con los procesos del Sur Global. Gazte Sarea cuenta con un equipo de monitores y monitoras; son 17 jóvenes de entre 18 y 25 años llegados de diferentes lugares de Euskadi. En este texto, los monitores de Gazte Sarea nos cuentan cómo ha afectado a su vida la pandemia del Covid-19, y describen qué consecuencias han tenido esos cambios sobre sus perspectivas de futuro.

Evidentemente, estos chicos y chicas tienen mucho en común: además de la edad, les une la firme voluntad de influir positivamente en el mundo y en la sociedad. Por otro lado, el equipo de monitores y monitoras de Gazte Sarea es plural en cuanto al origen, la cultura o la religión. También viven realidades muy diferentes: algunos van a la universidad y otros realizan estudios

de formación profesional; algunas han nacido en Euskadi y tienen aquí a sus familiares, y otras, en cambio, han recorrido un largo camino antes de instalarse aquí con su familia o solas; los hay cristianos, musulmanes, agnósticos y ateos; algunos trabajan, otros están cursando estudios académicos, y también hay personas con serias dificultades administrativas para conseguir un empleo formal.

Pero, ¿qué implica que los monitores y monitoras de Gazte Sarea sean “jóvenes”? Más que por la edad en sí (todos tienen entre 18 y 25 años), la etapa de la juventud se caracteriza por los muchos retos a los que hay que hacer frente. Esos retos responden a las características de nuestra sociedad, y están relacionados con elementos que son fundamentales para el desarrollo independiente de nuestro proyecto de vida: los estudios, el empleo, la vivienda y las oportunidades de participación social. Es indudable que la pandemia ha golpeado directamente a todos esos

elementos, como nos demuestra la experiencia de esta monitora:

“Si me preguntan qué consecuencias ha tenido la pandemia para mí y para mi futuro, diría que ha supuesto un giro de 180 grados. Antes de llegar la pandemia yo estaba independizada; estudiaba fuera de casa. Al cerrar las universidades dejó de tener sentido mantener esa vivienda, y tuve que volver a casa de mis padres. Además, antes estaba volcada principalmente en mis estudios, aunque de vez en cuando hacía algún trabajo. Tras la pandemia he tenido que aceptar cualquier trabajo que me saliera para poder ayudar en casa, ya que mis padres se dedican a la hostelería y sus ingresos han bajado. Me dije a mí misma: “tendré que dejar para más adelante la búsqueda de un trabajo relacionado con mis estudios; ahora tengo que coger todo lo que me salga”. Ahora veo mucho más lejos la posibilidad de independizarme, y sobre todo estoy buscando cómo ganar dinero. Pero esto también ha tenido una parte positiva: como mucha gente ha estado de baja por la pandemia, ha habido más demanda de gente en las listas de alumnos, y por primera vez he tenido la oportunidad de trabajar como educadora; he podido trabajar por primera vez en lo mío. Por otra parte, esto me ha ayudado a madurar y a conocerme mejor. “

La salud mental de los jóvenes también se ha visto afectada por las consecuencias de la Covid-19:

“(…) la pandemia ha influido en la salud mental de todas las generaciones; también en la nuestra. Vivimos con la incertidumbre

constante de no saber cómo irán las cosas. En mi caso, no sé cómo será el examen; no sé si al final me iré de Erasmus; no sé si podré viajar a Hawái, porque me han retrasado el vuelo por tercera vez ... ni siquiera sabemos lo que haremos el fin de semana, porque las restricciones cambian de un día para otro. “No sé” y “tengo que adaptarme y conformarme con lo que hay” se han convertido en nuestras frases habituales.”

Aunque sabemos que toda la sociedad ha padecido (y sigue padeciendo) sus consecuencias, es innegable que la pandemia ha afectado de forma específica a la juventud. La pandemia ha interrumpido o trastocado algunos procesos que afectan directamente a las personas jóvenes, como los incipientes procesos de independización o los estudios. La mayoría de los monitores y monitoras han tenido dificultades en el ámbito académico, sea en la universidad o en la formación profesional:

- Quienes acababan de comenzar sus estudios o estaban a medio camino tuvieron que dar las clases de forma virtual. A eso hay que sumarle la brecha digital: en nuestro grupo hay jóvenes que no tienen ordenador y se tienen que conectar a través del móvil, utilizando los datos porque no tienen wifi, con todas las limitaciones que ello conlleva. Por otro lado, algunos estudios no se pueden realizar como es debido de manera virtual. Por ejemplo, ¿cómo hacer un curso de cocina sin las materias primas necesarias ni una cocina donde cocinar? Mención aparte merece el daño infligido a las relaciones con el profesorado y el resto del alumnado.

- Muchos alumnos y alumnas que estaban a punto de terminar, tanto universitarios como de formación profesional, han visto cómo se retrasaban sus estudios por la imposibilidad de realizar las prácticas. Además de alargar el proceso de aprendizaje, eso ha ralentizado el proceso de acceso al empleo. Incluso cuando existía la posibilidad de realizar prácticas, estas han sido muchas veces un mero trámite, y muchos jóvenes han tenido que conformarse con experiencias de baja calidad o muy limitadas.
- También sabemos que algunos jóvenes se han visto obligados a abandonar sus estudios por no poder pagarlos, aunque, afortunadamente, no es el caso de ninguno de nuestros monitores.

Una parte importante de la juventud que aún no se ha independizado en este tramo de edad vive con su familia (de hecho, la mayoría). Como hemos visto en el primer testimonio, algunos de ellos han tenido que hacer frente a las dificultades económicas de su familia. Muchos medios de comunicación han tildado a la juventud de irresponsable (del mismo modo en que acusaron a los niños y niñas de ser los “vectores de la enfermedad”). Sin embargo, los relatos de nuestros monitores demuestran lo solidarios que son y lo mucho que les importan sus familias:

“Y también estoy preocupado por mis familiares; por saber si estarán bien, si se contagiarán, cómo hay que actuar... (...) He sentido estrés, incertidumbre, miedo a que mi familia se contagie ... y también rabia, porque a los jóvenes

siempre se nos acusa de hacer mal las cosas. Se tiende a generalizar; un pequeño porcentaje incumple las leyes y obligaciones, pero eso no quiere decir que todos los jóvenes seamos así”.

Por otro lado, algunos jóvenes no tienen cerca a su familia para apoyarles; esto ocurre en nuestra sociedad y también en nuestro grupo. Dos monitores de Gazte Sarea han participado en el proyecto Goazen, puesto en marcha durante la pandemia para facilitar una vivienda a varios jóvenes extranjeros residentes en Bilbao. Así, acondicionaron la pista de hockey del colegio Jesuitak-Indautxu de Bilbao para que sirviera de alojamiento. Aunque se han diseñado itinerarios de integración en la sociedad vasca, las limitaciones derivadas de la Covid-19 han reducido las posibilidades de integración de esos jóvenes. Por ejemplo, apenas han podido estar con otros chicos y chicas, ni tampoco han tenido muchas oportunidades de aprender y practicar el euskera o el castellano. Por tanto, los itinerarios de inclusión también se han ralentizado, retrasado o interrumpido debido a la pandemia.

Siguiendo con el asunto de “qué es ser joven”, debemos tener en cuenta otra dimensión, menos ligada a las vías materiales para lograr la independencia. Es decir, la juventud como un momento muy especial en la vida. En esa etapa uno tiene la oportunidad de vivir intensamente, de disfrutar antes de que lleguen las responsabilidades de la etapa adulta. Así, nuestros monitores y monitoras nos han contado lo siguiente:

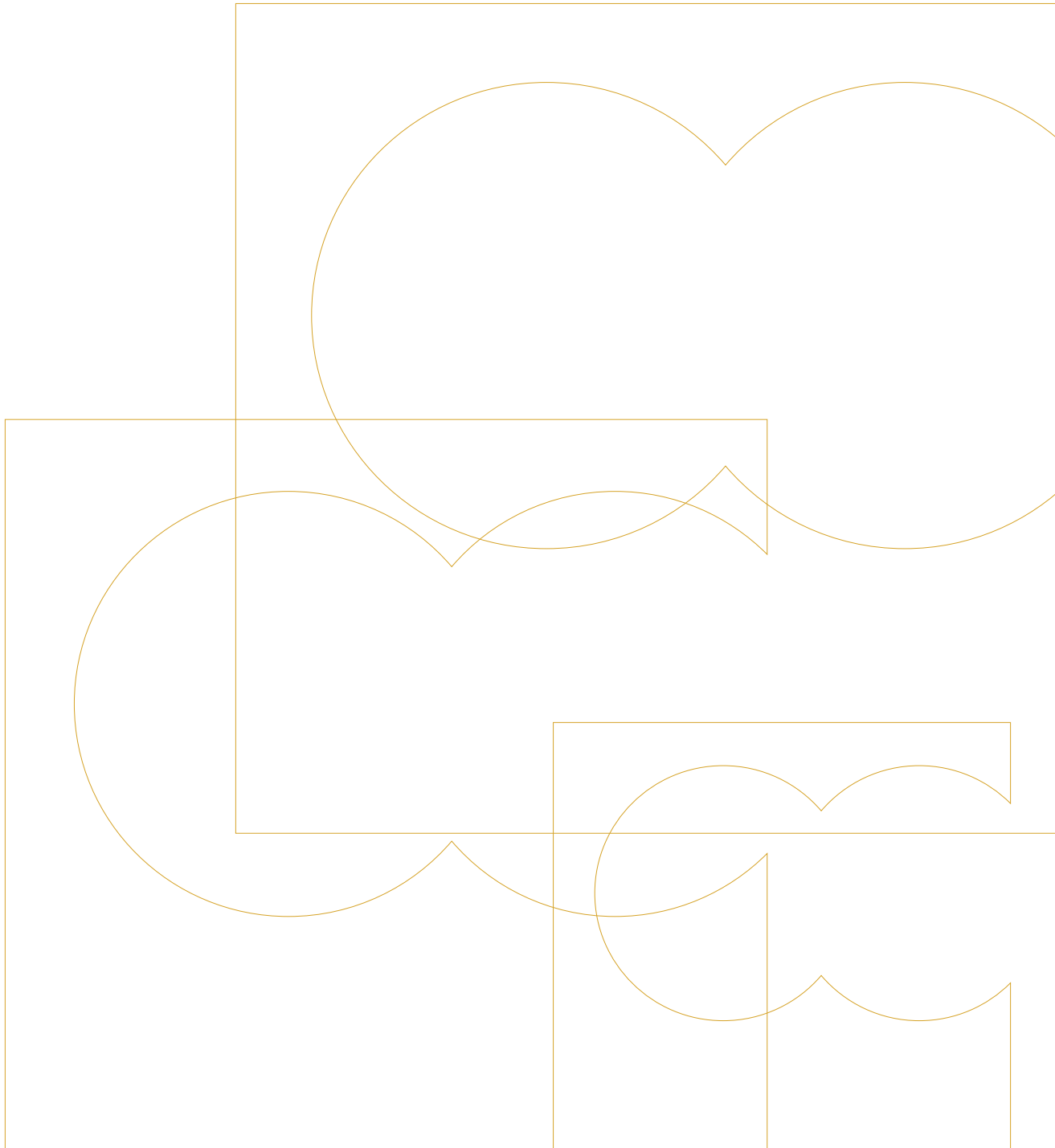
“He hablado del tema con mis amigas, y, en general, todas coincidimos en que la pandemia nos ha “robado” unos

años muy valiosos de nuestra vida. Por un lado, a nuestros padres les hemos escuchado decir muchas veces que los mejores años de su vida fueron los de la universidad; pues nosotras no los hemos podido vivir, o lo haremos con muchas limitaciones. Puede que suene muy superficial, pero este era el momento de vivir esas experiencias, y por desgracia ya no las viviremos. Era el momento de alojarse en una residencia universitaria, de conocer gente nueva, de ir de fiesta en fiesta, de viajar a sitios nuevos, de hacer un Erasmus en condiciones... Tener que limitar la vida universitaria al aprendizaje individual ha supuesto un duro golpe. Es verdad que podemos vivir esas experiencias más adelante, pero el mejor momento era ahora."

Las perspectivas de futuro de los jóvenes se han teñido de incertidumbre. A las interrupciones, retrasos o limitaciones sufridas en su vida se suman los efectos de la crisis económica originada por la pandemia. Quienes estaban pensando en irse de casa ven más limitada esa posibilidad, pues les parece cada vez más difícil conseguir un trabajo digno:

"Nuestro futuro laboral es una de nuestras mayores preocupaciones. Desde hace tiempo sabíamos que lo teníamos difícil para encontrar un trabajo estable. Pero ahora, pensar en un trabajo estable es casi una utopía. Así que lo más fácil es no pensar, y creo que muchos acabamos cayendo en esa dinámica de no pensar, porque es lo más fácil para no agobiarnos."

No hay ninguna duda: la Covid-19 ha provocado un aumento de la pobreza y la desigualdad; ha acentuado la brecha existente en nuestra sociedad y en el mundo, generada por unas estructuras basadas en la injusticia. Esas estructuras injustas han golpeado especialmente a las personas jóvenes, complicando su condición juvenil con otras características (género, clase social, ciudadanía, raza, etc.). A pesar de unas circunstancias tan adversas, los monitores y monitoras de Alboan Gazte Sarea siguen luchando por construir una Euskadi y un mundo más justo para ellos y para todos. En nuestro grupo, ser joven también es ser emprendedor.

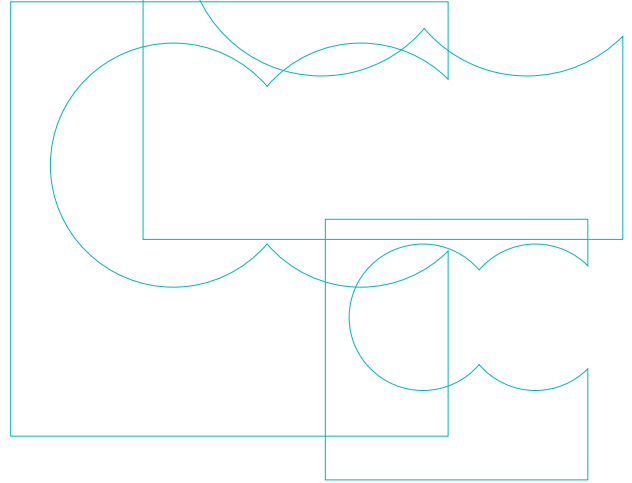


LIGERAS Y LIGEROS DE EQUIPAJE

NATALIA ALONSO ALBERCA

Profesora de Psicología en la UPV-EHU





Como sociedad, de una manera más global que nunca en la Historia, hemos tenido que adecuarnos a cambios radicales y complejos en poco tiempo, sin un periodo para reflexionar y acostumbrarnos a lo nuevo. La novedad de controlar qué tocamos, dónde tosemos y cuánto tiempo permanecemos en el mismo espacio. Lo innovador de no poder juntarnos con nuestros amigos y amigas, ni visitar a nuestra abuela ni, por supuesto, darnos un abrazo. Lo nuevo de tener que tapar nuestro rostro con una máscara(illa) y perder, al mismo tiempo, la mitad de la cara de los demás.

Ante esta situación, ¿qué emociones has sentido tú? ¿Cuáles sientes en estos días en que, poco a poco, los tentáculos de la pandemia se hacen más cortos y se atisban más lejanos? ¿Qué emociones sentiste en esos primeros tiempos en que esos tentáculos oprimían el presente y el futuro, en los extraños tiempos de encierro?

Seres humanos de todo el planeta, preguntados al respecto, y más allá de su condición social, edad y género, han manifestado sentir angustia, incertidumbre, preocupación, ansiedad, hastío, apatía, frustración, tristeza, rabia, miedo... Perplejidad, desconcierto, confusión. También, en el polo afectivo contrario, admiración, ternura, compasión, orgullo, gratitud, calma, amor, esperanza...

Si han predominado unas u otras, y la intensidad con la que nos han acompañado, determinará nuestro recuerdo sobre este periodo de nuestras vidas, pues las emociones que sentimos son un filtro a través del cual los acontecimientos adquieren un significado concreto.

Si nos adentramos más en la experiencia emocional en la pandemia, podemos afirmar que no solo las emociones determinarán las consecuencias de esta etapa (inesperada, larga, intensa), sino que

nuestras habilidades para operar con dichas emociones mediarán, a su vez, el efecto que generan. Si les hemos prestado atención; si las hemos dejado aflorar y las hemos aceptado, sin negarlas; si hemos compartido nuestras emociones con otras personas, aún en formatos poco habituales y en la medida en la que las limitaciones lo han permitido; si hemos reflexionado sobre lo sentido y, por supuesto, si hemos puesto en marcha acciones conscientes para gestionar las emociones que nos invadían y no nos permitían avanzar, e iniciativas para potenciar esas otras emociones que nos ayudaban a movernos más ágiles en este camino de ramas y espinas. Es decir, si hemos puesto en marcha nuestra Inteligencia Emocional, el conjunto de habilidades para procesar la información que proviene de las emociones y utilizarla de modo que promueva nuestro bienestar. Un tipo de inteligencia aliada para limitar las consecuencias emocionales negativas de la pandemia y que ayuda a quienes la aplican a afrontar las circunstancias adversas que nos toca vivir.

Estas habilidades para captar las emociones, para reflexionar sobre ellas, sobre sus causas y sus consecuencias, y también para gestionarlas, se desarrollan a lo largo de la vida y, por fortuna, pueden ser mejoradas en cualquier etapa de ésta. En el caso de adolescentes y jóvenes, la Inteligencia Emocional se encuentra en un periodo especial de su desarrollo y consolidación.

Si bien a lo largo de la infancia se da una mejora paulatina y progresiva de las habilidades para percibir, para comprender y para regular las

emociones, que son la base para el desarrollo futuro, la adolescencia se caracteriza por el deterioro de algunos aspectos de estas habilidades. Resulta curioso observar que empeora el reconocimiento emocional, la comprensión emocional se altera y tienen más dificultades para la regulación. Estrategias que antes empleaba el o la adolescente para gestionar las propias emociones y las de otras personas, parecen haberse olvidado. Chicos y chicas capaces de iniciar acciones y pensamientos que les ayudaban a afrontar situaciones como la ansiedad ante un examen, el enfado con un amigo o amiga o la tristeza en un duelo, pierden parte de su competencia en esta etapa. Pero esta situación es transitoria y, si se establecen bases sólidas en los años previos, lo esperable es que la competencia emocional se recupere. Al igual que ocurre con otros aspectos previamente adquiridos, en la adolescencia todo ello se somete a prueba, errando y desviándose de esas pautas aprendidas, para, finalmente, volver a aplicarlas reafirmando las mismas como propias. En este proceso es fundamental contar con el acompañamiento respetuoso de profesionales y otras personas adultas de referencia.

En la juventud vuelven a restablecerse en gran medida las habilidades de la Inteligencia Emocional, mejoradas por las nuevas experiencias vitales amplias, ricas y diversas, y por la progresiva adquisición de la independencia emocional. En estos primeros años de la etapa adulta se produce la consolidación de la competencia emocional, lo que incluye una creciente selección de situaciones y personas de acuerdo a la experiencia emocional

asociada a ellas. También se da una ampliación del tipo y número de estrategias empleadas que, tras la evaluación de su eficiencia, pasan al catálogo personal de estrategias de regulación emocional.

Adolescentes, jóvenes, sujetos pacientes de esta pandemia... Quienes trabajamos con y para estos colectivos podemos preguntarnos qué emociones han sentido, con quién y cómo las han expresado, qué emociones han percibido en aquellas personas con las que se han comunicado, cómo las han gestionado... ¿Lo sabemos en los casos particulares? ¿Conocemos realmente en qué medida han aplicado las habilidades de las que disponían para ello?

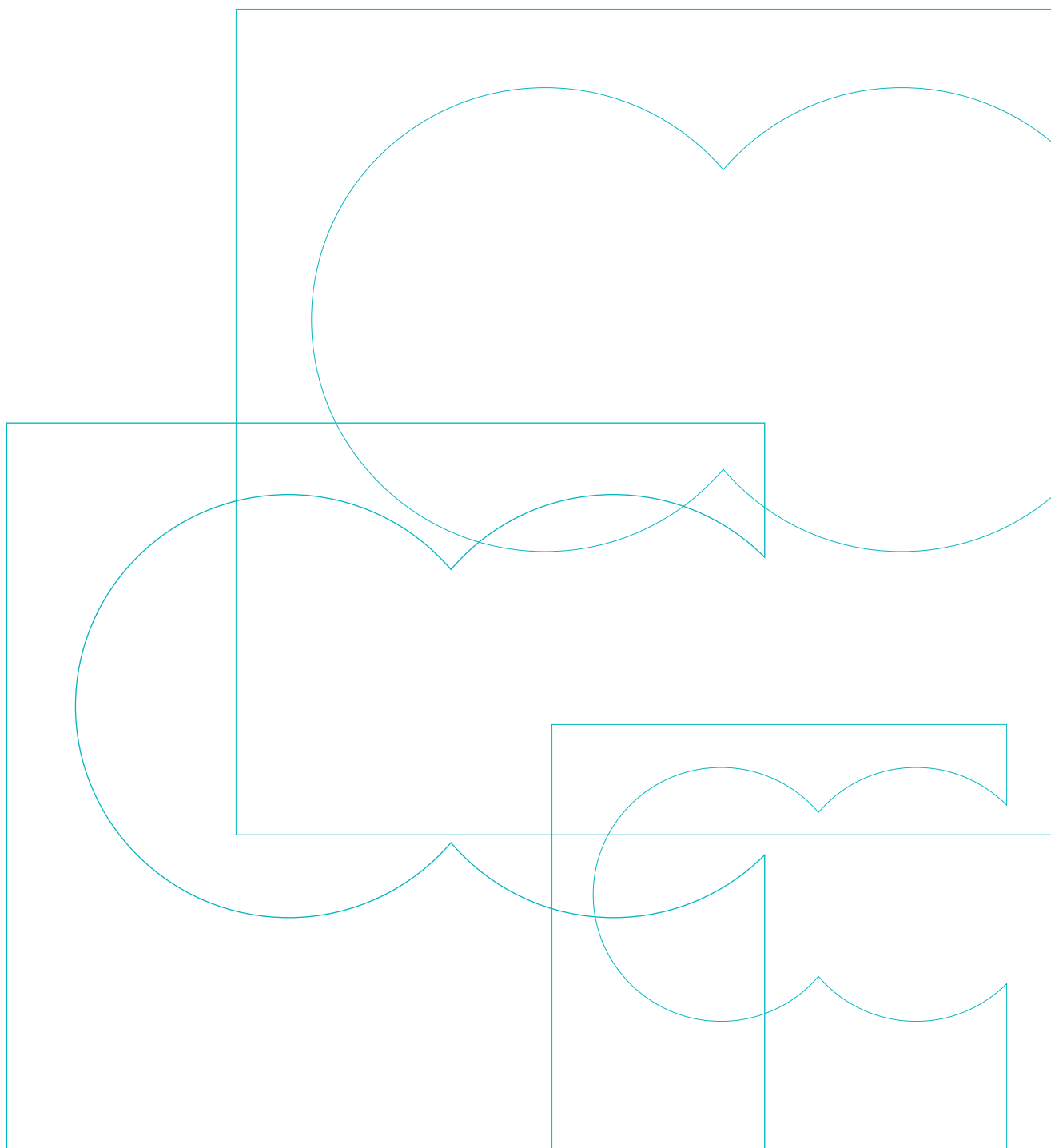
La mayoría de los y las jóvenes y adolescentes no han dejado de utilizar su Inteligencia Emocional durante el confinamiento, ni durante los meses posteriores de restricciones. No han dejado de sentir emociones, ni de experimentar sus manifestaciones y de tener que hacerles frente. Pero sí han visto alteradas sus relaciones sociales y afectivas, su movilidad, su independencia, su trabajo, sus estudios y su ejercicio de libertad para vivir el presente y para proyectar el futuro. Esto ha afectado a sus emociones, a su estado de ánimo y, paralelamente, a las oportunidades para poner en marcha sus habilidades. Ante ello hay quienes, de manera inconsciente, han recurrido a la hibernación afectiva a la espera, también inconsciente, del calor de las emociones de mejores tiempos. También hay quienes han buscado vías para reestablecer el equilibrio, y suplir ausencias por nuevas presencias, como tratar de conocerse mejor, pasar más

tiempo (agradable) con sus familiares, o ciberencontrarse con jóvenes de todo el mundo, evidenciando que el compartir social es una estrategia estrella para gestionar las emociones. Que esa persona joven que tenemos en mente haya optado por hibernar o por ampliar miras, requiere ser aclarado con urgencia. Si bien todos ellos han visto afectado el ejercicio de su competencia emocional, quienes hayan optado por paralizar sus sistemas habrán limitado aún más las oportunidades para desarrollarla y tendrán más dificultades para restablecer unas habilidades emocionales que, privadas del uso, se estancan o retroceden.

Quienes ya hemos tenido que inventar formas para seguir haciendo nuestro trabajo con jóvenes y adolescentes, buscar nuevos espacios, nuevos momentos y modos hemos de ayudarles a mantener activa su Inteligencia Emocional, preparada para las situaciones en las que pueda serles útil. Hemos de invitarles a poner palabras, a compartir sus emociones, a expresarlas por vías diversas. Tenemos que animarles a evaluar las bondades que sus esfuerzos aportan y a valorar si los modos de afrontamiento que emplean les ayudan a sentirse mejor. También podemos enriquecer y entrenar sus estrategias para que su repertorio se amplíe y les aporte más opciones a la hora de gestionar las emociones. Aún más, podemos ser ejemplo activo: reforzar nuestra atención a la experiencia emocional para hacerle frente desde una visión equilibrada, reflexionar sobre esta experiencia, sus causas, sus consecuencias, las diferencias entre personas... Y, finalmente, poner en marcha acciones que promuevan

el encuentro armonioso con nuestra realidad, con las demás personas y con las muchas situaciones complejas que, ahora bien lo sabemos, puede que nos toque vivir.

Contribuiremos así a que jóvenes y adolescentes puedan transitar a la siguiente etapa de sus vidas confiando en las posibilidades de conseguir un equilibrio gracias al control relativo que su competencia emocional les otorga. Ligeras y ligeros de equipaje.

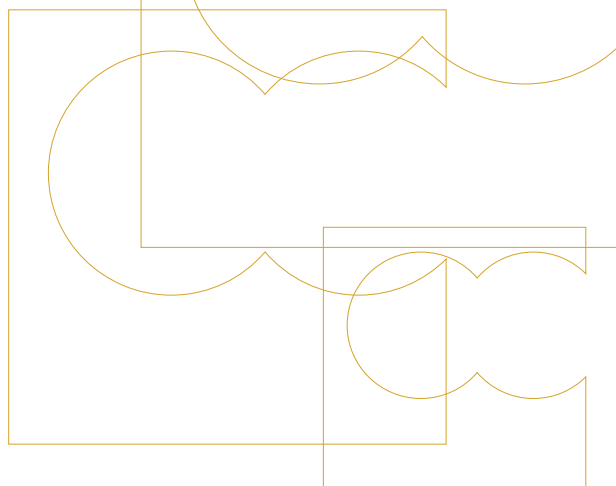


CONSECUENCIAS DE LA PANDEMIA EN LA JUVENTUD. UNA REFLEXIÓN DESDE EL CONSEJO ESCOLAR DE EUSKADI

MAITE ALONSO ARANA

Presidenta del Consejo Escolar de Euskadi





1. Actuaciones del consejo en relación con la pandemia

El Consejo Escolar de Euskadi ha difundido tres comunicados, destacando en el primero el esfuerzo de toda la comunidad educativa en la adaptación que forzosamente se produce en una situación imprevista y desconocida, y reconociendo que el alumnado ha sido capaz de permanecer en casa, de seguir conectado con su centro y de responder en la medida de sus posibilidades a las tareas y orientaciones recibidas del profesorado.

En el segundo comunicado, llama la atención sobre la necesidad de contar con un diagnóstico individualizado para prever la organización de la intervención docente en el nuevo curso, especialmente cuando se necesitan refuerzos. Así mismo, recomienda especial atención a la acogida tras el periodo no presencial, así como al cuidado de su estado emocional. Se

preocupa por la limitación del contacto con el euskera en ciertos entornos y llama la atención a la falta de recursos digitales o carencias en su uso. Propone la adaptación del currículo a lo básico e imprescindible y la clara definición de los criterios de evaluación como garantía de equidad.

En el tercero, expone su preocupación por la posible incidencia en las desigualdades en el logro de las competencias, como consecuencia de la falta de hábitos de aprendizaje y llama la atención sobre la revisión y mejora de aquellos aspectos que contribuyen a mejorar la educación más allá de la pandemia (equidad, euskera entre otros).

2. La opinión del profesorado respecto al alumnado

El Consejo contactó a final de curso con una representación del profesorado de la red pública para conocer su opinión acerca de la incidencia de la pandemia en el alumnado.

Las carencias señaladas están relacionadas con las situaciones socioeconómicas y estructurales de algunas familias, de forma que el alumnado más desfavorecido ha sido el más perjudicado. La falta de recursos (infraestructura apropiada, dispositivos, conexión Wifi...), la conciliación familiar-laboral, las dificultades para ayudar en las tareas escolares, la barrera idiomática entre otros, han afectado en esta situación.

En Secundaria, se detecta en algunos casos dificultades para estructurar el estudio y los trabajos por lo que el aprendizaje ha podido resultar más superficial. También se detecta falta de capacidad para el uso crítico de las nuevas tecnologías. La falta de interacción social ha podido incidir en su situación emocional llegando en algunos casos a provocar pasividad y desmotivación hacia el estudio.

Destacan como fortalezas su resiliencia, dominio de la tecnología y su gran capacidad de adaptación. Como norma general, han respondido bien a la relación educativa con el profesorado y se ha mostrado mayor nivel de autonomía. Además, ha disminuido el bullying.

Las experiencias vividas han sido una rica fuente de aprendizaje y desarrollo de las competencias para fomentar la capacidad de resolver conflictos, autorregularse, ser flexible, responsable, etc.

3. La opinión del alumnado

El Consejo ha organizado una actividad para conocer la opinión del alumnado de 4º de ESO, 1º y 2º de Bachillerato. Se constata que, aunque proceden de

centros diferentes sus preocupaciones y vivencias han sido muy similares. Exponemos a continuación la síntesis de sus opiniones:

- La pandemia ha supuesto un cambio enorme en sus vidas, sobre todo a nivel de relaciones sociales: la imposibilidad de estar en el centro escolar, de realizar extraescolares, deporte, la distancia social, el uso de la mascarilla, los grupos restringidos, la falta de libertad ha podido influir emocional y psicológicamente de forma diferente en cada persona, en su forma de sentir tristeza, estrés, Han echado de menos el contacto con familiares, como las abuelas y los abuelos, y otras amistades y son más conscientes de la influencia de las redes sociales en sus vidas.
- Ha tenido efectos positivos ya que han aprendido a valorar lo que tienen: “no lo apreciamos hasta que lo perdemos” dicen. Además, han encontrado otras maneras de divertirse, más lectura, cocina, ... y otras formas de relacionarse, a través de video llamadas etc.
- En el ámbito educativo, la mayoría considera que no ha tenido influencia negativa en sus resultados académicos, aunque señalan que ha habido aprendizajes en los que no se ha profundizado, falta de actividades prácticas (laboratorio...) y se han podido resentir sus conocimientos lo que ha supuesto este curso una dificultad añadida para ponerse al día, especialmente para el alumnado que ha pasado a 1º o 2º de bachillerato.

- Apuntan la dificultad para mantener la atención y la concentración en las clases telemáticas y en algunos casos, la falta de medios en el hogar (wifi, ordenadores para todos los de casa...). Otro aspecto que se ha mencionado es que han recibido menor orientación, por ejemplo, para elegir modalidades de Bachillerato.
- Reconocen que han sido capaces de adaptarse. Han aprendido a ser más autónomos y más responsables al tener que organizar su trabajo sin la constante compañía del profesorado.
- Se han sentido apoyados por sus familias, aunque mencionan que los que tienen padres o madres en el ámbito sanitario, han pasado días sin verlos. El apoyo de sus amigos siempre se ha producido y con carácter general el del profesorado, pero señalan diferencias entre profesores por la falta de capacitación de algunos en el uso de nuevas tecnologías.
- Durante esta crisis han aprendido a cuidarse más y a valorar la higiene personal o pasar más tiempo con sus familias, aunque también les ha hecho sentirse vulnerables; se han sentido más solos y les ha hecho pensar en los límites y amenazas de la vida.
- Consideran que han aprendido a relativizar los problemas y hacer frente a la presión, a ser más empáticos, a fomentar el pensamiento crítico y a una mayor concienciación ambiental.

Por otro lado, se quejan de que su culpabilice a las personas jóvenes, y consideran necesario que se garanticen los medios necesarios a todo el alumnado para que nadie se quede atrás.

Todo el alumnado presente prefiere la educación presencial.

Finalmente, hacen una llamada a la responsabilidad colectiva para hacer frente a los problemas: "solo lo paramos si lo hacemos todos juntos".

4. Algunos datos

Enseñanza presencial. Aulas cerradas

A punto de terminar este curso, se ha garantizado la enseñanza presencial, cumpliendo con protocolos de seguridad con apenas centros cerrados y con un porcentaje muy pequeño de aulas cerradas de manera puntual.

Resultados académicos

En el pasado curso mejoraron los porcentajes de promoción tanto en ESO como en Bachillerato y FP.

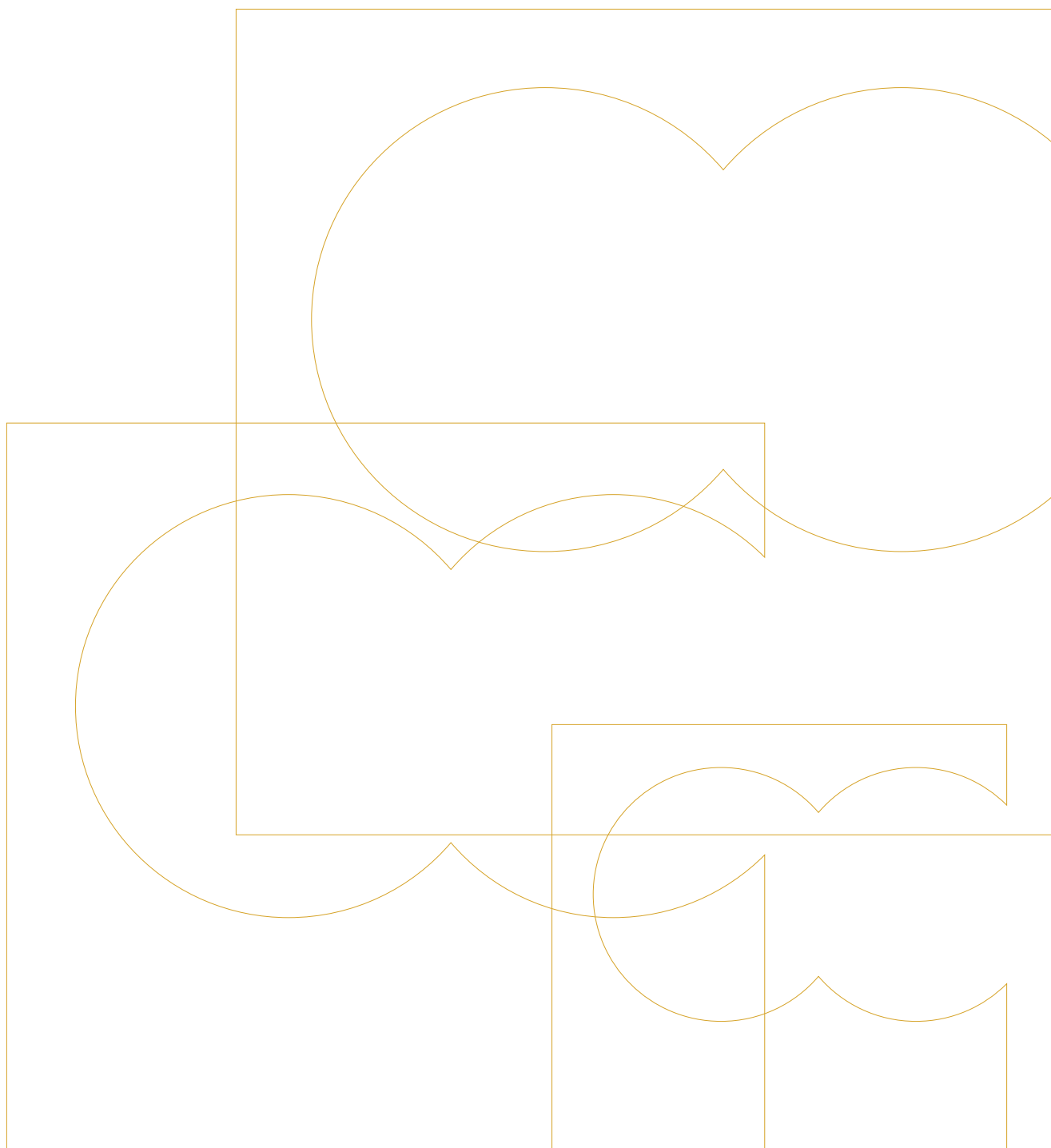
La evaluación diagnóstica realizada este curso de forma voluntaria procurará datos sobre la incidencia de la pandemia en los resultados de las competencias que se evalúen.

Acoso Escolar

Ha descendido el curso 2019/20, siendo el más bajo desde 2008/09. Del total de casos el 25% son casos de ciberacoso.

5. Retos de futuro

1. El marco de los ODS (Objetivos de Desarrollo Sostenible) promueve retos como la sostenibilidad y la ciudadanía global válidos para reforzar el desarrollo de la autonomía del alumnado orientada hacia la responsabilidad para la convivencia. Es fundamental potenciar la creatividad, ayudarle a entender las emociones, a usar el pensamiento crítico, a construir con los demás, etc. Ante la situación vivida, se debe educar en y para la incertidumbre, acompañando al alumnado a que se conozca a sí mismo y sea consciente de los riesgos ante los que se debe reaccionar de forma solidaria y participativa.
2. Fomentar la equidad y la excelencia en los colectivos más vulnerables especialmente en el desarrollo de la competencia en comunicación lingüística en euskera y la competencia digital incluyendo la autorregulación para evitar la dependencia y el ciberacoso, contando en el caso de la provisión y uso de recursos con otras instituciones y entidades en el espacio de los centros educativos o fuera de los mismos.
3. Promover una organización más flexible que incremente encuentros entre alumnado de distintas edades y procedencias fomentando una mayor interacción y la posibilidad de desarrollar proyectos conjuntos para el aprendizaje cooperativo y solidario.

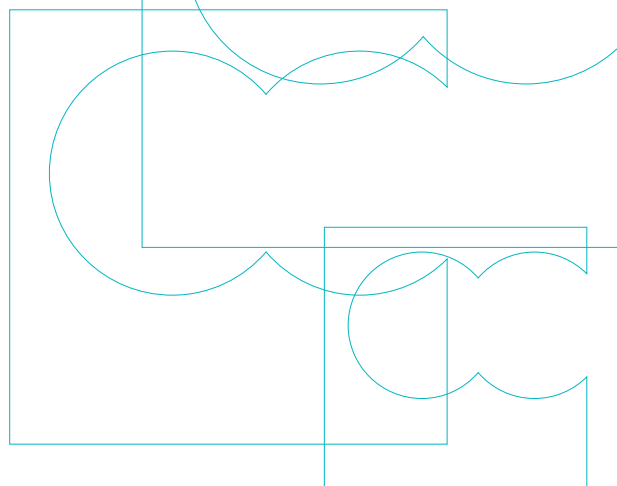


EL IMPACTO DE LA CRISIS DEL COVID-19 EN LOS JÓVENES CON DIVERSIDAD FUNCIONAL Y LOS RETOS DE FUTURO: UNA APROXIMACIÓN DESDE SUS VIVENCIAS Y LAS DE SUS FAMILIAS

ÁLVAREZ LLORENTE, NAGORE; ORDOÑEZ GÓMEZ, BLANCA;
SAN CRISTÓBAL GARAMENDI, RUTH; SÁNCHEZ GARIGORTA, ITZIAR

AMESTEN, asociación que trabaja en favor de la inclusión de las
personas con diversidad funcional en el territorio de Bizkaia





Introducción

La actual crisis sanitaria ha supuesto un gran desafío para toda la sociedad. Todas las personas hemos realizado un esfuerzo de adaptación muy importante que ha traído consigo consecuencias psicológicas, vivencias y aprendizajes muy diversos. Se ve necesario conocer cómo está afectando esta situación a las diferentes realidades que existen y, especialmente, de las personas que pueden encontrarse en situación de mayor vulnerabilidad, como pueden ser las personas jóvenes con diversidad funcional. Este artículo pretende ser una reflexión y un acercamiento para conocer cuál ha sido el impacto que ha generado la pandemia del Covid-19 en las personas jóvenes con diversidad funcional, de entre 18 a 25 años; y, sobre todo, analizar de qué manera ha afectado esta situación a la inclusión de estas personas en actividades de ocio y comunitarias. Para ello, se ha utilizado una metodología cualitativa, realizando entrevistas a personas jóvenes con discapacidad y a sus familias. El objetivo

de estas entrevistas ha sido conocer sus experiencias y opiniones sobre diferentes aspectos, tales como, la comprensión de lo que es la Covid-19, las relaciones de amistad, emociones experimentadas o los retos de futuro. Además, hemos procedido a extraer varias conclusiones, tomando como referencia las aportaciones recogidas en estas entrevistas y nuestra experiencia en la intervención e inclusión de estos jóvenes con diversidad funcional. El nivel de entrevistas ha sido limitado por lo que no se pueden generalizar estas opiniones al conjunto de las personas jóvenes con diversidad funcional y sus familias.

Nivel de comprensión de la pandemia

Para la redacción del artículo nos parecía importante comprender hasta qué punto las personas jóvenes con diversidad funcional entienden lo que es la pandemia, la causa de las restricciones y las razones por las que hay que adoptar medidas como no salir del municipio o llevar mascarilla.

En general, existen conductas de imitación o frases aprendidas utilizadas por los y las jóvenes con diversidad funcional, pero a la hora de profundizar o de explicarlo con sus propias palabras se aprecia que no lo comprenden del todo bien. Cabe decir, que dependiendo del tipo de discapacidad esto se dará en mayor o menor medida. Estas son algunas de las respuestas obtenidas, tanto de los y las jóvenes como de sus familias:

Respuestas de jóvenes con diversidad funcional

"Por el Covid. Por el Covid hay que llevar mascarilla. Es un bicho."

"Hay un virus que es súper contagioso y desde hace un año y medio tenemos que llevar la mascarilla para no contagiarnos."

"Es un virus que nos obliga a llevar mascarilla. La mascarilla la llevamos para protegernos del virus."

"No sé, no sé. Hay que llevar mascarilla porque hay coronavirus pero no sé qué es. Es un rollo."

"Estar encerrado, estás malo. El coronavirus es un coronavirus. Hay que llevar mascarilla, no entiendo muy bien por qué."

Respuestas de familiares

"Realmente creo que no lo entiende."

"Entiende que es, en su medida."

"Entiende que hay una enfermedad contagiosa y sigue las medidas un poco por imitación no por ser consciente de para qué sirven. Quizás lo que más interiorizado

tenga sea la mascarilla. Por lo demás, ningún cuidado con lo que toca y lavarse después las manos. En otros momentos se da gel sin ser necesario... cuando sus hermanos han estado confinados sabe que no pueden salir del cuarto, pero no hay manera de que no use el mismo baño, por ejemplo."

"Entiende que te pones enfermo pero no la gravedad que es."

"Creo que sí, sabe que hay que tener precaución si no puede caer enfermo."

Cambios en las relaciones interpersonales

En general todas las personas, independientemente de tener una diversidad funcional o no, han visto reducidas sus oportunidades de ocio y de relación con sus iguales.

Respuestas de jóvenes con diversidad funcional o discapacidad:

"En la pandemia, no podía participar en el Gazteleku con otros amigos, ni ir a las clases de teatro, ni cómic, ni a clase con mis compañeros y compañeras presencialmente."

"Antes iba al camping y me lo pasaba muy bien y ahora ya no voy. Me parece muy mal porque echo mucho de menos a mis amigos de allí."

No obstante, sí que se han observado diferencias en comparación con las personas jóvenes sin diversidad funcional. Recogemos a continuación algunas apreciaciones de las familias.

"Mi hijo depende de su familia y de que las instituciones le permitan hacer sus actividades. Los otros jóvenes, cumpliendo (o no) las normas han

podido juntarse con su cuadrilla y realizar actividades.”

“Su hermano sin discapacidad también ha sufrido las consecuencias de las restricciones, como el resto de las personas, pero creo que la gente con discapacidad lo han tenido más difícil en cuanto a quedar con amigos, pasear solos, etc.”

Otras en cambio, opinan lo siguiente:

“Pues casi diría que mi otro hijo adolescente lo está llevando peor, quizás por ser más consciente. No poder estar con los amigos, las clases online, los confinamientos, pero sobre todo no poder entrenar le ha hundido, ahora empieza a remontar. Quizás en ella se va a más largo plazo ya que seguro que hay cosas que no ha expresado. Sí ha habido momentos de total incompreensión que además no hemos sabido responder con toda esta incertidumbre y cambios de un día para otro.”

“El ocio es más reducido en las personas con una discapacidad, sobre todo el ocio nocturno. Mis sobrinos de su edad, por ejemplo, han echado de menos ese tipo de ocio, o las grandes quedadas.”

Un aspecto que se ha visibilizado en mayor medida tras la crisis del Covid-19, es la red de amistades que las personas jóvenes tienen en su propio municipio. Mientras que los y las jóvenes sin diversidad funcional, en la mayoría de los casos, cuentan con una red de apoyo y amistades en su propio municipio; las amistades de las personas jóvenes con diversidad funcional, además de ser escasas, pueden estar presentes en el municipio o no. Esto es, en gran parte,

debido a que muchas de las relaciones y lazos de amistad de las personas con diversidad funcional, se desarrollan en las entidades para personas con discapacidad, donde realizan y participan en actividades de ocio compartido con sus iguales. Muchas de estas entidades han tenido que reducir o suspender sus servicios de ocio debido a la pandemia, viéndose afectada de esta manera las oportunidades de participación y relación de las personas con diversidad funcional.

Esta apreciación es muy importante ya que evidencia la falta de inclusión de estas personas en las actividades de ocio ofertadas en el municipio o en la vida comunitaria del mismo. En la mayoría de municipios no se disponen de los apoyos necesarios para que puedan participar en igualdad de condiciones de las actividades que se ofertan. Por ello, con los cierres perimetrales las personas jóvenes con diversidad funcional han visto reducidas sus relaciones interpersonales en mayor medida.

“Su hermano por ejemplo ha seguido manteniendo contacto con sus amigos, pero con los cierres perimetrales él no les ha podido ver porque eran de diferentes pueblos.” (Respuesta de familiar)

Impacto psicológico

En general esto es lo que han contestado las personas entrevistadas ante la pregunta de cómo se sienten y si asocian ese sentimiento a la situación que estamos viviendo. En base a las respuestas se puede inferir que algunos de los efectos psicológicos derivados de la pandemia han sido los siguientes: nerviosismo, frustración, rabia, miedo o tristeza.

Respuestas de jóvenes con diversidad funcional o discapacidad:

“Estoy más nerviosa porque como siga así va a haber muchos brotes, otro estado de alarma y así. Ya no es lo que era antes y lo echo de menos.”

“Estoy más nervioso y triste, porque ya no es lo que era antes y lo echo de menos.”

“Me produjo angustia saber que compañeros de clase y mi cuidadora se habían contagiado, por el hecho de que pudiera contagiarme.”

“Sentía rabia porque no podía hacer nada. El Gazteleku se cerró y tuvo que cancelar actividades.”

Respuestas de familiares:

“Al principio estaba muy contento porque estábamos juntos en casa, pero con el tiempo se le está haciendo muy pesado.”

“El año pasado con el confinamiento sí estuvo bastante alterada. Mientras había clase bien porque estaba entretenida pero luego quería salir, y cuando se pudo salir y vio las condiciones en las que había que hacerlo ya no quería.”

“No quiere salir de casa, tiene miedo.”

“Conozco a otros chicos, amigos de mi hijo, que han tenido más dificultades, cómo ansiedad, depresión o un miedo un poco obsesivo a ser confinados otra vez. Todos nos hemos sentido más aislados por la situación, pero los que tienen menos herramientas y capacidades sociales o de comunicación, está claro que lo pasan peor emocionalmente y no siempre

saben comunicarlo de la forma adecuada.”

Retos frente a la pandemia

Esta crisis sanitaria ha dejado en evidencia las fallas del sistema para garantizar el cumplimiento de los derechos humanos de todas las personas. Las personas con diversidad funcional han sufrido aún más el aislamiento y la falta de información adaptada a sus necesidades y estos hechos han provocado situaciones de estrés psicológico sumadas a las propias que podemos experimentar ante el escenario actual.

A modo de ejemplo, durante el confinamiento se han constatado en mayor medida las consecuencias de la brecha digital, no solo a nivel educativo, sino también porque ha dificultado la inclusión de las personas jóvenes con diversidad funcional. La adolescencia es un momento vital para la construcción de una identidad propia donde la relación, sobre todo con los/as iguales, adquiere mucha importancia. Partiendo de los intereses y motivaciones, el/la adolescente busca su espacio, su grupo de pertenencia y sus amistades. En la actualidad este proceso socializador se realiza también a través de las redes sociales.

Es de vital importancia preguntarnos cuál es el reto para que las personas jóvenes con diversidad funcional puedan vivir esta situación lo mejor posible. Estas han sido algunas de las respuestas obtenidas de las familias:

“Considerar sus relaciones sociales básicas para su desarrollo.”

“Tenerlas en cuenta en las diferentes actuaciones, pensando en sus posibilidades y necesidades.”

“Por supuesto la vacunación. Eso les permitiría hacer un poco más de vida social sin tanto riesgo.”

“Una información clara y objetiva. Necesitan mucha anticipación para tolerar mejor los cambios.”

Las personas con diversidad funcional han sufrido un encierro social y cultural. No solo debe atenderse a los cuidados de estas personas, sino que se hace imprescindible generar oportunidades de socialización y comunicación, que ayuden en su bienestar y desarrollo psicosocial. La inclusión a todos los niveles de las personas con discapacidad es uno de los grandes retos de nuestra sociedad. Para fomentar esta inclusión social, nos basamos en una metodología de trabajo que tiene como fin propiciar los apoyos necesarios para que todas las personas puedan participar en igualdad de condiciones de las actividades de ocio y de participación comunitarias de su entorno. Es un gran reto, necesario y obligatorio que se ha obviado aún más con el inicio de la pandemia, así lo han plasmado también las personas entrevistadas:

“Nos faltan más apoyos para que puedan participar en la sociedad en igualdad de condiciones, como el resto de la juventud.”

“Si todos necesitamos socializar, para las personas con discapacidad es su pilar más importante. De manera natural, autónoma...como otros grupos de jóvenes no pueden hacerlo.”

“Me parece fundamental incorporar ocio inclusivo en los programas para jóvenes.”

Conclusiones

A nivel de conclusiones se puede decir que la pandemia ha puesto en evidencia y ha visibilizado en mayor medida problemas que ya existían y que las personas jóvenes con diversidad funcional ya experimentaban. Algunos de ellos son: (1) la falta de información adaptada a sus necesidades, lo que provoca un hándicap importante a la hora de gestionar situaciones inesperadas o adaptarse a los cambios, con el impacto psicológico que esto supone (2) la falta de redes de apoyo entre iguales en el propio municipio, (3) el mayor aislamiento social, teniendo en cuenta aspectos como la brecha digital, y (4) la falta de inclusión de las personas jóvenes con diversidad funcional en actividades de ocio y de participación comunitarias.

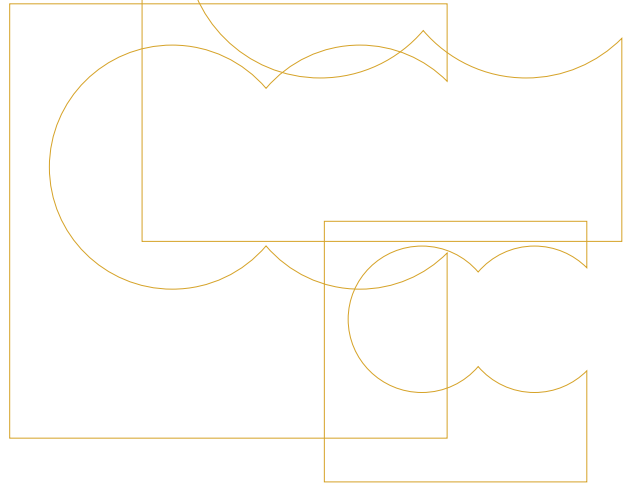
Tenemos un gran reto por delante, el de construir un mundo donde todas las personas tengamos cabida, donde además del derecho a ser iguales tengamos el derecho a ser diferentes y a ser valoradas y aceptadas en nuestra diferencia. Es, sin duda, un reto que interpela a toda la sociedad.

EN PANDEMIA, DE AQUÍ PARA ALLÁ. LA PANDEMIA DE AQUÍ PARA ALLÁ

JOSEBA ANGULO ZALDUA

Técnico de Actividad Física y Deportes del Gobierno Vasco





Era marzo de 2020. El día 14, si no me equivoco. De repente, se paró el tiempo. Nos mandaron que nos quedáramos en casa y, sin darle importancia hasta entonces, nos robaron, entre otras cosas, la movilidad y el contacto mutuo tan necesarios. Al parecer, debíamos pasar una quincena metidos en el agujero de casa, y se nos llenó la boca de buenas intenciones: bajar a casa la guitarra que teníamos llena de polvo en el desván y volver a cantar viejas melodías; volver a aprender nuevas recetas o, para los que no éramos tan hábiles, instruirse un poco; incluso emplear tiempo para leer, para escribir y también para mirar en nuestro interior. Convencidos de que aquella enfermedad nos convertiría en mejores personas... Nos vendría bien pararnos a reflexionar si hemos conseguido alguno de esos propósitos.

Durante el confinamiento, también le hicimos un hueco a la actividad física. Unos para no perder la forma física que tenían; otros para recuperar la forma física que habían perdido; tú para aliviar

en cierta medida los perjuicios por la falta de movimiento, tanto físicos como mentales; yo para estar presentable para el verano que teníamos tocando la puerta; nosotros, aunque fuera online, para que pasáramos un rato “juntos” durante el entrenamiento; y aquél para que no se le hicieran tan aburridas las largas 24 horas. Eramos conscientes de los múltiples beneficios que suponía la actividad física, y abordamos con entusiasmo ese nuevo modo de vida. Quizás, nos movimos más que nunca cuando no teníamos la posibilidad de movernos. Y prueba de ello fue que el material deportivo se agotó hasta en los rincones más oscuros de Internet. Quienes no anduvimos a tiempo tuvimos que darle vueltas a la cabeza: convertimos las botellas en pesas, las sillas de comedor en “step” y al papel higiénico le buscamos montones de usos.

Por lo menos un momento al día, tuvimos ocasión de atar bien las zapatillas y empapar de sudor la

camiseta. Unos más que otros, claro. En ese sentido, no quisiera dejar de mencionar el siguiente titular: “La práctica de ejercicio físico durante el confinamiento ha aumentado entre las mujeres. Antes de la pandemia, la principal causa era la falta de tiempo libre ocasionada por las tareas laborales y domésticas”. Los datos demuestran la existencia de una brecha de género en los hábitos de uso del espacio y del tiempo, en el reparto de las tareas domésticas y los cuidados, y la pandemia del coronavirus ha aumentado su visibilidad. Como sociedad, ya tenemos en que pensar y también que cambiar.

Teníamos buenas intenciones, aunque quizás no teníamos suficiente conocimiento. Por esta razón, como en la mayoría de veces que necesitamos información, en esta ocasión también recurrimos a las redes. Encontramos una aplicación para el móvil que en 21 días nos pondría en condiciones de competir, vídeos que nos endurecerían los glúteos con 3 visitas y pautas de profesores “expertos” en no sé cuántos tipos de yoga. La posibilidad de tener tan a mano y gratis diferentes ejercicios nos permitió realizar diversas actividades. Y ahora me viene a la cabeza una reflexión crítica (otras más): ¿dejaríamos el cuidado de nuestros dientes a un dentista sin estudios? ¿O la responsabilidad de nuestra salud a cualquiera que tenga letra ininteligible? No, ¿verdad? Pues bien, para mejorar nuestra condición física, nos dirigíamos / nos dirigimos a menudo a quienes tienen abdominales marcados y muchos “likes”. Internet es una enorme ventaja, sí; pero cuando la salud de uno mismo está en juego, debíamos hacer caso a las personas

expertas en la materia. Debemos tener en cuenta que no todas las personas somos iguales, que tenemos cuerpos, capacidades y necesidades diferentes, y que el mismo entrenamiento que a ti te viene bien a mí me puede perjudicar. De la misma manera, no pensemos que con la representación de 3 vídeos de Youtube nos pondremos en forma. Es imprescindible que nos marquemos unos objetivos concretos (motivadores y, a la vez, realistas) y para su consecución que establezcamos una planificación acorde a las características y recursos personales, midiendo el progreso y dando continuidad al entrenamiento. Para terminar, mencionar simplemente que son de vital importancia el calentamiento, el descanso y la técnica.

Día a día, llegamos al mes de mayo, y nos apareció un rayo de luz en la oscuridad de la casa: podíamos salir a hacer ejercicio físico al aire libre, tanto a primera hora de la mañana, como a partir de las 20:00 horas, una vez que el personal sanitario diera la señal después de recibir el bien merecido aluvión de aplausos. Solamente realizábamos actividades que pudieran hacerse solas; paseos, salidas en bicicletas y carreras, cuanto más largas mejor (había que celebrar esa nueva libertad). Como nuestro cuerpo y tono muscular no estaba tan preparado, tras las primeras salidas, sufrimos las primeras roturas de fibras y también las agujetas que duraban una semana; sin embargo, las sensaciones que nos provocaban en el cuerpo el aire fresco y el primer sol nos calmaban todos los dolores.

Esa franja horaria fue ampliándose y, por suerte, llegó la normalidad. Bueno, la “nueva” normalidad, ya me

entendéis. La pandemia ha afectado a infinidad de ámbitos, entre ellos, a las interrelaciones, y también se ha reflejado en la manera de realizar el ejercicio físico. Hemos dejado a un lado las actividades en grupo y han ido predominando la individuales. Como ya he mencionado anteriormente, las salidas en bicicleta aumentaron en mayo; pues, parece que hemos mantenido esa costumbre y muestra de ello es el incremento en torno al 30% de la venta de bicicletas.

Muchos han sido quienes durante el confinamiento o una vez finalizado este han interiorizado hábitos de vida activos. Sin embargo, nos equivocariáramos si concluyéramos que la tendencia es general. La realidad es otra. Más oscura. Si tenemos en cuenta los datos de clubes deportivos, empresas de gestión de instalaciones y escuelas deportivas, ha descendido un 20% el número de personas activas que había antes de la pandemia. Tal vez la obligatoriedad del uso de la mascarilla, tener que entrenar en pequeños grupos, los nuevos formatos de competición, la incertidumbre que genera la situación, la prohibición de utilizar los vestuarios, el miedo al contagio o el confinamiento que genera el contagio de una persona de contacto. Las razones pueden ser infinitas, pero esta es la realidad actual.

Está claro que las situaciones extraordinarias requieren medidas excepcionales. ¿Acaso, no será peor la solución que el problema? No seré yo quien cuestione la eficacia de las medidas adoptadas para detener la expansión de la pandemia, aunque en gran medida el descenso de la actividad física provocado por estas medidas, compaginado con hábitos

interiorizados sin movimiento, nos conducen hacia el sedentarismo a ciegas. Para cerciorarnos de la gravedad de la situación, me tomo la licencia de dar un par de datos. Una recogida de datos realizada por Bultza Kirola Euskadi indica que el tiempo semanal que las personas deportistas dedican a la práctica de ejercicio físico ha pasado de una media de 6 horas a 2 horas. Asimismo, el 55 % de las personas activas dedica menos de una hora a la semana.

Es evidente que dedicamos menos tiempo a la actividad física. Y, reconozco que quizá el deporte no es el entorno más seguro desde el momento que hay contacto. Pero, debiéramos fijarnos también en qué dedicamos el tiempo que no dedicamos al deporte y eso me preocupa más. Se ha probado que esos momentos los pasamos realizando actividades que no requieren movimiento (jugando a videojuegos, delante de la televisión o estudiando) y en la calle con amigos. Las personas jóvenes somos curiosas y queremos vivir nuevas sensaciones. Por eso, disponer de más tiempo libre supone mayor posibilidad de probar cosas nuevas, como podrían ser el consumo de alcohol, tabaco, apuestas y diferentes drogas, que con el tiempo pudieran convertirse en adicción. No parece que sean entornos más seguros.

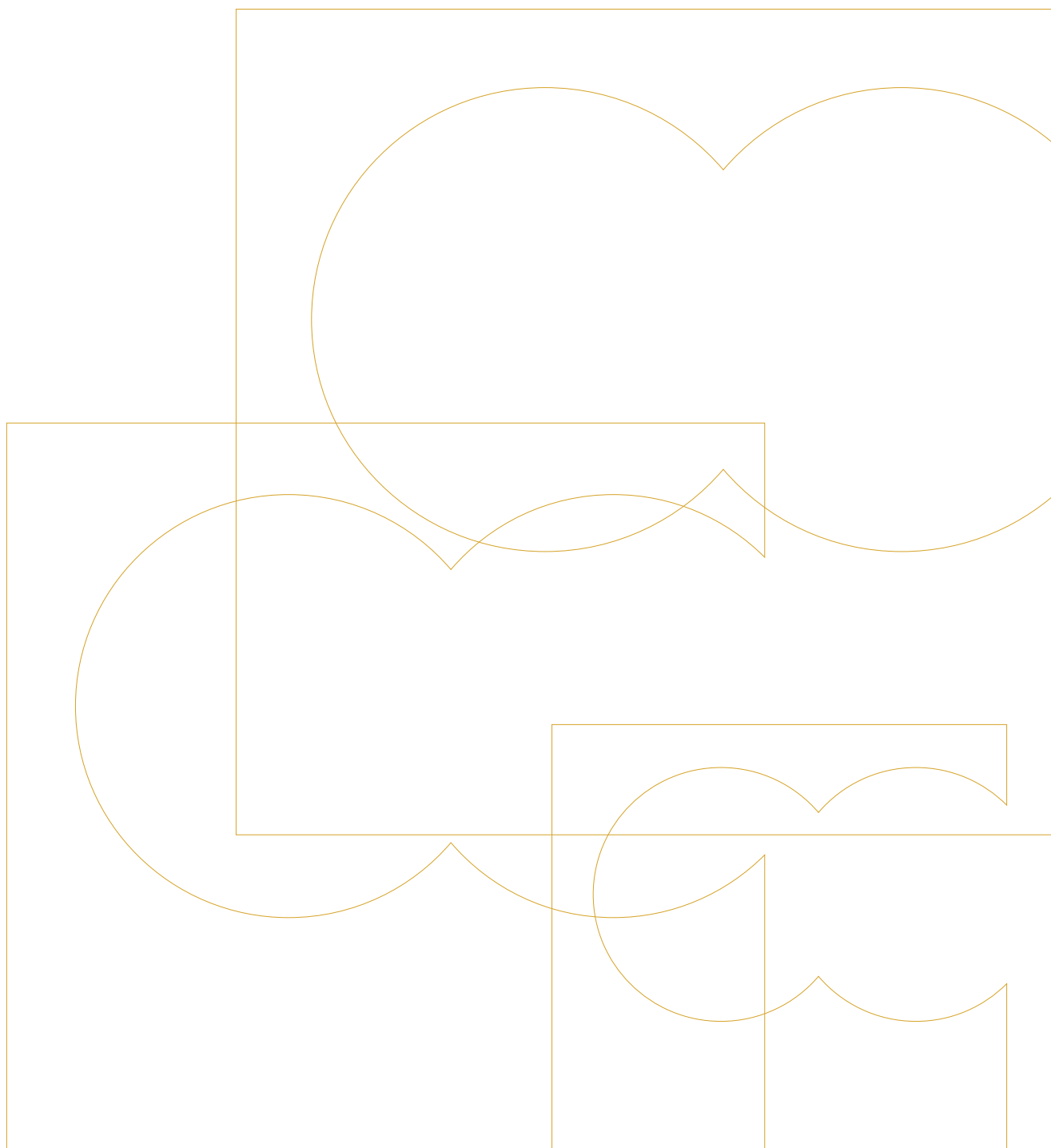
Además, quisiera poner sobre la mesa el caso del deporte escolar. En la CAPV, 40.000 chicas y chicos menos que el pasado curso académico se han inscrito en el programa. Probablemente, mucha de toda esta juventud volverá a hacer deporte al normalizarse la situación, aunque serán bastantes quienes lo abandonen definitivamente. Esto es

lo verdaderamente grave, puesto que el deporte es una herramienta de vital importancia para el desarrollo físico, psicológico, social y emocional, y, al mismo tiempo, para impulsar hábitos de vida activos.

Desde que la pandemia se instalara entre nosotros, nos hemos vuelto más caseros. Esto no sería un problema si el sedentarismo y sus dolencias derivadas no estuvieran en el cuarto lugar entre las causas de muerte e incapacidad (Organización Mundial de la Salud). El sedentarismo podría causar enfermedades cardiovasculares,

distintos tipos de cánceres, diabetes y problemas respiratorios. Anualmente, más de 50.000 personas fallecen en el Estado a causa de esta enfermedad, es decir, una media de 7 personas cada hora. Igual que conocemos de memoria los datos de la COVID-19, también debiéramos estar al corriente de esos, para ser conscientes de la gravedad del problema y para que aflore el problema del sedentarismo.

Que la pandemia del coronavirus no traiga consigo la pandemia del sedentarismo. ¡Vamos a movernos!

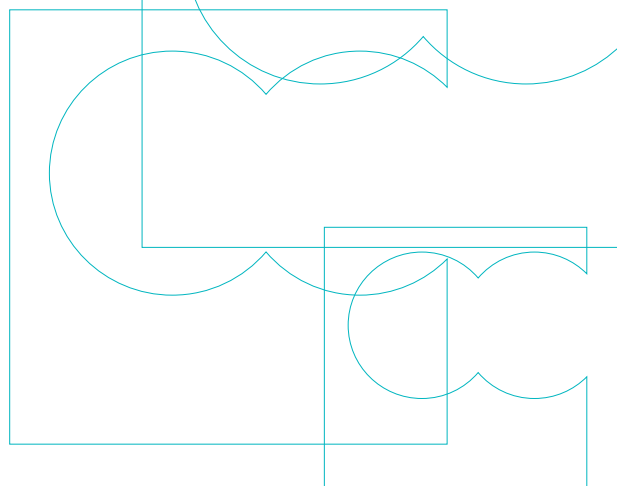


CONSUMOS DE LA JUVENTUD VASCA DURANTE LA PANDEMIA

ESTIBALIZ ANSOTEGI GURUZIAGA

Coordinadora del programa de prevención en salud y adicciones
de Ortzadar





Desde el 14 de marzo del 2020, nuestras vidas han sufrido un cambio continuo. Noticias contradictorias en los medios de comunicación; dudas que nos han surgido a nivel laboral, estudios, movilidad; miedos ante el virus, posibles contagios, consecuencias; incertidumbre ante lo que nos depara el futuro....

Nos hemos tenido que ir adaptando a los diferentes momentos por los que hemos ido pasando, algunos con mejores sensaciones, otros con mucho miedo, otros con dudas, sin saber qué estaba permitido y qué no. Lo que está claro es que a nivel emocional estos meses han sido una montaña rusa, tanto para la población adulta, como para la joven e infantil.

En el tema de las adicciones, también hemos podido leer muchos titulares contradictorios como “Beber, comer, jugar. Adictos por la pandemia”, “Se reducen el consumo de sustancias, pero aumenta el consumo tecnológico durante el estado de alarma”, “Aumenta

el uso de alcohol y otras drogas durante la pandemia”, “La venta de tabaco se reduce durante la pandemia”, “La tecnología: gran aliado durante la pandemia”... ¿Pero que hay de cierto en todo esto?

En septiembre, cuando volvimos a las aulas para poder poner en marcha nuestros programas de prevención o de reducción de riesgos asociados al consumo de sustancias y apuestas deportivas y juegos de azar, no sabíamos muy bien con qué nos íbamos a encontrar, qué nos iban a contar las chicas y chicos con los que intervenimos, cómo se han sentido y se están sintiendo ante esta situación. Y la verdad es que nos hemos encontrado con situaciones muy diversas y difíciles de generalizar. Aunque si hay una afirmación que podemos hacer: **las tecnologías han ocupado mucho tiempo estos últimos meses, y en algunos casos siguen ocupando.**

Han perdido la noción de las horas que han podido pasar en redes sociales, jugando a videojuegos, viendo series, navegando por internet, etc. Sobre todo los primeros meses del confinamiento, y ahora, cuando les toca estar confinados en casa, también.

Admiten que han pasado tantas horas delante de las pantallas, que ahora tienen dificultades para reducir el número de horas y realizar otro tipo de actividades.

Entre las personas con las que hemos intervenido, una minoría comenta haber gastado dinero en apuestas deportivas o en juegos de azar. Pero la mayoría admite haber pasado muchas horas jugando a videojuegos y en redes sociales. Las redes sociales les han permitido estar más cerca de sus amistades y poder seguir en contacto. Han pasado muchas horas en videollamadas, ya que ha sido la única forma que han tenido para mantener el contacto social. E incluso algunas personas se sienten más cómodas relacionándose en las redes que en la vida real.

Del uso de las tecnologías, una de las mayores consecuencias que hemos observado, ha sido que muchas personas han dormido menos horas por estar delante de las pantallas, incluso han cambiado los hábitos del sueño. Dormirse muy tarde y despertarse mucho más tarde de lo habitual.

En lo que respecta al consumo de sustancias, también encontramos grandes diferencias. En el caso del alcohol, por ejemplo, la mayoría comenta que durante los primeros meses no han consumido y solamente unas pocas personas han comentado

que han bebido alcohol estando en casa.

Una vez de poder empezar a salir a la calle, la mayoría de las personas que consumían alcohol antes de la pandemia, han retomado sus consumos. Al seguir estando cerradas las lonjas y las limitaciones de los locales hosteleros, una gran mayoría opta por beber en la calle. Compran en supermercados y quedan para beber con sus cuadrillas. Este hecho ha creado mucha polémica a nivel social, ya que lo que antes podían hacer en sus lonjas y en privado, ahora lo hacen en la calle, es más visible y crea más quejas y problemas de convivencia con la ciudadanía.

Un dato positivo que hemos observado es que, en muchos casos, la edad de inicio se ha retrasado ya que al no haber fiestas el verano pasado, muchas personas no han tenido ocasión para iniciarse en su consumo.

Con el tabaco o cigarrillos electrónicos, la situación ha sido otra, ya que muchas personas han consumido en sus casas durante el confinamiento inicial. En muchos casos sus familias eran conocedoras de esos consumos, y aunque previamente muchas de estas personas jóvenes no fumaban en sus casas, han tenido permiso y han continuado con el consumo.

En algunos casos en cambio nos han comentado que, al no poder fumar en casa, han aprovechado para dejar de fumar. La mayoría comenta que no ha retomado el consumo de tabaco.

En cuanto al cannabis la situación es diferente. Probablemente es la

sustancia que más problemas ha causado entre la población con la que trabajamos. La mayoría de las personas que consumen cannabis, nos ha comentado que no han dejado de consumirlo durante estos meses, incluso alguna persona ha comentado que ha aumentado los consumos para poder sobrellevar la situación (el no poder salir de casa, el miedo...).

En muchos casos, sus familias sabían que consumían y han tenido que negociar para poder consumir en casa. En otros casos han tenido que admitir ante sus familias que son consumidores de cannabis ya que había comportamientos y actitudes que no se entendían. En otros casos, sobre todo cuando no eran consumos demasiado elevados, han aprovechado para dejar de consumir o reducir los consumos.

Las personas consumidoras de cannabis, nos han contado también cómo se las han arreglado para conseguir cannabis durante los primeros meses. Han contado historias de todo tipo, desde ir a pasear al perro

y aprovechar para comprar; quedar para consumir con algún amigo o amiga; aprovechar los momentos para ir al supermercado para comprar o consumir, etc. Han tenido que utilizar la imaginación para poder comprar o seguir consumiendo.

Al retomar “la normalidad” y poder salir a la calle, la mayoría comenta que han vuelto a los consumos anteriores.

Con el resto de sustancias no ha habido problemas, ya que al trabajar con población adolescente y joven estos consumos son mucho más esporádicos.

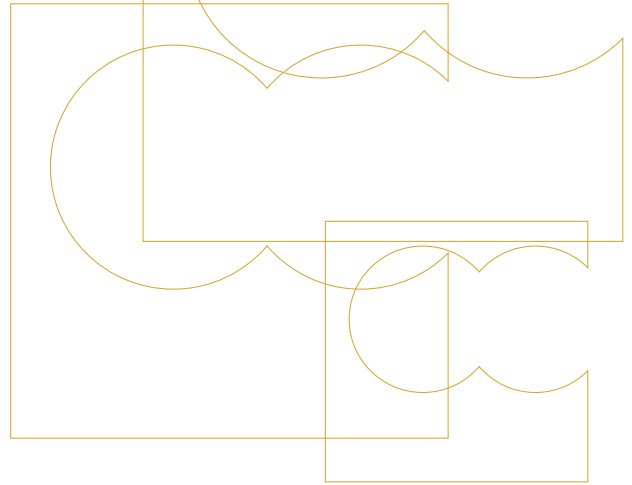
Para concluir comentar que a pesar de ir retomando nuestras vidas poco a poco, en cuanto al consumo de sustancias observamos que la situación está muy parecida a antes de la pandemia. El mayor problema observamos en el uso de las tecnologías, las horas que se pasa en ellas, menos horas de sueño, y que algunas personas se sienten más cómodas relacionándose en las redes que en la vida real.

PANDEMIA Y JUVENTUD

MIREN BASARAS IBARZABAL

Profesora e investigadora de Microbiología. UPV/EHU





La pandemia generada por el nuevo coronavirus ha puesto el mundo patas arriba. Llevamos más de un año de crisis sanitaria. Indudablemente, ha afectado a personas de todas las edades, y han sido las personas mayores quienes han sufrido las peores consecuencias, tanto en cuanto a la gravedad de la enfermedad como al número de personas fallecidas. Sin embargo, la vida humana es larga, y existe una época –la adolescencia o juventud– que se considera una etapa de transición de gran relevancia en la que algunos fenómenos pueden dejar su impronta para toda la vida.

La Organización Mundial de la Salud otorga gran importancia a esta etapa de desarrollo posterior a la infancia y anterior a la vida adulta que ocurre entre los 10 y los 19 años. En esta etapa de desarrollo, el ritmo de crecimiento es elevado, y tienen lugar varios procesos biológicos.

En la juventud, más allá de la madurez física y sexual, todas las experiencias

vividas incluyen la transición hacia la independencia social y económica, el desarrollo de la identidad, la adquisición de capacidades para establecer relaciones entre personas adultas y la capacidad de razonar con abstracción. La adolescencia es sinónimo de crecimiento excepcional y de alto potencial, pero, al mismo tiempo, se trata de una fase de alto riesgo, en la que la sociedad y el entorno circundante pueden ejercer una influencia decisiva para los años venideros.

Las personas jóvenes dependen de la familia, la comunidad, la escuela, los servicios de salud y el centro de trabajo para poder hacer frente a las presiones a las que están sometidas y para poder adquirir todas las competencias relevantes que pueden ayudarles en el tránsito de la infancia a la edad adulta. Los padres y madres, las personas pertenecientes a la comunidad, los y las proveedores de servicios y las entidades sociales tienen la responsabilidad de promover

el desarrollo y la adaptación de esa juventud y de intervenir eficazmente ante la aparición de problemas. Por tanto, en esa dicotomía, tanto la gente joven como la adulta debemos ejercer nuestra responsabilidad.

Al comienzo de esta crisis sanitaria, la sociedad sufrió un duro confinamiento, y la educación, el ocio y diversos ámbitos de la vida sufrieron un cambio repentino al tener que mantenernos en el interior de nuestras casas. La educación incluso pasó de ser presencial a impartirse online de un día para otro. La juventud considera que los centros educativos son, al mismo tiempo, lugares para el tiempo libre, ya que, en definitiva, se reúnen con sus amistades y comparten sus vivencias, con el beneficio que todo ello puede conllevar.

A lo largo de esta pandemia se ha sido especialmente exigente con la juventud para que cumpliera como es debido las medidas de protección para el control del virus, y, a decir verdad, en los centros educativos se han cumplido adecuadamente. Ejemplo de ello es que la educación se ha desarrollado normalmente de manera presencial a lo largo de todo el curso escolar. No obstante, se ha puesto en tela de juicio el correcto cumplimiento de esas medidas por parte de la juventud. Una persona adolescente no es totalmente capaz de comprender conceptos complejos, entender la relación entre una conducta y sus consecuencias o detectar qué grado de control tiene o puede tener en la toma de decisiones relacionadas con la salud. Quizá debería incidirse en la correcta explicación de las medidas y en la magnitud de las consecuencias de actuar de manera incorrecta. En general, una gran mayoría

de jóvenes ha cumplido correctamente las medidas de protección, pero en esta sociedad siempre se pone el foco de la información sobre lo que se hace mal, dado que en la mayoría de los casos es lo que tiene más eco.

Las personas jóvenes, en general, no son pasotas ni narcisistas: diversos estudios ponen de manifiesto que muchas de ellas han puesto en marcha durante este largo año iniciativas como proyectos de entretenimiento, acompañamiento a familiares para el uso de las tecnologías de la información y comunicación que tan bien controlan, participación en diferentes organizaciones no gubernamentales relacionadas con la salud, acompañamiento a colectivos más vulnerables, etcétera. Desgraciadamente, en la mayoría de los casos esas iniciativas no han conseguido visibilidad, a pesar de que demuestran claramente que la juventud es trabajadora, cuidadosa con la salud y comprometida con su entorno.

En cuanto a la propia enfermedad de la COVID-19, es cierto que las personas jóvenes no conforman el grupo más perjudicado en el ámbito sanitario, es decir, no han sido ellas quienes han sufrido los síntomas más graves de la enfermedad ni el grupo en el que más personas han fallecido. Pocas personas jóvenes han sufrido síntomas graves, pero la evolución de la enfermedad, aunque no presente síntomas graves, puede dejar secuelas a largo plazo a personas jóvenes infectadas, lo que se conoce como COVID permanente. Pero, sin lugar a dudas, aun no sufriendo la enfermedad la juventud puede transmitir el virus, como cualquier otra persona de cualquier edad, y así poner en peligro a sus familiares. Por ello, a

menudo se les ha prohibido reunirse con sus abuelos y abuelas o con personas mayores, con todas las consecuencias que ello ha acarreado.

Por otra parte, la inestabilidad que ha generado la pandemia ha alterado el proceso de desarrollo emocional de muchas personas jóvenes, y ha condicionado su vitalidad, su bienestar y sus expectativas de futuro como generación joven. Gran parte de la juventud está preocupada por su futuro, por cómo va a cambiar la economía, y por si tendrá una oferta laboral adecuada. En definitiva, sospechan que la posibilidad de emanciparse económicamente de su familia se retrasará, y ello aumenta su preocupación y sus quebraderos de cabeza.

Además, la información constante sobre la pandemia a menudo puede ser perjudicial, y es por ello que se habla de infodemia, es decir, de un exceso de información sobre un tema concreto (la pandemia). Es sabido que la información que reciben las personas jóvenes proviene, en gran medida, de las redes. Sin embargo, en esas redes es fundamental buscar la información de un modo adecuado y riguroso; de lo contrario, pueden ocurrir malentendidos, ya que a menudo lo que leemos es lo queremos leer y no lo que está científicamente probado. La infodemia puede propagar desinformación y rumores, lo que a su vez puede generar desconfianza. Se han de facilitar recursos para verificar la validez de la información a cualquier persona y, por tanto, también a las personas jóvenes.

Se han realizado y se están realizando varios estudios para analizar las consecuencias que la pandemia dejará en el futuro en la identidad de la juventud. Parece que las personas jóvenes están satisfechas con la relación mantenida durante el confinamiento con su familia o con sus amistades, y muchas de ellas opinan que han tenido más tiempo para estar consigo mismas o tranquilas. A su vez, sin embargo, lo que más han echado en falta ha sido la relación física entre compañeros o compañeras o la relación personal con la pareja.

Esta falta de encuentro con otras personas a menudo se ha relacionado con problemas de adaptación, y el tema de la salud mental también ha ganado visibilidad. Los servicios de psicología y psiquiatría advierten de que el número de personas diagnosticadas con ansiedad y depresión ha aumentado notoriamente en este último año, en especial entre la juventud. Es una tarea imprescindible para el sistema sanitario tratar a todas esas personas a la mayor brevedad. Además, se debería garantizar la presencia de citas previas en esos servicios, para una óptima ejecución de la terapia. Asimismo, tanto las familias como los centros educativos son fundamentales a la hora de intervenir y acompañar al máximo en estas situaciones. Toda la sociedad debe colaborar y afrontar el estigma de la salud mental.

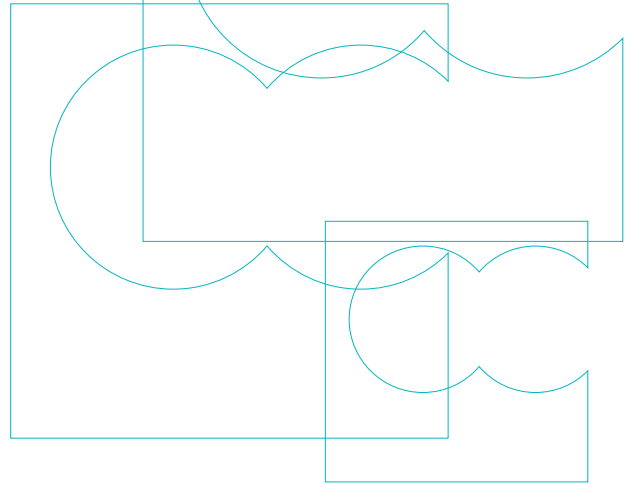
En definitiva, el desarrollo de una sociedad se mide por la manera de cuidar a las personas mayores, pero, a su vez, debe cuidar también el futuro, y, por tanto, tener necesariamente en cuenta a la juventud.

NO ES TAN SEGURO QUE...

FERNANDO BAYÓN MARTÍN

Director del Instituto de Estudios de Ocio y
Vicedecano de Investigación y Doctorado
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Universidad de Deusto





No es tan seguro que, al hablar de “juventud”, sepamos demasiado bien a quién nos referimos. “La juventud” se desliza en el interior de nuestras conversaciones, muy especialmente durante estos largos últimos meses, apuntando desde afuera a “algo” que parece un bloque fácil de nominar, una diana de visibilidad prominente.

Sin embargo, ese sujeto llamado “juventud” al que atribuimos, a veces algo precipitadamente, cierta batería de actitudes y comportamientos, dista mucho de constituir un corpus monolítico de prácticas. Presuponer que la juventud se puede reducir a un repertorio de comportamientos “naturales” y socialmente aislables es el primer paso para proceder a su estigmatización.

Estos procesos de señalamiento tienen un éxito enorme en la actual economía de la comunicación. Y se ponen de manifiesto, con particular rapidez, en momentos marcados por la necesidad

de que todos nos corresponsabilicemos de la tarea de protegernos frente a un peligro que nos es común. En momentos donde la inmunidad “de rebaño” es el objetivo socialmente más apetecido, siempre se corre el riesgo de que haya una comunidad, un imaginario “sujeto colectivo”, cuyo comportamiento “natural” tememos que reviente el pacto de autoprotección.

Si, además, este “sujeto” se asocia en dicho imaginario colectivo con el ocio, es decir, con ese horizonte de prácticas vecinado al disfrute “frívolo” y alejado de las obligaciones más serias del trabajo, el cóctel de prejuicios está listo para ser servido. El señalamiento de la juventud se hace coextensivo de un señalamiento que tiene una historia casi igual de antigua, el de las prácticas de ocio como conjunto de quehaceres improductivos en que las reglas y las éticas del trabajo se vuelven laxas.

La opinión pública “adulta” se reparte entonces entre dos extremos

–cimentados sobre una misma vaghezza de opinión-: de una parte, el ataque contra la insolidaridad y egoísmo propios de quienes se sienten biológicamente menos amenazados por el mal –postura que mueve a organizarles tours por las ucis hospitalarias para que “vean la realidad” frente a la que permanecen supuestamente inconscientes-; y, de otra, la de cierto “colegueo” paternalista que disculpa sus excesos en nombre de las urgencias de la edad (“pero si no lo hacen ahora, ¿cuándo lo van a hacer?”) y sus necesidades de desahogo y liberación.

Pero resulta que esa juventud, icónicamente resumida en escandalosas estampas de coma/navajazo/botellón, se ha bañado de realidad tanto o más que ninguno durante estos meses: *ha seguido* estudiando en instituciones que no siempre han estado a suficiente altura para atender derechos educativos que ellos han reclamado con una claridad sin demasiado eco mediático; *ha seguido* rastreando programas de formación especializada con un olfato más afinado que nunca por esa mezcla de desorientación y necesidad que cocina el presente; *ha seguido* imaginando estrategias de emprendimiento en un ecosistema económico que se solidariza muy juiciosamente con las reivindicaciones en favor de pensiones robustecidas, pero que negligente coloca el dedo en la llaga de esos sueldos hiperprecarios que inhabilitan a la “juventud” para constituir proyectos verosímiles de emancipación personal en el corto plazo.

No es tan seguro que el ocio juvenil haya sido un compendio frívolo e irresponsable de prácticas, ni que haya

dado lugar a escapismos que merezcan el reproche estándar o la comprensión tópica. Entre otras razones, porque el ocio –un amplísimo y complejo horizonte de actividad libre del que dependen las capacidades más íntimas de realización individual y proyección comunitaria de cualquier sujeto a lo largo de la vida- ha sido una de las dimensiones amputadas por unas restricciones avaladas con un consenso político que no ha ofrecido ninguna alternativa a la juventud -distinta al caótico rosario de disciplinamientos higiénicos a que toda la ciudadanía estaba expuesta-.

Hablamos de juventud y no de infancia o de adolescencia: a ella le quedan bastante estrechos los diagnósticos en torno al problema de los “niños-pantalla” o de los adolescentes cuyas familias sienten que conviven con ejemplares de una especie más rara de avistar fuera de su cuarto que un oseño en los Picos de Europa.

Hace tiempo que todas las esferas de realización de la juventud, desde los espacios formativos hasta los de la socialización y el ocio –con sus incontables cruces y mixturas- están redefinidas por una hibridación irrenunciable y, esta sí, naturalizada. La descompensación del equilibrio entre las formas presenciales de las prácticas de ocio y su despliegue en el espacio virtual -obligadamente en favor de este último- no se ha traducido, en general, en un déficit de socialización.

No ha mermado la cantidad tanto como se ha lesionado la calidad de la socialización: insertados en grupos burbuja en el espacio compartido/ segregado de la universidad, el

conservatorio o la escuela, en el siempre divergente espacio del ocio, en cambio, las burbujas han estallado. Han tenido que moderar el tráfico por todas esas rotondas de conexión con sus pares -el deporte, la cultura, el voluntariado, la creación, los cuidados, la amistad o la fiesta-, dando lugar a curiosas y autogestionarias cadenas de “ermitaños digitales”.

No es tan seguro que el relato y la memoria hegemónicos de la pandemia sean de verdad sensibles a las invisibilizadas afecciones que la enfermedad ha tenido sobre la salud de los jóvenes. Hay afecciones más difíciles de identificar y visibilizar que un contagio: y si la contabilidad de éstos ya mareó a la estadística contable de las autoridades, los problemas de salud mental en la juventud, las depresiones travestidas de estrés prelaboral o simples crisis personales, las dificultades interpretadas como “quejas de vicio”, quedan como una zona gris de la pandemia, relegada ante los efectos directos más incontestables que aún nos apabullan política y sanitariamente.

Muchas veces se ha reprochado a la juventud, a la juventud contemporánea, una pérdida de nervio político, una pose inhibida en el espacio de intercambio público, sospechosa de cierto conformismo. O quizás es que son culpables de una interiorización “en

exceso realista” de las innegociables condiciones con que se reproduce la existencia social en el capitalismo avanzado. Como si el gen contestatario hubiera sido reprogramado y se expresara ahora de un modo socialmente promiscuo y acomodaticio. El ocio, de nuevo, figura como el factor que es necesario introducir para que esta ecuación funcione mediáticamente.

Pero no es tan seguro que el ocio vaya asociado a procesos de desinversión política. Al menos en el caso de las prácticas juveniles, el ocio no está significando “el otro lado” de lo político, lo serio, lo responsable, lo productivo y lo adulto: el ocio –sus presencias, sus ausencias- tiene un potencial político, es decir, transformador, que todavía no ha sido leído de manera socialmente creativa. A través del ocio hay un sujeto político que se está expresando con una fuerza y complejidad que exigen atención social y no solo espacios privados de consumo y espacios públicos de docilidad funcional (y a la inversa).

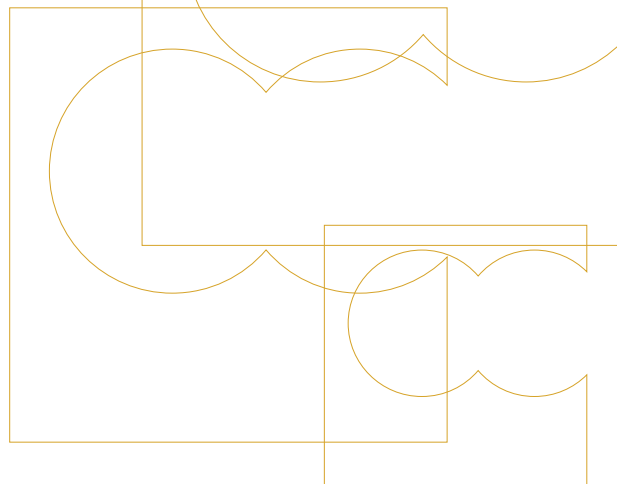
Si no se rescata la dimensión política de estas prácticas, con su ilusión por criticar y resignificar el espacio de convivencia, en lugar de hablar del Ocio Post-Covid de la juventud, puede que nos estemos condenando a hablar del Ocio post-juventud de la Covid.

JUVENTUD Y CULTURA EN PANDEMIA

MIKEL ETXEBERRIA AGIRRESAROBÉ

Responsable del Observatorio Vasco de la Cultura





En el último año y medio, nuestra vida cotidiana ha dado un vuelco total, a nivel mundial, debido a la COVID-19. No hay ninguna persona que no se haya visto afectada por esta pandemia. Por supuesto, los y las jóvenes también han tenido que sufrir esta amarga situación, y, aunque esta cuestión se pueda abordar desde muchos puntos de vista, en las siguientes líneas vamos a tratarla desde el punto de vista de la práctica cultural.

¿Qué impacto ha tenido la pandemia en la participación cultural de la juventud? Esta pandemia que nos azota desde el año pasado ha golpeado duramente al binomio cultura-juventud. El motivo resulta evidente: ambos son especialmente vulnerables. Y son vulnerables en sí mismos, independientemente de la pandemia. La cultura siempre está en trance, en precariedad, con la alarma roja encendida, siempre inmersa en el debate y necesitando justificarse a sí misma; y, cómo no, aún más en tiempos de crisis. La juventud, por su parte, lleva

en su propia naturaleza la necesidad de socialización, el deseo de contacto, la demanda de formación, la pasión por la experimentación... y para todo ello nada tan perjudicial como el concepto de distancia social recién llegado a nuestro diccionario.

No sucede lo mismo en todos los subgrupos de la juventud, ya que se ha alargado la extensión de esa etapa; habría que matizar más y estudiarlo más detenidamente, pero en esta ocasión utilizaremos el concepto joven en sentido amplio, ya que como dijo P. Bourdieu, “... *la juventud y la vejez no vienen dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre juventud y vejez. Las relaciones entre la edad social y la edad biológica son muy complejas*”. Por lo tanto, no nos vamos a liar definiendo la categoría de joven; en nuestro caso, y teniendo en cuenta todos nuestros trabajos, aglutinamos en dicha categoría los datos de las personas de entre 15 y 32 años, y podremos dar algunas pinceladas sobre ellas.

El Observatorio Vasco de la Cultura, a través de las diferentes herramientas que utiliza, especialmente la encuesta de participación cultural (que por la fecha en la que fue realizada refleja la situación prepandemia) y el panel de hábitos (que revela las principales inclinaciones y tendencias), puede tomar la temperatura a las prácticas culturales de la juventud.

En primer lugar, y para poder medir y comparar adecuadamente las consecuencias de la pandemia, es preciso dirigir nuestra mirada a los tiempos prepandemia. Sin conocer lo anterior difícilmente detectaremos las nuevas tendencias y oportunidades. Hay que analizar qué tipo de práctica cultural ejercía la juventud. Sin embargo, no se puede abordar este asunto entendiendo la participación cultural de forma monolítica, ya que esas prácticas son muy diversas. Así, solemos diferenciar tres tipos de prácticas: la receptiva, la creativa y la digital. Y debemos poner la atención en las tres si queremos comprender la práctica cultural juvenil, ya que cada una tiene sus propias lógicas y dinámicas internas.

En resumen, las mediciones prepandemia nos indicaban lo siguiente sobre las prácticas de la juventud: respecto a las prácticas culturales receptivas, los y las jóvenes se caracterizaban por asistir a conciertos y al cine, escuchar música grabada, jugar a videojuegos y usar las bibliotecas. La participación de la juventud en dichas prácticas se situaba por encima de la de otras franjas de edad. En el caso de las prácticas creativas, los y las jóvenes se situaban en un plano superior en lo referido al dibujo, a tocar instrumentos musicales y, en general, a acciones

formativas relacionadas con el arte y la cultura. Por último, en las prácticas digitales destacaba el uso generalizado de Internet y las redes sociales, la participación en foros culturales, el hecho de compartir material artístico propio y escribir en blogs, etc.

Éstas no eran las únicas prácticas de los y las jóvenes, pero sí las más extendidas. Y, en la nueva situación generada por la pandemia, ¿qué evolución se aprecia en los consumos culturales de la juventud? Las dificultades de acceso a la oferta cultural, los obstáculos para reunirse en cualquier parte, los estrictos confinamientos, la obligación de mantener la distancia social, los toques de queda y, en general, todas las medidas sanitarias iban a tener necesariamente un impacto decisivo en el consumo cultural. La forma más perjudicada de participación cultural ha sido, sin duda, la participación receptiva. Las vías de acceso a la oferta cultural han estado cortadas en muchos momentos –confinamiento integral– o reducidas en muchos otros –falta o insuficiencia de la oferta–. Sin embargo, es preciso destacar que la juventud se ha mantenido más activa en las prácticas receptivas que en el caso de las personas de otras franjas de edad, por ejemplo, a la hora de acudir a conciertos y al cine. En cambio, se confirma la tendencia descendente a la hora de acercarse a las bibliotecas. En lo que se refiere a las prácticas creativas, hay que decir que se han intensificado notablemente las prácticas artísticas amateurs. La necesidad de permanecer en casa, el incremento de tiempo libre y el cierre de otras muchas vías han sido condiciones determinantes para reforzar sólidamente las prácticas amateurs en todas las franjas de edad.

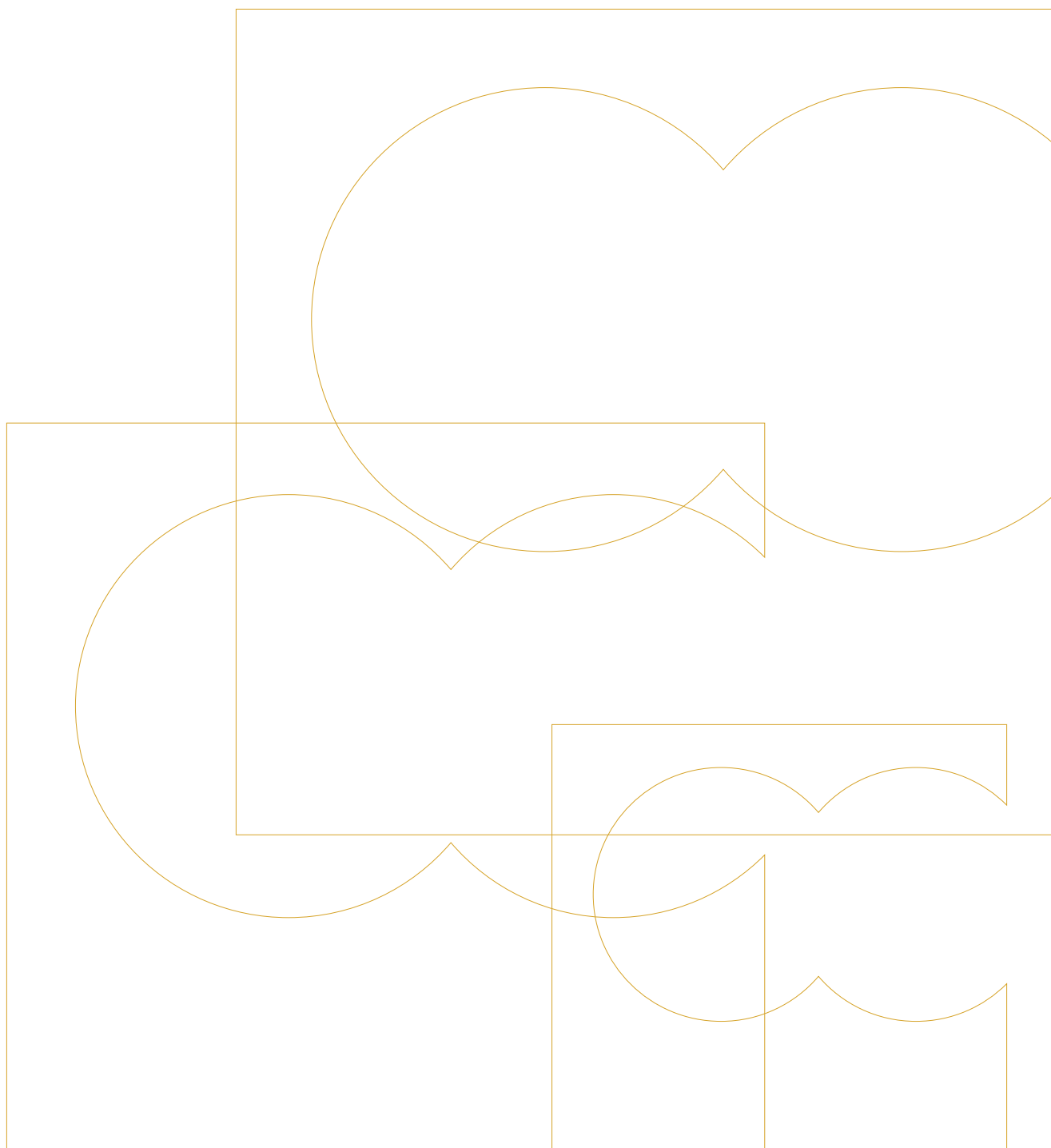
Es realmente gratificante que, en este paréntesis, tanto jóvenes como personas adultas, pero especialmente los y las jóvenes, hayan cultivado la creatividad. Y no solo porque ahora haya un mayor número de jóvenes que se inclinen en esa dirección, sino porque cada vez son más las personas jóvenes que realizan dos o más actividades. Eso nos muestra claramente el compromiso de la juventud con la cultura. Por último, hablaremos de las prácticas digitales. Como era previsible, ese tipo de prácticas se han consolidado: las plataformas de contenidos culturales, por ejemplo, se han extendido a todos los niveles de la sociedad. Desde la llegada de la pandemia y, sobre todo, desde el establecimiento de un estricto confinamiento, esas prácticas se han convertido en puntos fuertes de la cultura, ya que no sólo se han reforzado, sino que las mayores innovaciones han surgido y surgirán de ellas. Aunque en el caso de la juventud ya era una tendencia prepandemia, esta situación de pandemia ha reforzado la pasión de la juventud por lo digital. Se podría decir que han sabido convertir la necesidad en una oportunidad. Algunas prácticas que antes no eran muy habituales se están convirtiendo en el pan de cada día, como es el hecho de vivir de forma telemática espectáculos en directo, conciertos musicales y exposiciones. Por lo tanto, se están trabajando nuevas vías de acceso a contenidos culturales, ajustándolas y afinándolas, tales como el streaming. Podemos decir que cada vez más jóvenes se están implicando en actividades digitales y, eso sí, está por ver si todas esas innovaciones culturales se consolidan o se convierten en marginales una vez superada la pandemia.

En **resumen**, hay que destacar que: La COVID-19 ha tenido un impacto realmente negativo en la participación cultural receptiva en general, pero ha contribuido en parte a las actividades creativas y digitales. Ojalá las personas jóvenes tengan ocasión en los dos casos de convertir la crisis en un espacio de oportunidad por encima de todos los obstáculos... experimentando y probando vías innovadoras, ya que la gente joven es la esperanza de que salgamos más hábiles y más honestos y honestas de este trance.

En este momento en que nos acercamos a la nueva normalidad una pregunta pertinente sería: ¿Perdurarán las nuevas prácticas y maneras en el futuro? Queda por saber qué quedará de ellas y qué no. Inmersos en un ámbito de dudas e incertidumbre, no podemos decir con certeza qué camino van a recorrer las prácticas reforzadas en la nueva normalidad. Las nuevas dinámicas están vigentes actualmente, y algunas de ellas, como el hibridismo de los espectáculos, permanecerán sin ninguna duda en las prácticas culturales de la juventud. Sobre todo, como se ha señalado anteriormente, será necesario hacer un seguimiento sobre qué va a venir de las actividades creativas y digitales, qué nuevas vías se van a abrir y cuáles de ellas se extinguirán y abandonarán dentro de unos años. Entre las que probablemente se queden deberán tenerse en cuenta: Convertir Internet en una central de aprendizaje formal e informal, difundir ampliamente las plataformas de contenidos culturales y adaptar algunas prácticas de transformación digital para acercar la juventud a la cultura (representaciones en vivo, visitas a museos, exposiciones y espacios patrimoniales...).

Está claro que, en estos tiempos de incertidumbre, la juventud debe jugar un papel esencial a la hora de marcar nuevos caminos. Es decir, que las personas jóvenes deben aprovechar la oportunidad de ser vanguardia para salir de esta crisis, ya que pueden ser pioneros y pioneras en la implantación,

consolidación y supervivencia de nuevas formas de práctica cultural. En un momento en el que tenemos más dudas que nunca y dificultades evidentes para comprender lo que se avecina, deberíamos mirar a la juventud, que es la que va a traer un soplo de aire fresco en este cambio de paradigma.



EL ÁRBOL DE LAS STEM Y LA PANDEMIA

ION ETXEBERRIA OTADUI

Director General en IKERLAN





Es probablemente demasiado pronto para hablar de certezas en relación al efecto de la pandemia en la sociedad a medio y largo plazo, e incluso en muchos casos también a corto. A falta de datos y estudios detallados, nos movemos más en el terreno de las percepciones y las deducciones que hacemos partiendo de lo que hemos vivido y visto cada persona.

Entre todas esas sensaciones, y centrándonos en las personas jóvenes y el mundo de la investigación, mi percepción es que la pandemia puede acentuar una tendencia que ya estábamos viendo desde hace años: la escasez de profesionales STEM (*Science, Technology, Engineering and Maths*) y la lucha por el talento.

Tengo la sensación de que la sociedad en general y sobre todo las personas jóvenes tienen una visión mucho más práctica y racional de la vida que en el pasado, priorizando lo que uno quiere hacer frente al *“hacer las cosas porque hay que hacerlas o porque siempre*

se han hecho así”. Es cada vez más frecuente escuchar preguntas como *“¿y esto que estoy haciendo para que sirve, que me aporta?”*. La necesidad de tener resultados a corto plazo, la falta de paciencia o la baja tolerancia al aburrimiento son también rasgos cada vez más comunes de la sociedad actual.

Personalmente, cuando tuve que decidir si estudiaba una carrera universitaria, realmente ni me planteé la pregunta de si tenía sentido o no ir a la universidad, si era aburrido o si el esfuerzo y el tiempo que requería estudiar una ingeniería estaban justificados con el rendimiento que obtendría posteriormente por el hecho de disponer de una titulación universitaria. Lo hice porque me veía capacitado, mi familia podía permitírselo y probablemente también porque era lo que tocaba y se esperaba de mí.

La pandemia, el sufrimiento generado en las personas y el aislamiento social que ha provocado no solo durante el confinamiento, sino en todos los

meses posteriores y tanto en el ámbito personal y familiar como en el laboral (donde las relaciones sociales también se han visto muy resentidas), ha hecho que tengamos más tiempo y nos ha dado motivos para pararnos, reflexionar y hacernos preguntas trascendentales. *¿Dedico el tiempo a las cosas que realmente son importantes en mi vida?, ¿Por qué hago las cosas que hago?, ¿Cuál es el propósito de las cosas que hago?, ¿Merece la pena seguir sacrificándome por las cosas por las que me sacrifico?*

Con ello creo que se acentúa e intensifica esa tendencia hacia el corto plazo, la racionalidad y la practicidad que percibo y puede también tener su impacto en un tema tan crucial para el ámbito de la investigación como es la orientación de las personas jóvenes hacia carreras universitarias STEM. Desde hace un tiempo estamos teniendo dificultades para atraer a las y los jóvenes a este tipo de estudios del que se nutren muchos ámbitos relacionados con la investigación, y aunque no hay un único factor para ello, un argumento que se esgrime para justificarlo es que las personas jóvenes ven estas carreras como difíciles y que requieren mucho esfuerzo. Si no existe una vocación por la tecnología, y la decisión solo se basa en el esfuerzo que supone llevar adelante la carrera frente a la retribución a la que se puede aspirar posteriormente, se puede llegar a la conclusión de que realmente no son una buena apuesta. Sin embargo, creo que hay muchos otros parámetros que creo que son importantes como las condiciones laborales de estos profesionales, las posibilidades de conciliación, las oportunidades laborales que ofrecen estas carreras (eso sí, en

algunos perfiles más que en otros), la estabilidad laboral o la componente reto y desarrollo profesional, que actividades como la investigación ofrecen.

Personalmente creo que trabajar en investigación es algo más que trabajar, es contribuir a la mejora de la sociedad y crecer y desarrollarse profesionalmente durante toda la carrera para responder desde la tecnología a los retos que se plantean en la sociedad.

Si no somos capaces de hacer llegar este mensaje a las personas jóvenes o simplemente no comparten esta visión, los efectos de la pandemia pueden acentuar y agravar aún más el problema de falta de profesionales de varias ramas de las STEM que actualmente tenemos, no solo en el ámbito de la investigación sino también en la industria.

Este hecho está provocando una competencia muy alta entre las empresas y centros de investigación, que compiten por las mismas personas y se ven obligadas a revisar y mejorar sus condiciones laborales para competir con el resto.

Y es ahí donde entra un segundo factor clave que nos deja la pandemia: el teletrabajo. Obligados por las circunstancias durante el confinamiento, muchas personas desarrollaron sus actividades laborales y formativas de forma remota, y pudieron vivir en primera persona las ventajas e inconvenientes de este formato de trabajo en unas condiciones muy particulares. Además, y a falta de datos concretos, la percepción general es que la actividad funcionó bien, y que no debería ser un elemento únicamente para hacer frente a

situaciones de emergencia, sino que debería ser una fórmula más de trabajo a utilizar de forma cotidiana una vez finalice la pandemia. Existe una demanda clara sobre todo por parte de las personas jóvenes que realizan actividades profesionales o formativas “teletrabajables” (en el ámbito de la investigación tecnológica este tipo de actividades son muchas) y no es rara la entrevista de trabajo en el que las personas de estos perfiles no pregunten por la posibilidad de teletrabajar algún día a la semana. Y a pesar de no conocer el impacto de estos formatos de trabajo en sus organizaciones a medio y largo plazo, las empresas y centros están obligadas a adaptarse y revisar sus sistemas para seguir siendo competitivas y atractivas para este tipo de perfiles, y tengo la percepción que la mayoría de ellas tendrán implementadas fórmulas de teletrabajo

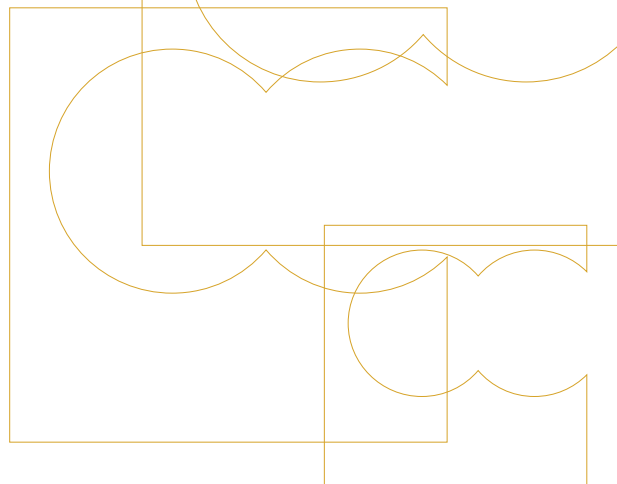
de uno o dos días a la semana en un futuro no muy lejano (creo que por encima de esos niveles las desventajas de esta fórmula a medio plazo podrían superar a sus ventajas).

En definitiva, creo que la pandemia ha movido el árbol, y este movimiento está acentuando las tendencias que estábamos observando en los últimos años, y nos va a requerir como empresas y centros esforzarnos aún más para, por un lado, ser capaces de trasladar a las personas jóvenes la importancia y la contribución de los perfiles STEM en la sociedad y el atractivo de estas profesiones y, por otro lado, para adaptarnos en la medida de lo posible a sus aspiraciones y necesidades. Un gran reto sin duda y que es clave para el futuro de nuestra sociedad.

INFORME SOBRE LA SALUD MENTAL DE LAS Y LOS ADOLESCENTES DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL SERVICIO DE PSIQUIATRÍA DEL HOSPITAL UNIVERSITARIO DE BASURTO (HUB)- OSI BILBAO BASURTO

ARANTZA FERNÁNDEZ RIVAS (Jefe de Sección de Psiquiatría
infanto-juvenil) y MIGUEL ANGEL GONZÁLEZ TORRES
(Jefe de Servicio de Psiquiatría)





Elaboramos este informe siendo conscientes de que la perspectiva de la juventud y adolescencia que nosotros percibimos tiene el sesgo de ser población clínica, no atendemos a población general. No obstante, dado que los cambios que se han producido en este grupo poblacional desde antes de la pandemia hasta este momento son tan dramáticos, creemos reflejarán el malestar emocional que las y los menores han estado y están padeciendo a consecuencia de la pandemia de la COVID-19.

Recordemos que el HUB dispone de la única Unidad de hospitalización psiquiátrica de adolescentes para toda la provincia de Bizkaia, además de disponer de la Urgencia de Psiquiatría más frecuentada en todo el territorio histórico.

Hechos más alarmantes de los que hemos sido testigo a lo largo de este periodo de tiempo:

1. Incremento severo del número de adolescentes que precisan atención psiquiátrica en Servicio de Urgencia hospitalario
2. Incremento del número de ingresos psiquiátricos de adolescentes en la Unidad de hospitalización infanto-juvenil del HUB: se ha incrementado prácticamente un 50% comparando los primeros 5 meses del 2019 con los primeros 5 meses del 2021.
3. Incremento de las y los adolescentes con trastornos de conducta alimentaria, más frecuentemente anorexia nerviosa: este fue el primer evento clínico que se produjo ya desde marzo de 2020 siguiendo unas curvas de incremento paralelas a las olas de la pandemia y manteniendo su gravedad a lo largo del 2021. Este hecho se ha constatado en todo el mundo occidental, convirtiéndose de hecho en una clara pandemia colateral.

En el caso de nuestra provincia hemos constatado un incremento de un 153,33% de los ingresos psiquiátricos de adolescentes a causa de anorexia nerviosa en el año 2020, comparado con el 2019.

Además, dado que estos y estas pacientes precisan ingresos psiquiátricos más prolongados por su gravedad e intensa desnutrición, han repercutido aún más a la saturación de la asistencia a menores en unidades de hospitalización psiquiátrica de adolescentes.

4. Incremento de los ingresos psiquiátricos de adolescentes debidos a ideación o conductas suicidas o autolíticas. Este hecho lo comenzamos a percibir en mayor medida desde el otoño del 2020, siguiendo un ascenso que sigue aún sin freno. Este hecho también está aconteciendo en todo el mundo occidental, convirtiéndose en otra pandemia colateral.

Recordemos que el suicidio es la segunda causa de muerte en la adolescencia en nuestro país y en los países occidentales, detrás de los accidentes de tráfico. Es de esperar que, en estos momentos, dadas las limitaciones a la movilidad que hemos padecido, el suicidio represente la primera causa de muerte en la adolescencia.

5. Incremento de los ingresos psiquiátricos de adolescentes debido a exacerbación de síntomas de ansiedad de naturaleza postraumática (trastorno de estrés

postraumático): hemos constatado un incremento del 100% de este tipo de casos a lo largo del 2020 en comparación con el 2019.

6. La mayor afectación está siendo en chicas: la mayoría de las personas adolescentes que requieren ingreso psiquiátrico en el último año son chicas. Ellas son las que más padecen anorexia nerviosa, sufren de síntomas postraumáticos en mayor medida y las que más ingresan debido a presentar ideación suicida/conductas autolíticas.

¿Por qué se está produciendo este dramático sufrimiento emocional en las y los adolescentes?

Pensamos que han sido varios los factores que han incidido en provocar esta grave situación.

En primer lugar, recordemos que se trata de adolescentes, los y las cuales se encuentran en un momento evolutivo caracterizado por el proceso de maduración de su identidad-personalidad; etapa en la que deberán contestarse a las preguntas: ¿quién soy? ¿quién voy a ser? Para ir elaborando las respuestas a estas preguntas precisan de un trabajo consigo mismos que requiere de la relación con las y los iguales, fundamentalmente, además de con las figuras de cuidado-autoridad. Es a través de esas relaciones y del desempeño de su día a día cómo van a ir siendo capaces de construir su autoestima y madurar en su carácter-personalidad.

La pandemia lo primero que les trajo en marzo de 2020 fue el aislamiento

masivo: el confinamiento. Las relaciones sociales con iguales (presenciales, que son las que pueden aportar salud) se suspendieron drásticamente, y con ello el foco fundamental para el trabajo madurativo. El rendimiento escolar perdió importancia y con ello se perdió también la valía asociada a su desempeño exitoso (fuente de autoestima para muchos y muchas adolescentes).

Con el confinamiento por la pandemia llegó la incertidumbre del futuro en una intensidad nunca antes vivida por la mayoría de la población: incertidumbre por la salud personal y/o de familiares, por la situación laboral y la escolar, una incertidumbre que ocasionó grave ansiedad a las y los menores, y también a muchas personas adultas.

También la pandemia nos trajo angustia: miedo a padecer la enfermedad, miedo a las repercusiones familiares y sociales.

Se produjeron así mismo pérdidas: familiares que fallecieron o enfermaron, amistades y familiares que no se podían ver o visitar, el estilo de vida cambió tan drásticamente que a muchos y muchas adolescentes les pareció que ya no era vida, que ya nunca se iba a pasar (duración infinita del estrés: crónico y persistente).

Las familias sufrían paralelamente a sus hijos e hijas, o no se percataban del malestar que éstos y éstas tenían. Por ello, la ayuda y contención del malestar emocional no pudo llevarse a cabo en el seno de las familias, también superadas o sorprendidas por la pandemia. Algunas de ellas no llegaron a solicitar ayuda en Salud Mental o fue ya muy avanzado el proceso clínico, al no

percibir lo que ocurría a sus hijos e hijas.

Aunque se retomaron las clases presenciales en septiembre de 2020, persistieron las restricciones de contacto social, de cercanía física, de actividades sociales, se reactivó el miedo al contagio en el entorno escolar (con nuevos aislamientos de grupos escolares a lo largo del curso), requiriendo todo ello a las y los adolescentes un esfuerzo de autocontrol que los ha ido desgastando.

Además, la sociedad ha jugado un gran papel, negativo en muchos aspectos. Desde el confinamiento de marzo de 2020 se produjo una avalancha de mensajes desde los medios de comunicación y redes sociales alertando del peligro a incrementar de peso, añadiendo más angustia, y apoyando dietas y medidas de ejercicio físico que a las y los adolescentes más frágiles (y las familias “despistadas por la situación”) les convenció como modo de canalizar su malestar (control de la ansiedad a través del excesivo autocontrol de lo único que estaba en su mano, la alimentación y el ejercicio físico en el domicilio).

También la sociedad se equivocó en los mensajes que siguió dando a las personas adolescentes a lo largo del otoño-invierno del 2020 (y aún en la actualidad): las ha culpado de ser las causantes de contagiar de una enfermedad mortal a sus familiares (especialmente a las personas ancianas y vulnerables), añadiendo a la ya frágil e insegura imagen de las y los adolescentes una culpabilidad “institucional” general. En ningún momento se ha escuchado en los medios sociales un mensaje de

agradecimiento y reconocimiento al comportamiento extraordinario que nuestros y nuestras adolescentes han presentado en todo este tiempo: ¡somos y hemos sido muy injustos con ellos y ellas!

En todo este tiempo la sanidad no ha podido afrontar la demanda de salud mental de su población. Inicialmente se suspendieron las consultas presenciales, disminuyendo la atención y pasando sólo a modo telefónico, lo cual es especialmente pernicioso para atender las demandas y consultas sobre sufrimiento emocional, y más en las personas adolescentes que requieren el contacto directo/ presencial para establecer un vínculo de confianza y relación terapéutica. Más tarde, cuando la demanda de atención a adolescentes se incrementó (especialmente a partir del otoño de 2020) las consultas en los Centros de Salud Mental, las atenciones en los Servicios de Urgencia de Psiquiatría y las Unidades de hospitalización psiquiátrica de adolescentes se han visto desbordadas.

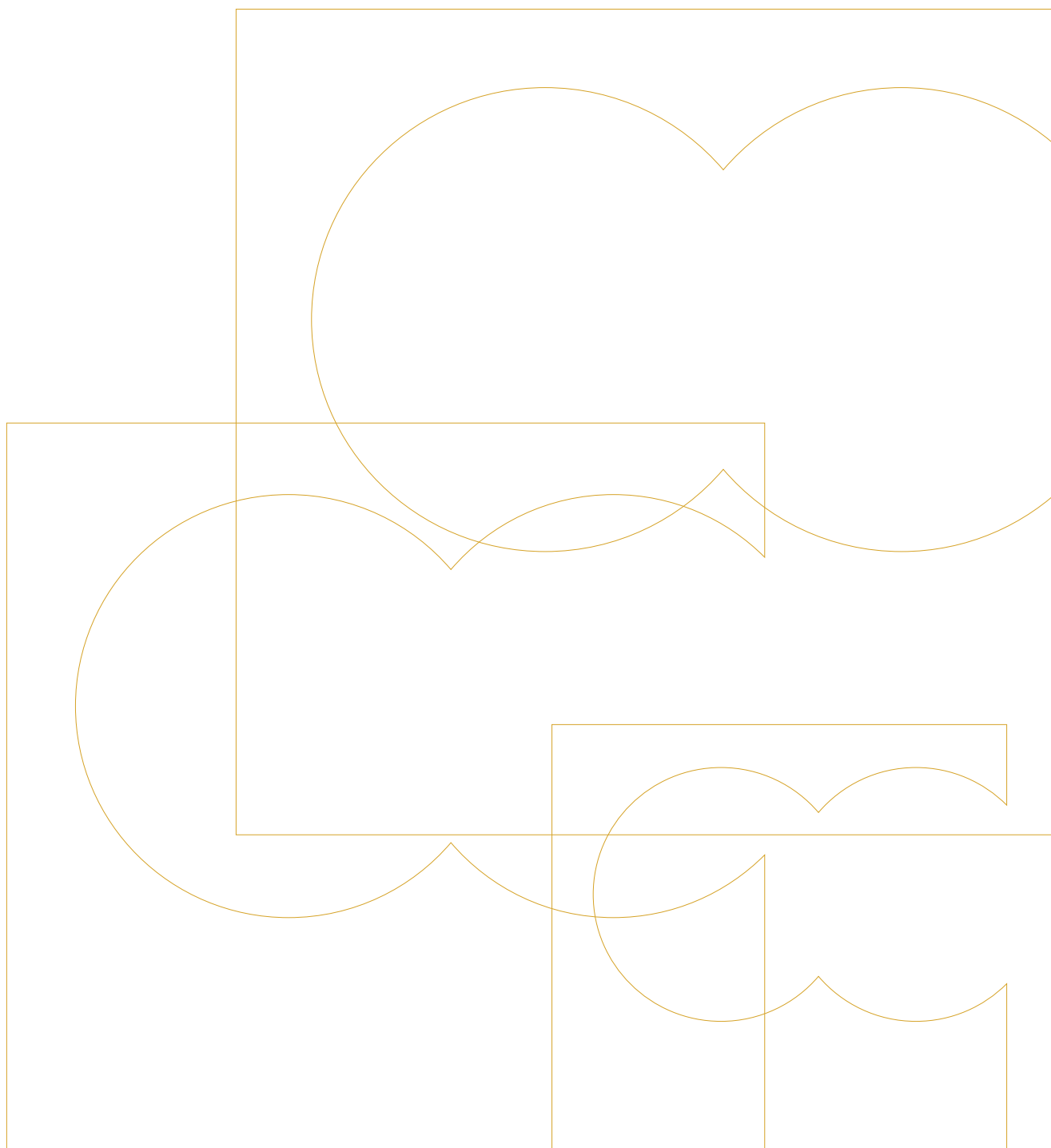
Sabemos que la ansiedad, el estrés crónico y mantenido, la incertidumbre, las pérdidas, la culpabilidad y el rechazo/aislamiento son factores de alto riesgo de depresión y de reactivación de traumas del pasado que habían quedado sin resolver. Ello ha llevado a la gran incidencia de clínica de ansiedad, depresiva y de estrés postraumático en las personas adolescentes. Además, algunas de

ellas, para afrontar todo ese malestar emocional, optaron por el control (hiper-auto-control): control del cuerpo, de la alimentación, haciéndola restrictiva con intenso ejercicio físico, llevándolas así al desarrollo de anorexia nerviosa con grave desnutrición secundaria, e incluso en peso crítico. Otras personas más impulsivas no podían soportar el malestar emocional y lo han evacuado a través de conductas autolesivas, violentas, y cada vez con más frecuencia, suicidas.

Y han sido especialmente las chicas las más afectadas porque son las más vulnerables a estos factores, tanto de un punto de vista biológico como psicológico.

Conclusiones y Recomendaciones:

- Estamos en una situación de extremo riesgo para la salud mental infanto-juvenil.
- Debemos ofrecer la mejor y más intensiva atención psicológica y psiquiátrica para:
 - Ayudar a la recuperación más rápida y completa posible.
 - Prevenir consecuencias/ limitaciones en la salud mental de las y los menores.
- Tenemos que aunar esfuerzos con el mundo social y el educativo para poder desempeñar esta intervención con éxito.

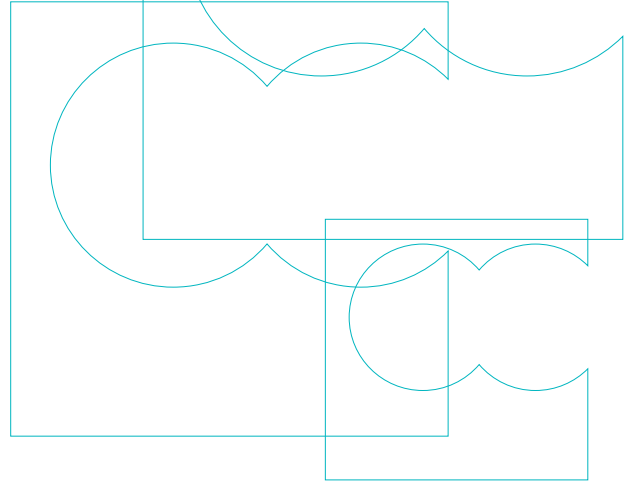


PANDEMIA. CRISIS. PARO. OPORTUNIDAD

JAVIER GARCINUÑO ZABALA

Director sociedad municipal BILBAO EKINTZA





Pandemia. Crisis. Paro. Oportunidad. Cambios revolucionarios. Incertidumbre. Ganas de empezar, de emanciparte. De irte a vivir con tu novio o novia. De viajar. De tener dinero. De trabajar. Hay muchas cosas que no elegimos, que vienen dadas. Una de ellas es el momento en que saltamos o nos empujan al mercado laboral. Nunca parece un buen momento. Por todos los sitios salen nuevas variables que añaden más dudas a nuestra posible contratación. Esa oportunidad, más o menos estable, mejor o peor pagada, pero que nos da un enganche con nuestros sueños de construir un proyecto personal.

En medio de todo este caos mental y caos económico y social, estamos cada uno de nosotros. Estas tú. Con tu cabeza llena de ideas, valorando si después de tanto esperar un contrato, una llamada después de una entrevista, puedes poner en marcha un negocio por tu cuenta, una pequeña empresa, una iniciativa que te permita salir a delante, por tu cuenta.

Te escribo unas líneas por si estás en esa situación y en la confianza de que te puedan ser de utilidad. A mí me habría gustado poder leer algo así cuando estuve en la misma situación que estás tú ahora. Lo que escribo, lo digo por experiencia propia.

Emprender por necesidad. Puede ser. Si no tengo trabajo por cuenta ajena, me pongo por mi cuenta. Como una salida alternativa. Recomendando, sin embargo, que tengas algo de vocación. Un impulso interior que te lleve a hacer lo que tendrás que hacer. Que no solo sea porque no tienes otra alternativa.

En todo caso, debes ser muy consciente de dónde te metes. Los riesgos económicos y personales vinculados a un posible fracaso empresarial. Es recomendable un equilibrio personal, madurez y conciencia de las fortalezas y debilidades de uno mismo. Encontrarás momentos de soledad, incertidumbre y deberás tener determinación y carácter fuerte.

La idea. Podemos tener buenas ideas sobre desarrollo de productos, servicios o incluso soluciones de mercado. Pero en sí mismo, esa idea no justifica la puesta en marcha de un proyecto empresarial. Una idea puede dar lugar al desarrollo integral de un producto, prototipos, patentes, licencias de uso, fabricación, posicionamiento en canales de venta, etc... pero un solo producto no constituye una empresa.

Tu ventaja competitiva. En qué eres bueno. Qué aportas tú como emprendedor, y tu empresa en consecuencia, como valor diferencial a tus clientes y usuarios, frente a tus propios competidores y frente a otros productos sustitutivos. ¿Es sostenible esa ventaja competitiva? Incluso, ¿podrías construir barreras de entrada a futuros competidores en tu mercado?

La inversión. Has analizado el mercado, tus potenciales clientes, el precio de tus productos/servicios, tus márgenes, los gastos de estructura, tus canales de venta. Y ves que los números salen. Que hay una oportunidad de negocio. Ves escenarios. Al principio las cosas van lentas, tardarán en llegar los pedidos. Tardarás en cobrar. Incluso podrías tener fallidos. Aun así, salen los números.

Debes desarrollar el modelo empresarial en fases. Hitos que irás superando si se cumplen las expectativas de mercado. Harás las inversiones según vayas superando la etapa anterior. Empezando con la menor inversión posible. Debes contrastar con el mercado tu idea. El cliente debe financiar tu propio desarrollo con tu margen comercial. Si el crecimiento orgánico es insuficiente para la dimensión empresarial que estás

buscando, la rentabilidad empresarial en esta primera fase será garantía suficiente para conseguir financiación ajena. No debes acometer toda la inversión desde el principio. Eso no garantiza el éxito y sin embargo, en caso de que algo no salga según lo previsto, es posible que no puedas recuperar el dinero que hayas invertido.

Lo hago solo o acompañado. Esta cuestión es posible que sea la más difícil de responder. Las circunstancias de cada uno son distintas. En caso de poner en marcha un proyecto con algún socio o socia, debe quedar claro qué hace cada uno y a cambio de qué. Qué derechos y obligaciones tenemos, qué funciones y jerarquía. Generalmente no sabemos diferenciar propiedad y gestión. Podemos ser propietarios y no participar en la gestión y a la contra. El dueño (accionista) recibe un retorno a su inversión vía dividendo, si hay beneficio y si se acuerda así en junta general. El gestor recibe retorno a su trabajo vía salario. Dueño y gestor son dos roles que pueden estar en la misma persona o no.

El modelo de gobernanza de la empresa debe estar claro desde el principio. Quién toma las decisiones estratégicas en la empresa y bajo qué equilibrios de poder en la toma de decisiones.

El mentor. Alguien que te acompañe en las decisiones. A ser posible ajeno a la empresa ya que no tiene intereses directos. El valor de su experiencia, de su consejo te permitirá contrastar tus propias decisiones. Te dirá la verdad, su verdad sobre los temas que le traslades. Las personas emprendedoras suelen estar demasiado cerca de su criatura para aceptar ideas críticas sobre su

propia ideación, a veces, ensoñamiento empresarial. Alguien cerca, que nos haga dudar, puede ser el mejor regalo al alcance del emprendedor.

Las asociaciones. Debemos proteger nuestra idea, nuestro proyecto. De forma legal, a través de patentes, de contratos de distribución o como podamos... pero a la vez debemos compartir la propuesta, incluso en su fase de desarrollo inicial. Las personas con quien la compartamos nos ayudarán a perfilar mejor nuestro producto/servicio.

La meta. Debemos tener claro nuestros objetivos. Debemos señalar escenarios posibles. Pero es el mercado el que modulará nuestra propuesta. Es el mercado el que manda y el que nos dirá si sí o si no. Y podremos hacer cambios en nuestra oferta si sabemos escuchar la opinión del mercado, de nuestros clientes.

Un proceso de emprendimiento, culminado en una empresa, con un proceso integral de producción y/o prestación de servicio supone un ejercicio de análisis de oportunidad, de diseño de propuesta, y de ejecución que

conlleva un desgaste personal enorme. Es una oportunidad para conocerse mejor a uno mismo. Pero si tomamos esta decisión, no es para conocernos, sino para tener éxito, para que salga bien. Ojalá sea esa tu situación. Ojalá te salga bien. En todo caso, prepara las cosas, tus estructuras mentales, para que no salga bien. Para que no haya éxito comercial. Para que tengas que cerrar la empresa. Y que aun así, haya merecido la pena. Prepara tus relaciones comerciales, laborales, financieras para que, incluso fracasando empresarialmente, hayas tenido éxito como emprendedor porque el balance haya salido a tu favor. Tu mochila después de un fracaso empresarial puede estar llena de conocimiento, de contactos, de experiencias que sólo tu proyecto te puede haber dado, y que de otra manera nunca habrías podido adquirir. Hay veces en que, para triunfar, es necesario fracasar antes.

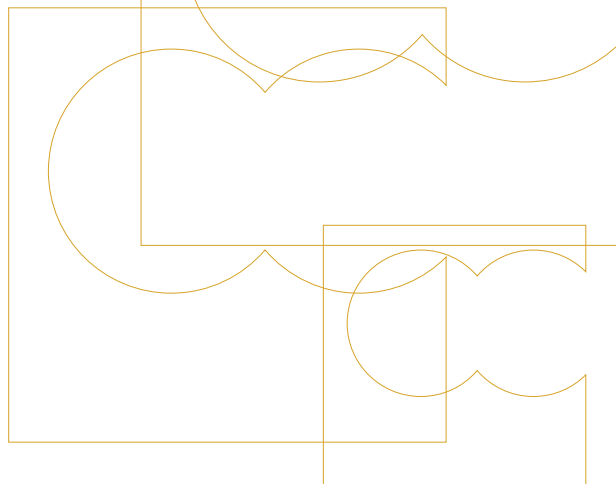
Si necesitas apoyo técnico para la puesta en marcha de un proyecto empresarial, y vives o lo quieres desarrollar en Bilbao, en www.bilbaoekintza.eus estamos a disposición para lo que necesites. ¡Ánimo!

LA JUVENTUD Y EL EUSKERA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

JONE GOIRIGOLZARRI GARAIZAR

Profesora de la Universidad de Deusto. Doctora en Ciencias Sociales
y Licenciada en Sociología y Antropología Social y Cultural





La situación creada por la COVID19 ha afectado a todos los ámbitos de la vida, incluso a la gestión y uso de las lenguas. Las preocupaciones comenzaron tan pronto como se impuso el estado de alarma. Numerosos expertos y expertas proclamaron la necesidad de hacer llegar la información sobre salud pública en las lenguas que entiende la ciudadanía, para combatir a nivel mundial esta enfermedad contagiosa y evitar información falsa y engañosa. En nuestro caso, muchos agentes vascos y muchas de las y los ciudadanos advirtieron que el euskera se había quedado en un segundo plano durante la gestión de la crisis; y una especial preocupación surgió cuando muchas niñas, niños y personas jóvenes se quedaron sin escuela presencial durante el confinamiento. La situación de pandemia post-confinamiento también ha influido en el uso del euskera de muchas personas jóvenes. En este escrito, nos centraremos en las vivencias y experiencias de la juventud de entornos populares no euskaldunes inmersos en procesos de mudanza hacia el uso de lenguas minoritarias, para reflexionar sobre el impacto de la pandemia en dichos

procesos. Para ello, nos basaremos en una serie de entrevistas realizadas en los últimos meses dentro del proyecto de investigación Equiling y en el conocimiento previamente acumulado.

Existe un amplio consenso entre los agentes que realizan actividades culturales vascas: el principal reto que actualmente tiene el proceso de revitalización del euskera está en su uso, es decir, en materializar la opción de convertirse en “hablantes activos” por parte de quienes aprenden y conocen el euskera. Sin embargo, la activación no es fácil de hacer. Los procesos de mudanza a favor del uso del euskera suelen ser de por sí muy escabrosos, al menos en entornos en los que la presencia social de la lengua es reducida. Así pues, llevar a cabo la opción consciente de usar el euskera suele ser el primer paso de un proceso largo y accidentado en el que el “éxito” no está asegurado. La sensación de muchas personas jóvenes de pueblos donde predomina el castellano es que nunca tienen garantizado el uso del

euskera: en ciertas épocas aparecerá el euskera, más o menos fuerte, en sus vidas, y en otras, sin embargo, se volverá a quedar dormido, hasta que dentro de un tiempo vuelva a florecer. La pandemia ha supuesto un largo letargo para muchas de estas personas jóvenes, golpeando por completo sus trayectorias a favor del euskera.

Las inestables medidas para hacer frente a la crisis sanitaria -el cierre perimetral de los municipios, el toque de queda, los límites de reunión, las restricciones horarias de los bares, etc.- han puesto patas arriba la vida de la juventud. De esta manera, las casas y los ámbitos académicos han adquirido más protagonismo que nunca en la vida de muchas personas jóvenes. Como señalaba una persona universitaria, durante la pandemia la universidad ha sido para esta persona casi el único espacio para socializar con sus coetáneos. Así, las personas jóvenes se han quedado sin ese ocio tan importante para su propio desarrollo, o concretamente, sin espacios para el ocio. Les ha desaparecido la noche, se ha restringido el activismo, han disminuido las actividades culturales y deportivas. Y todo ello les ha recortado completamente por un tiempo la red de contactos. Más allá de las amistades íntimas, han estado meses sin ver a muchas personas conocidas y sin conocer gente nueva.

La situación descrita también ha afectado de forma significativa a la juventud en su relación con el euskera y también les ha afectado de un modo diferente. En las redes íntimas, en las que la pandemia ha influido menos, la juventud que tiene opciones de usar el euskera ha conseguido de alguna manera mantener ese vínculo; sin embargo, los que tienen

la opción de uso en ámbitos y relaciones sociales más amplias y esporádicas, como las actividades y espacios que se identifican con el euskera -el Café Antzokia de Bilbao, el ambiente de txosna de pueblos y barrios, el activismo, etc.- han visto totalmente disminuidas sus posibilidades de usarlo. Al mismo tiempo, también están quienes han vivido como una oportunidad la situación impuesta por la pandemia, abriendo un espacio a los nuevos ámbitos de uso. Por ejemplo, las personas que se han unido a diferentes prácticas comunitarias virtuales durante el confinamiento y aprovechando los recursos que ofrecen las tecnologías, personas comprometidas con los niños y niñas en sesiones de práctica oral, quienes se han dedicado a leer literatura en euskera, etc. En cualquier caso, podemos pensar que, en la vivencia de muchas personas jóvenes de entornos obstaculizadores en su esfuerzo por ser hablantes activos del euskera, la pandemia ha tenido más de pausa que de oportunidad.

En los procesos de mudanza a favor del uso del euskera, el único elemento clave no es tener o detectar oportunidades para el uso de la lengua. En estos procesos, el elemento emocional también es una clave importante. Las emociones están presentes en todas las experiencias relacionadas con las lenguas minoritarias: en la motivación de convertirse en hablantes activos, en el estado de ánimo para elegir una u otra lengua en cada momento, en la firmeza y perseverancia de mantener la lengua en determinadas interacciones y a largo plazo, en la percepción del resultado obtenido, etc. La vergüenza, la tristeza, la frustración, la satisfacción, la ilusión, el orgullo o el miedo son sentimientos muy generalizados en

los procesos de mudanza, y de cara al uso del euskera pueden actuar como fortalecedores o limitadores. La encuesta realizada por el Observatorio Vasco de la Juventud en la segunda ola de la pandemia muestra que las y los jóvenes han sentido de manera notable rabia, preocupación, aburrimiento, tristeza y ansiedad en los últimos meses. La falta de motivación y la apatía también han estado más extendidas de lo normal en los sentimientos de las y los jóvenes. Cabe pensar que ese estado de ánimo generalizado también ha influido en el uso del euskera. Así lo decía un joven bilbaíno plenamente comprometido con el euskera cuando se le preguntó si iba a participar en la segunda edición del Euskaraldia:

Ahora, lo que me ha pasado es que, como estoy desmotivado, quizás porque nos confinarán o quieres hacer mil cosas, no quiero hacerme ilusiones. Lo que quiero decir, o sea, es que en este último año he vivido tantas frustraciones, que estoy en un momento que no sé ... sí que tengo ilusión, pero no quiero ir a tope con nada, porque me voy a ilusionar y frustrar, y con el Euskaraldia lo mismo. [...] Si antes teníamos problemas ahora más. Hay que medir las fuerzas y, yo incluso, he pensado en no participar. Sería hace dos años, bueno, bueno, bueno ... no me lo perdonaría nunca. Ahora pues, mira, es un ejercicio... yo tengo que cuidarme, no es el caso, pero es un ejemplo, igual no es el momento, y quizás no quiero hacer este esfuerzo. Es igual: idejadme en paz!

Esta cita nos ofrece muchas claves para entender la base de los procesos de mudanza a favor del euskera. Para empezar, y en primer lugar, su dimensión emocional y su carácter agitado. En ese sentido, no podemos olvidar que

las lenguas son una parte más de la vida de las personas jóvenes y, aunque tenga mucha importancia, a menudo otros muchos elementos le toman la delantera. Así pues, podemos decir que muchas veces la elección a favor del uso del euskera es muy circunstancial, por lo menos hasta que se establezcan las redes de contactos que hablarán en euskera.

Para finalizar, las entrevistas realizadas con diferentes personas jóvenes han puesto de manifiesto la supremacía de las interacciones presenciales cuando hablamos del uso. A pesar de que en los últimos meses ha aumentado considerablemente el uso de las redes sociales, todavía imaginamos una comunidad offline, poniendo en segundo plano la fuerza que las tecnologías tienen en nuestro día a día.

Tanto una parte significativa de los medios de comunicación como de la sociedad han mostrado el deseo de ver la pandemia como una pausa o paréntesis de nuestra “normalidad” diaria, puesto que al parecer lo conocido nos da tranquilidad y nos ofrece seguridad. Para otros ha sido más un enorme experimento. No podemos negar que durante la pandemia han ocurrido muchas cosas y en muchos ámbitos. alguna de ellas seguirá desarrollándose y otras volverán a lo de antes. En este momento, la labor de los investigadores es documentar con atención lo ocurrido en estos meses, identificar las nuevas tendencias y mirar hacia adelante. De nuevo, corresponderá a las actividades culturales vascas, tomando el liderazgo de la comunidad vasca, ser innovadoras, y volver a inventar nuevas oportunidades para usar el euskera.

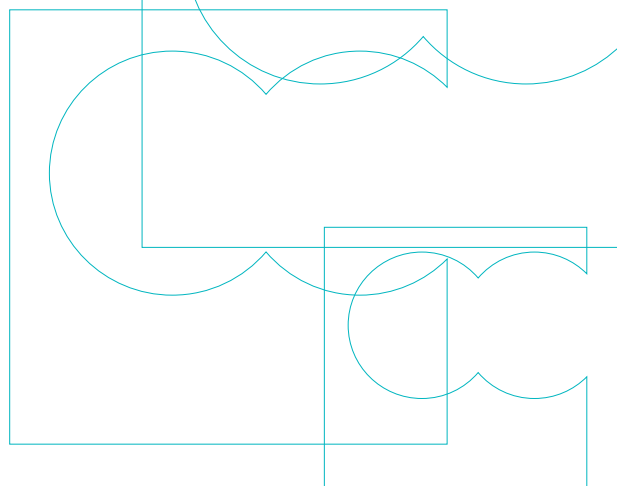
PARTICIPACIÓN, JUVENTUD, PANDEMIA...

JOSU GRANDIBAL MAGUREGI

Promotor Social de Kiribil Sarea



[TEXTO EN IDIOMA ORIGINAL]



La participación juvenil es el compromiso activo de las y los jóvenes en sus propias comunidades. En cualquier ámbito: política, educación, deporte, ocio, urbanismo, cultura...

¿Quién no ha escuchado alguna vez alguna de estas frases? ¿O tal vez las hemos dicho?... *¡La juventud no participa!... ¡La juventud no sabe participar!... ¿Dónde está la juventud?...*

Preguntas, frases que se escuchan desde hace muchos años, no ha hecho falta que viniera la Covid19 para ello.

Cuando hacemos una fotografía sobre la participación juvenil, la hacemos desde el enfoque de las personas adultas, desde el recuerdo, y sin aceptar que las jóvenes de hoy en día y las que lo fuimos, no somos las mismas; las necesidades son otras; el contexto no es el mismo.

En nuestra experiencia hemos aprendido que las personas jóvenes son

muy diferentes entre sí, que no existe la juventud sino las juventudes y que las posibilidades reales de conocer en profundidad sus anhelos y deseos, pasa por la convivencia y la escucha de ellas.

La pandemia que comenzó en marzo de 2020, fue un antes y un después en muchos aspectos de nuestras vidas, no porque no vayamos a volver a vivir de la misma forma que antes, sino porque ha sido una experiencia y una vivencia que nos ha demostrado lo vulnerables que podemos llegar a ser.

La juventud, al igual que lo hacía antes de la pandemia, ha continuado participando... movilizándose, generando y dinamizando proyectos, en los barrios, en los pueblos, en las comunidades... de forma online, de forma presencial (con restricciones o sin ellas), partiendo de sus intereses y también de las necesidades colectivas.

Durante estos meses, se han generado otros escenarios, otras necesidades,

muchas de ellas más esenciales. Las comunidades han respondido y la juventud ha sido clave y protagonista de esta participación ciudadana, trabajando con los colectivos más vulnerables.

Han sido clave en el acompañamiento y en el cuidado de las personas:

- educadoras que han realizado su intervención socioeducativa con menores a través de la pantalla; acompañándoles en lo emocional, cuidados afectivos, facilitando momentos de encuentro, de ocio...
- jóvenes que han acompañado a personas vulnerables (mayores, que viven solas, con alguna diversidad...) en actividades esenciales de la vida, básicas e instrumentales.

Muchas de ellas de forma presencial, pero no siempre la situación lo ha permitido. Se ha sumado el formato online, al principio formato frío, distante, pero que ha sido una herramienta muy válida; TICs, participación, acompañamiento a personas... han ido ligadas en estos tiempos.

Para las personas jóvenes no ha sido tan nuevo; llevan años compaginando su tiempo libre entre el uso de dispositivos digitales y el estar con las personas.

Esta pandemia está siendo complicada para toda la sociedad. Pero la juventud está siendo uno de los colectivos al que más les está afectando:

- en lo emocional; un alto porcentaje han tenido dificultades relacionadas con la salud mental después del

confinamiento, cambios de humor, tristeza, aburrimiento, incerteza...

- en lo económico
- cambios en su capacidad de tomar decisiones y resolver problemas
- dificultad de concentración, aumento en horas de estudios
- incertidumbre por el futuro.

Todo esto afecta en el estado de ánimo, en la motivación, y en otros aspectos de vida, como puede ser en la participación y el compromiso con la comunidad.

Las y los adultos, ¿les hemos escuchado? ¿les hemos preguntado? ¿les hemos comprendido?

Además, muchas veces la juventud está siendo acusada de irresponsable, en ocasiones de forma muy estereotipada, no han sentido que se hayan tenido en cuenta sus necesidades y circunstancias para responder a la pandemia, a pesar de sentir que su generación está siendo muy afectada. Esto refleja una sensación de marginación como grupo generacional.

El reto que tenemos como sociedad es dar a la juventud su espacio, el que se merece. Que sean protagonistas, al igual que lo somos las y los demás. Son agentes de cambio, motivadores.

Como sociedad tenemos que facilitar a la juventud:

- autonomía necesaria, en cuanto a las capacidades de responder de forma autogestionada a sus propias necesidades e intereses,

- capacitación para realizar trabajo en grupo, trabajo colectivo, desde su realidad, para generar iniciativas de cambio,
- participación, desde sus necesidades, desde los temas que les afectan,
- acompañamiento en la promoción de aprendizajes cooperativos y en valores,
- trabajo en red como forma de trabajo horizontal y enriquecedora,
- inclusividad, respeto máximo a la diversidad de opiniones, puntos de vista, ideologías y formas de vida, haciendo un esfuerzo porque existan vínculos respetuosos entre las personas y fomentando el diálogo entre ellas,
- procesos de aprendizajes y de experiencias,
- creatividad, crear y recrear las diferentes miradas posibles sobre los temas de interés, aprender a mirar desde ángulos diferentes, abiertos, las necesidades o los procedimientos para enfrentarlas que despierten el pensamiento divergente, la expresión de las

emociones y su traducción a la práctica desde múltiples disciplinas.

Como sociedad tenemos como retos...:

- dar a la juventud el espacio que les corresponde
- facilitar el protagonismo que tienen que tener
- escucharles, que expresen sus necesidades, sus miedos, sus inquietudes
- empoderarles
- trabajar conjuntamente
- acompañarles en los procesos
- capacitarles en la toma de decisiones.

La pandemia está, se quedará o se irá... se han generado nuevas formas de trabajar, de colaborar, de participar. Las necesidades de las personas, de los jóvenes continúan, la motivación baja o sube, pero hay que seguir trabajando para construir en grupo, en comunidad.

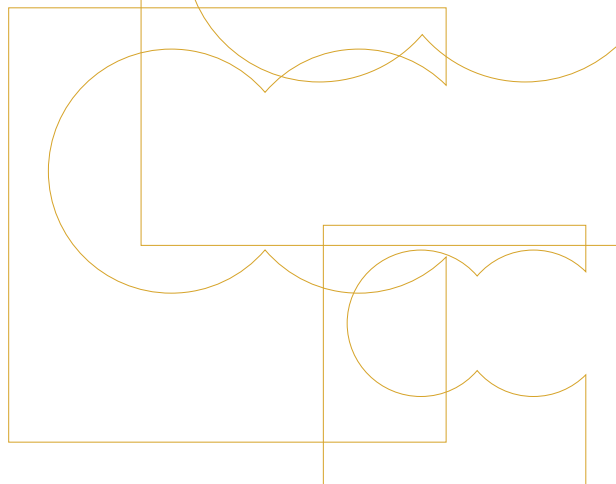
Las y los jóvenes se están regenerando, reinventando, generando redes... y todo esto lo tenemos que vivir como una oportunidad para seguir construyendo.

LA PANDEMIA Y SUS EFECTOS EN LA JUVENTUD Y EN LA IGUALDAD DE MUJERES Y HOMBRES

IZASKUN LANDAIDA LARIZGOITIA

Directora de Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer





Ninguna crisis afecta de igual manera a todas las personas. Siempre tienen un impacto negativo más profundo en aquellas personas que presentaban ya antes una situación de mayor vulnerabilidad: personas con trabajos precarios o sin empleo, personas sin hogar, personas con discapacidad o enfermedades crónicas, personas mayores, migradas, etc. Las crisis en general y la pandemia generada por la COVID19 en particular, tienen el poder de visibilizar nítidamente y magnificar las desigualdades preexistentes. Así mismo, la desigualdad de mujeres y hombres que persiste en nuestra sociedad explica que, dentro de estos grupos, las mujeres y las niñas estén más expuestas a esta crisis en términos de discriminación, violencia y vulneración de derechos.

La pandemia ha impactado de manera diferente en mujeres y hombres, no solo en términos de prevalencia de la enfermedad, sino en clave de consecuencias en el bienestar emocional, en las relaciones familiares, en la asunción de los cuidados, en el

empleo, en los niveles de exclusión social, etc. Sin duda, este impacto diferencial ha tenido también sus consecuencias en la juventud en general y en las mujeres jóvenes en particular, tanto en el terreno laboral como en el de las relaciones afectivas y sociales, entre otras.

En primer lugar, y para analizar el impacto de la COVID en la juventud, hay que tener en cuenta que no es un grupo homogéneo, sino que constituye un grupo diverso, heterogéneo, que plantea modelos y proyectos de vida diferentes y si bien en esta diversidad reside su fortaleza, esto mismo también supone un gran desafío a la hora de plantear medidas que respondan a sus necesidades.

No debemos olvidar que las y los jóvenes encuentran, por lo general, dificultades para conseguir un trabajo de calidad o disponer de una vivienda, lo que supone, en definitiva, tener dificultades para emprender proyectos

de vida independientes, que se han incrementado debido a la crisis generada por la pandemia.

Al mismo tiempo, debemos tener presente que las dificultades suelen ser mayores para las mujeres jóvenes, por el hecho de sufrir discriminación por el hecho de ser mujeres y, además, ser jóvenes, lo que se puede agravar en aquellas que sufren múltiple discriminación como las mujeres jóvenes rurales, mujeres migradas, racializadas, con discapacidades, etc.

Si nos centramos en el empleo, las y los jóvenes se encuentran con importantes obstáculos como la carencia de trabajo de calidad, los contratos temporales, las condiciones laborales desfavorables... La pandemia ha mermado de manera drástica sus opciones para la inserción laboral y, en consecuencia, para poder imaginar un futuro. La mayoría de los trabajos a los que tenía acceso la juventud ya tenían características de temporalidad y precariedad antes de la pandemia, con lo que esta crisis ha tenido consecuencias devastadoras en sus opciones de ganarse un sueldo digno y, en consecuencia, optar a una vida autónoma. Más en el caso de las mujeres jóvenes que acceden en muchos casos a empleos precarios feminizados.

A esta situación de enorme incertidumbre y al incierto panorama en el ámbito laboral se ha unido el hecho de que las y los jóvenes se hayan visto privados de algo que es tan importante en la juventud como las relaciones sociales. Además, durante el confinamiento perdieron casi por completo sus espacios de intimidad. Estas cuestiones han afectado de

manera determinante a la salud mental de adolescentes y jóvenes, cifras que aumentan entre las propias chicas y mujeres jóvenes, que han pasado mucho más tiempo de sus vidas online, con los peligros que conlleva para las situaciones de acoso y violencias.

Los espacios virtuales han tomado más protagonismo del que ya tenían en estas relaciones, unos espacios en los que, en muchos casos, se ha dado un fortalecimiento de los roles de género. Ejemplos de ello han sido los comentarios que han sufrido las jóvenes en redes, la competencia de los cuerpos, el aumento de la hipersexualización de los cuerpos o la presión en el entorno. O también el aislamiento que han sufrido muchas jóvenes a través del control de sus parejas a través de las redes sociales.

Por otro lado, de nuestro estudio “La igualdad en época de pandemia. El impacto de la COVID19 desde la perspectiva de género”, disponible en nuestra página web, se desprenden algunas de las consecuencias que la pandemia ha tenido en las mujeres en general en lo referente a la sobrecarga de los trabajos de cuidado (con los servicios de cuidados de mayores o las extraescolares infantiles suspendidas); o en lo referente también a las actividades laborales relacionadas con el cuidado, con una presencia mayoritaria de mujeres en ámbitos como la atención sanitaria, las farmacias, las residencias, la ayuda a domicilio, los servicios de limpieza, el comercio alimenticio, etc...

Las cifras indican nuevamente que son las mujeres las que principalmente han asumido gran parte de las tareas para afrontar la pandemia, no solo desde los

hogares, sino también desde los puestos de trabajo vinculados más directamente con el ámbito sanitario y socio-sanitario. Y también que las condiciones de precariedad que se viven en muchos de los ámbitos feminizados (salarios bajos, sobrecarga, temporalidad...), han provocado que el contexto de destrucción de empleo haya tenido consecuencias graves en las mujeres.

Sin duda, la pandemia ha traído consigo una mayor visibilidad de muchas de las carencias y desigualdades de nuestra sociedad. Por ello, la salida de esta crisis puede suponer también una oportunidad para, ante esta evidencia, promover un cambio por el que la sociedad no se mantenga como una estructura generadora de desigualdad. Para ello, es imprescindible que tengamos en cuenta tanto la perspectiva de género como la mirada interseccional, porque las realidades que vive cada persona son diferentes y hay que tenerlas todas en cuenta.

El debate feminista ha estado muy presente durante la pandemia, un debate que ha puesto en evidencia la necesidad de incorporar la perspectiva de género en la respuesta ante esta crisis sanitaria global de graves consecuencias sociales y económicas e impactos diferentes en mujeres y hombres.

También lo han manifestado claramente, entre otros, desde Naciones Unidas, la Unión Europea o la Organización Internacional del Trabajo. Nos interpelan a que tengamos en cuenta las diferentes necesidades además de las diferentes situaciones de partida de mujeres y hombres. Porque, sin duda, la incorporación de esa mirada de género marcará en gran medida el modo en el que salgamos de esta crisis.

Por tanto, es preciso un análisis exhaustivo, lo más ajustado a la realidad, que permita conocer el impacto diferenciado de la COVID19 en sus múltiples dimensiones en las y los jóvenes, para evitar entre otras, la brecha actualmente existente en la contratación entre las y los jóvenes, en la emancipación de unas y otros, o nos permita, por ejemplo, incorporar la mirada de género en el impacto de la COVID en su salud mental.

El desafío es enorme, no olvidemos que hay una generación que enlaza dos crisis, por lo que serán precisas alianzas multisectoriales para responder de manera precisa e innovadora.

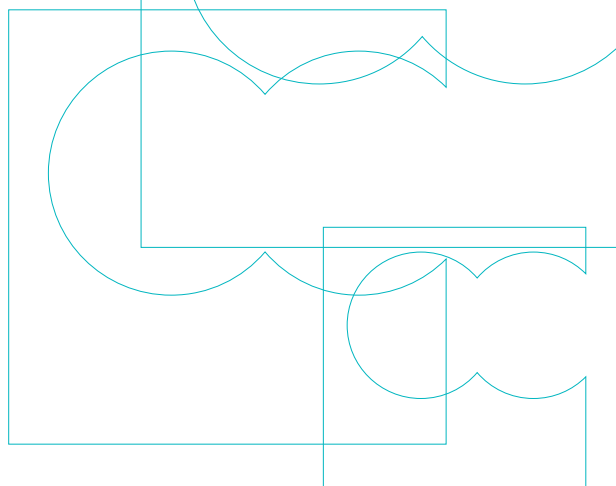
Tenemos una juventud capacitada y comprometida. Estoy convencida de que, si les damos la oportunidad, impulsarán la reinversión y transformación que esta sociedad precisa. Son nuestro futuro y esperanza.

LA JUVENTUD EN LA PANDEMIA: ¿IRRESPONSABLE, INDIFERENTE, CULPABLE?

LARRAITZ MENDIZABAL USABIAGA

Técnica del Gabinete de Prospección Sociológica
de la Presidencia del Gobierno Vasco





En noviembre del año pasado, en una encuesta que el CIS realizó, se preguntó a la ciudadanía qué sector de la sociedad española estaba cumpliendo con menos rigor las medidas de prevención contra la Covid-19. Así, sin sugerir ninguna respuesta. Podríamos pensar que la gente respondería “habitantes de municipios pequeños”, “negacionistas”, o, yo qué sé, “presentadores y presentadoras de televisión”, “fumadores”, “futbolistas”, “políticos” o “inmigrantes”, a los que tantas veces se culpa de infinidad de problemas sociales. Pero no: seis de cada diez ciudadanos del Estado español afirmaron que “los y las jóvenes” eran los que menos cumplían esas medidas. Y no creo que la opinión fuera muy diferente en la CAPV. Pero, ¿realmente es así? ¿Se ha preocupado tan poco la juventud por cumplir las medidas para evitar la expansión de la pandemia?

El Gabinete de Prospección Sociológica de la Presidencia del Gobierno Vasco, en una encuesta realizada en octubre del pasado año, preguntó a la ciudadanía

sobre el grado de cumplimiento de algunas medidas contra la Covid-19. Cabe señalar que las y los jóvenes de 18 a 29 años afirmaron en menor medida que el resto de grupos de edad haber reducido el número de contactos directos, haber reducido la frecuencia de esos contactos, haber guardado la distancia de seguridad y haber utilizado la mascarilla en determinadas situaciones. La mayoría de las personas jóvenes dicen cumplir estas medidas, pero no tanto como las personas adultas. Así pues, atendiendo a la información facilitada por las personas encuestadas sobre su propio comportamiento, parece que, al menos en parte, los y las jóvenes cumplen con menos rigor las medidas preventivas.

A decir verdad, tienen razones para actuar así. Las opiniones sobre la efectividad de las medidas establecidas, las consecuencias de su incumplimiento y diversos factores estructurales condicionarían ese comportamiento; pero, en mi opinión, los motivos

principales son dos: por un lado, el miedo a enfermar e incluso morir puede ser una razón de peso para cumplir las normas, si realmente creemos que cumpliéndolas se reducirá el riesgo. Sin embargo, no encuentran razones para temer por su salud; desde el inicio de la pandemia ha quedado claro que no corrían ningún riesgo aun enfermado. Han visto cómo muchos de sus compañeros y compañeras pasaban la Covid-19 de forma asintomática o con síntomas muy leves. Por otro lado, las medidas preventivas atacan de lleno a las relaciones sociales, que constituyen el núcleo de la vida de la juventud. Perjudican enormemente a unos mecanismos que son fundamentales para el desarrollo psicosocial de los y las jóvenes, y les hace sentir que se están perdiendo un montón de oportunidades y momentos que no volverán. Así pues, el cumplimiento estricto de esas medidas implica un esfuerzo enorme; la magnitud del sacrificio que les exigimos no se corresponde en absoluto con el beneficio que obtendrán a cambio para su propia salud.

Si no han visto peligrar su salud, ¿qué les ha llevado a cumplir las normas, aunque sea en menor medida que los demás grupos de edad? El riesgo de enfrentarse a las multas puede haber influido, pero yo diría que el principal motivo para cumplir las medidas preventivas ha sido otro: la responsabilidad para con los demás o la solidaridad. Los y las jóvenes no tenían miedo a enfermar gravemente, y si, en general, han cumplido las normas a costa de un esfuerzo tremendo, ha sido por responsabilidad hacia los demás; es decir, para evitar que otras personas enfermen por su culpa. Por lo menos habrá que reconocerles eso, ¿verdad?

¿Estaríamos dispuestos los no tan jóvenes a renunciar a tanto por pura solidaridad?

La mayoría de los mensajes que nos han llegado sobre el comportamiento de los y las jóvenes durante la pandemia no hablaban de esa solidaridad o responsabilidad. En muchas de las imágenes y noticias difundidas por los medios de comunicación y las redes sociales, así como en las declaraciones de ciertas autoridades, se ha relacionado a la juventud con infracciones peligrosas, grandes aglomeraciones de gente, botellones y excesos festivos. Algunas de estas actividades que las autoridades sanitarias consideran peligrosas son injustificables, pero no es aceptable achacárselas solo a los y las jóvenes. Durante estos meses, quienes no son jóvenes también han hecho muchas cosas que ponen en peligro la salud (grandes reuniones familiares en Navidad, comidas o cenas de cuadrillas o de trabajo, estar sin mascarilla en las terrazas de los bares, acudir a la segunda residencia infringiendo las normas de movilidad, etc.). De esos comportamientos no se ha hablado tanto, ni se han relacionado con un colectivo concreto.

Los y las jóvenes no son solo esas personas que vemos bebiendo en la calle y participando en fiestas ilegales. También son jóvenes muchos de los profesionales sanitarios, que han soportado una enorme carga de trabajo y una tensión inmensa cuidando de nuestra salud; un montón de trabajadores y trabajadoras de supermercados, que mientras todos estábamos seguros en casa acudían a su puesto de trabajo poniendo

en peligro su salud; profesores y profesoras, que preocupados por el impacto de la pandemia en la formación de su alumnado se dedicaron a inventar recursos extraordinarios; muchas de las personas que cuidaron de nuestros ancianos en las residencias en la etapa más dura de la Covid-19; todos esos alumnos y alumnas que consiguieron sacar adelante sus estudios en unas circunstancias tan adversas, recibiendo clases online y teniendo que confinarse varias veces durante el curso; la mayoría de aquellos que al principio de la pandemia se organizaron para ayudar a las personas mayores que vivían solas; muchos músicos y gente del mundo del arte que nos hicieron el confinamiento más llevadero...

Por otro lado, ese mensaje que relaciona a la juventud con comportamientos irresponsables tiene otra consecuencia: identificar esas actitudes como el principal factor de difusión de la pandemia. Si en las noticias, las encuestas y las conversaciones ponemos el foco en las conductas individuales, corremos el riesgo de perder de vista aquellas medidas que son determinantes en la evolución de la pandemia (sanitarias, laborales, de movilidad, de bienestar social, etc.). Si en vez de dar a esas medidas la importancia que tienen nos centramos en lo que hace cada persona, es fácil considerar cierto comportamiento (sea prudente o irresponsable) como la causa principal de la evolución de la pandemia.

No es justo (y, además, es erróneo) identificar a la juventud con conductas que nos han puesto a todos y todas en peligro, ni presentar a la juventud como la principal responsable de las consecuencias de la pandemia. Además, esa identificación no aportará nada positivo de cara al futuro. La Covid-19 no ha afectado gravemente a la salud de los y las jóvenes, pero también sufren y sufrirán los terribles efectos de la pandemia. Según un estudio de Caixabank Research, la pandemia ha afectado mucho más a los ingresos de los y las jóvenes que a los del resto de la población; la juventud ha visto reducido sus ingresos cuatro veces más que las personas adultas. En los próximos años veremos en qué medida afecta la crisis económica derivada de la pandemia a esta juventud, que ya venían arrastrando desde hace tiempo una enorme precariedad.

Además, también hay que tener en cuenta los problemas de salud mental, que se están extendiendo especialmente entre los y las jóvenes por el aislamiento provocado por la pandemia, el no poder relacionarse y no poder llevar una vida autónoma. ¿De verdad queremos añadir a todo eso el sentimiento de ser los culpables de la catástrofe?

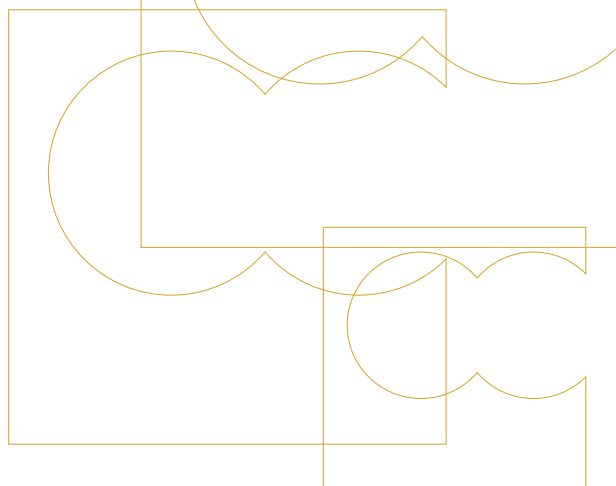
Desmontar esa imagen y ese mensaje de juventud irresponsable nos beneficiaría como sociedad, tanto para superar las consecuencias que esta pandemia nos ha traído, como para saber cómo actuar ante futuras crisis y emergencias.

NUESTRO CONSUMO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

CHARO MORÁN CUADRADO

Área de Consumo de Ecologistas en Acción





La pandemia ha cambiado nuestras vidas, la forma en que trabajamos, nos movemos y, por lo tanto, nuestros hábitos de consumo. Más allá de los datos de las estanterías vacías por el agotamiento de papel higiénico o de harina para hacer repostería casera que caracterizaron el consumo en los supermercados durante el confinamiento, se han producido otros cambios significativos en nuestro consumo.

Comportamientos que ya mostraban tendencia ascendente, como la compra on-line, el uso de Internet o las plataformas digitales de entretenimiento, se han consolidado enormemente. Así, la pandemia ha catapultado la compra on-line, en el que destaca la multinacional Amazon, con ingresos que posicionaron a Jeff Bezos como la persona más rica del mundo en 2020. Unos beneficios récord de 112.000 millones de dólares en todo el mundo, un 53,8% más que en 2017. La marca empresarial más valiosa del planeta ha fagocitado al comercio local, a través de un modelo de negocio basado en la explotación

laboral, una fiscalidad ridícula¹ y con unos costes ambientales crecientes². La plataforma pone a nuestro alcance un gran bazar digital en la que todo está en venta a golpe de click. Solo Alibaba, su equivalente chino, puede competir con el gigante en cifras de ventas.

El sector vinculado al uso de Internet ha sido otro de los favorecidos por la pandemia, con un gran incremento de descargas culturales (series, películas, televisión, videojuegos...) y de uso de plataformas como Netflix y la propia Amazon. Además, se ha producido un incremento de un 27% en el uso de redes sociales³. Sólo en lo que respecta al

1 Con beneficios de 4.700 millones de euros en España, de cada cien euros sólo paga 0,1 céntimos en impuestos.

2 Morán, C. (2020). *Amazon: a costa de ti, a costa del planeta*. Revista Ecologista.

3 Juste, M. (2021). La pandemia dispara el uso de las redes sociales, un 27% más que hace un año. <https://www.expansion.com/economia-digital/innovacion/2021/02/10/6022c89de5fdea-59448b459b.html>

uso de WhatsApp se multiplicó por diez durante el confinamiento.

Las cinco compañías que dominan hoy Internet, se vieron reforzadas por la crisis, tanto debido a las horas de ocio, como al uso redes sociales, como al teletrabajo y la explosión de las reuniones virtuales. Estas compañías funcionan casi en régimen de monopolio, desde el motor de búsqueda que supone Google, pasando por el *software* de los productos Apple, el sistema operativo Windows que es emblema de Microsoft, las relaciones sociales de Facebook, y la logística, entretenimiento y la distribución en la era del consumismo exprés de Amazon. Así, GAFAM es el acróstico con el que se designa a los ganadores de la batalla por el control de Internet y que se han visto claramente beneficiados por la crisis pandémica.

Los datos sobre alimentación apuntan a que se ha apostado por una alimentación más saludable, con un mayor consumo de frutas, legumbres y verduras para cocinar en casa, en detrimento de los productos procesados. En este sentido, un 14% de personas que no cocinaban habitualmente, empezaron a cocinar diariamente durante la pandemia ⁴, ayudado por el mayor tiempo de estancia en los hogares. Confiemos en que esta tendencia se consolide y que suponga revertir la tendencia de consumo de alimentación procesada y fastfood, con negativos efectos sobre

la salud de la población y sobre el planeta.

Con respecto al lugar en el que compramos los alimentos se asentó la opción de supermercado con respecto a las tiendas de barrio y mercados de abasto que, sin embargo, son la opción más elegida para el consumo de productos frescos y por aquellas personas que apuestan por la consolidación de la economía local y la vida de barrio. En este sentido, Lidl y Amazon, nuevamente Amazon, fueron los grandes ganadores de la distribución española en el año pandémico, por detrás de Mercadona y Carrefour ⁵.

Con respecto al transporte, la pandemia disparó la venta de bicicletas⁶ durante 2020 hasta superar 1,5 millones de unidades vendidas, el doble de la venta de automóviles. Este hecho se sustenta tanto en un incremento del uso de la bicicleta para actividades deportivas y de ocio, como alternativa a la movilidad en las ciudades, en detrimento del transporte público, aunque no tanto en el uso del automóvil. El miedo al contagio en transportes colectivos potenció la movilidad en bicicleta, hecho que puede ser una de las buenas noticias del consumo pandémico, especialmente si supone su consolidación en la movilidad de cercanía, junto con otras iniciativas de

4 Pérez-Rodrigo, C. et al. (2020). Cambios en los hábitos alimentarios durante el periodo de confinamiento por la pandemia COVID-19 en España. Revista Española de Nutrición Comunitaria. https://www.renc.es/imagenes/auxiliar/files/RENC_2020_2_06_Cambios_habitos_alimentarios_estilos_vida_confinamiento_Covid-19.pdf

5 Plaza, A. (2021). Los supermercados que más crecieron en España en 2020 fueron Lidl... y Amazon. https://www.eldiario.es/economia/supermercados-crecieron-espana-lidl-amazon_1_7223157.html

6 Plaza, A. (2021). La pandemia dispara la venta de bicicletas en España: más de 1,5 millones en un año. https://www.eldiario.es/economia/pandemia-dispara-venta-bicicletas-espana-1-5-millonnes-ano_1_7977044.html

apaciguamiento del tráfico motorizado y zonas de bajas emisiones que se están implementando en las ciudades.

Uno de los sectores claramente perjudicados ha sido el del turismo y, con ello, gran parte del empleo en una economía como la del Estado español muy dependiente de este sector. Airbnb, compañía en auge y con enormes ganancias con anterioridad a la llegada de la pandemia, ha visto reducida su valoración en bolsa junto con pérdidas de 322 millones en los primeros meses de 2020, hecho que también se extiende a otras grandes empresas del sector como Expedia, Hilton y Booking. En el Estado español, el grupo Meliá, Riu y NH han sufrido enormes pérdidas y despidos masivos. Sin embargo, en la medida que fue posible, se produjo un incremento del turismo local de interior, mucho más sostenible y de repercusión en la economía rural.

Estos sólo son algunos datos sobre pautas de consumo en tiempos de pandemia. Un análisis con una mirada ecosocial aporta claros y oscuros. Claros como la tendencia hacia una alimentación más saludable, mayor tiempo dedicado a la lectura, turismo rural y al fomento del uso de la bicicleta.

Sin embargo, la consolidación de las grandes multinacionales como Amazon, claramente vencedora en estos tiempos de incertidumbre, suponen el apoyo a un modelo que se nutre del consumo acrítico, individualizado e injusto, que concentra la riqueza en pocas personas y que se desarrolla a espaldas de la finitud de recursos y sumideros del planeta Tierra.

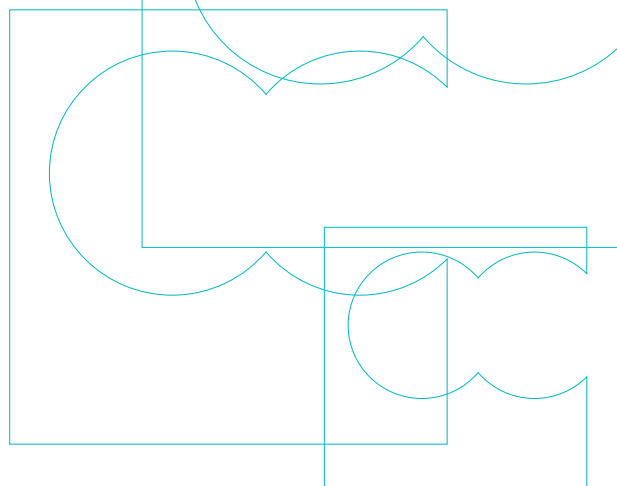
Sería oportuno recuperar las sensaciones que teníamos durante el confinamiento, en el que mostrábamos nuestro agradecimiento a las personas que nos cuidaban y que no podían parar (sanitarias, cuidadoras, reponedoras, cajeras de supermercado...), en el que echábamos de menos a las personas queridas, en el que tejimos redes de apoyo vecinales y despensas solidarias para ayudar a las personas más vulnerables. Recordemos que necesitábamos mover el cuerpo, pasear por un parque o el campo. Recuperemos los aprendizajes vividos y seamos conscientes que no echábamos de menos el centro comercial sino la vida social. En definitiva, que lo imprescindible e importante son las relaciones con las otras personas muy por encima de los bienes materiales. Para vivir mejor en colectivo y en armonía con el planeta.

LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DEL COVID

GORKA MORENO MÁRQUEZ

Vicerrector del Campus de Bizkaia de la UPV/EHU





Decía Immanuel Kant que la *inteligencia de un individuo se mide por la cantidad de incertidumbre que es capaz de soportar. Una frase que es acertada para cada momento y situación de nuestras vidas, pero que en estos últimos meses ha tomado más fuerza y relevancia si cabe aún. Al respecto, creo que en general nuestra sociedad ha mostrado inteligencia y ha respondido razonablemente bien a los grandes retos que ha puesto sobre la mesa la crisis sanitaria y social consecuencia de la irrupción del Covid-19 en nuestras vidas.*

La universidad no es un ente ajeno a la sociedad y como tal ha tenido que responder a grandes retos y problemas, algunos de ellos generales; otros, en cambio, particulares y acotados a las características propias de una entidad educativa superior.

El confinamiento supuso tener que cambiar de la noche a la mañana y sin preparación previa la docencia ordinaria, sus metodologías y los recursos utilizados hasta ese momento.

Ha sido una pequeña revolución digital. Aunque en el ámbito de la educación superior podíamos estar mejor que en otros niveles educativos y teníamos ya plataformas virtuales para la docencia; no deja de ser complejo y complicado extender este tipo de modalidades de forma generalizada y para prácticamente toda la docencia que se imparte en la universidad. Estimamos que el resultado fue satisfactorio y se pudo dar respuesta a una situación de excepcionalidad sobrevenida.

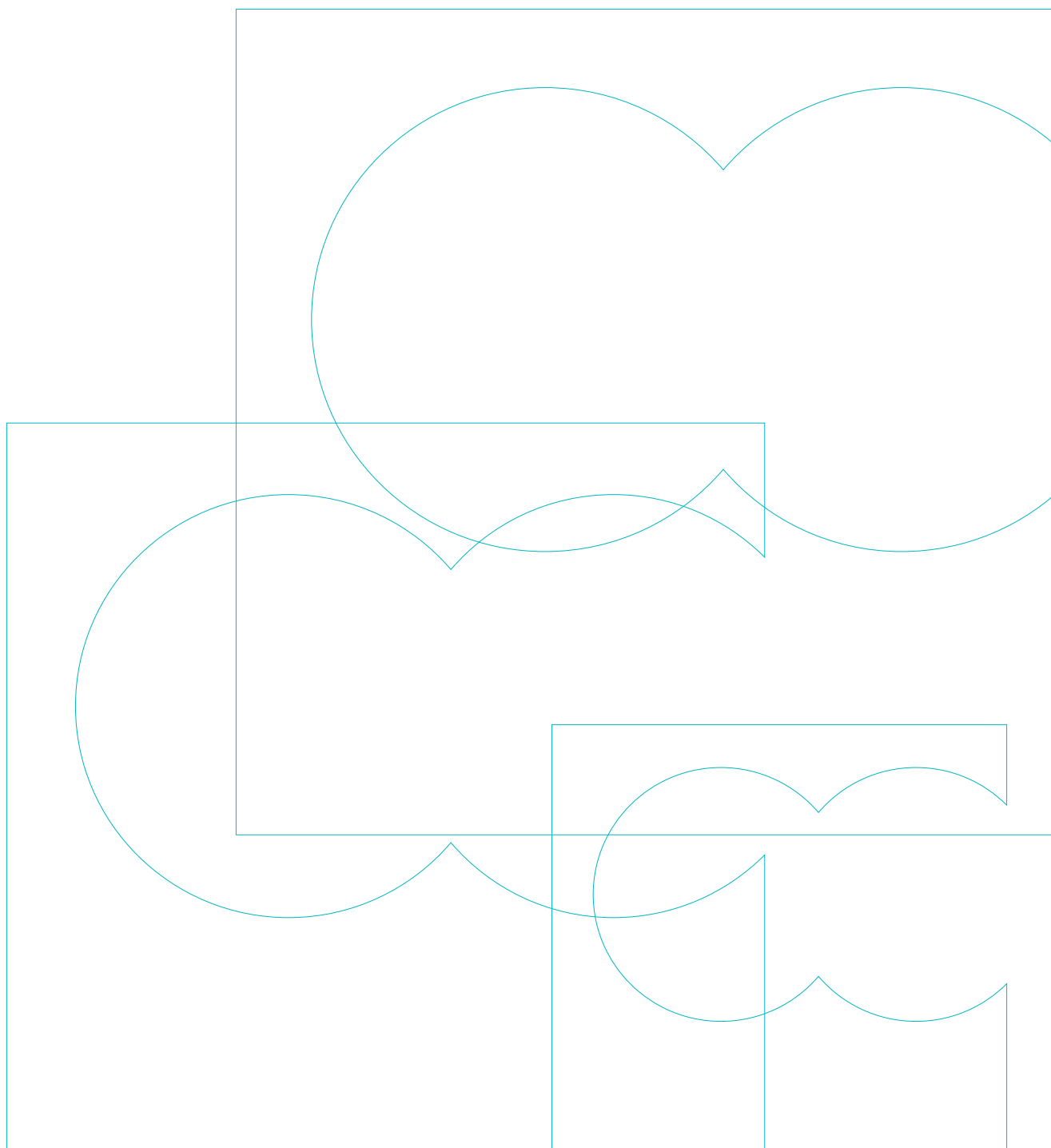
Echando la vista atrás podemos extraer algunas conclusiones de cara al futuro a corto y medio plazo. Es obvio que la docencia virtual ha venido para quedarse y que en ámbitos como la formación continua o los estudios de posgrado pueden ser una herramienta muy útil que deberemos fomentar e impulsar. Pero, aunque parezca paradójico, el avance en la docencia y la formación virtual ha subrayado más si cabe aún, la necesidad de la docencia presencial. Tanto desde el

profesorado como desde el alumnado se ha subrayado la importancia de la presencialidad en la docencia, la magia que surge en el aula no se puede conseguir de ninguna otra manera. Y este ha sido precisamente, uno de los grandes retos de este curso que lleva a su término.

Hemos impulsado la presencialidad de la docencia en un contexto complejo y en el que teníamos que garantizar sobremanera la salud y la seguridad de todas las personas que componemos la UPV/EHU. Como no podía ser de otra manera, se han vivido momentos complicados; pero el resultado más allá de las dificultades y errores lógicos que se hayan podido cometer es realmente satisfactorio. La docencia presencial, combinada con la bimodalidad -presencial y virtual-, ha podido aunar los objetivos que nos planteábamos al inicio de curso. Para el inicio del curso 2021-2022 planteamos un escenario similar, en el que se garantizará un 75% de la presencialidad y según vaya evolucionando la situación sanitaria se irán valorando otros escenarios.

No podemos acabar este pequeño artículo sin mencionar el papel que han jugado en este contexto los y las estudiantes de la UPV/EHU. Es un colectivo eminentemente joven y que ha visto cercenado sus espacios y ámbitos de sociabilidad de una manera drástica. En este contexto, la propia universidad se ha convertido en uno de esos escasos espacios para la socialización y se ha dado de forma segura. La actitud de estos/as jóvenes ha sido ejemplar en prácticamente todas las ocasiones y creo que vale la pena desde estas líneas agradecerles el compromiso y la solidaridad que han mostrado para con el resto de las personas que conformamos la universidad y con la sociedad en su conjunto.

Los tiempos del Covid todavía no han finalizado y nos queda todavía un cierto trecho de incertidumbre que gestionar y soportar. El camino transitado deja más luces que sombras desde nuestro punto de vista y esperamos que el curso que viene sea el de la transición hacia esa nueva normalidad que todos y todas tanto anhelamos.



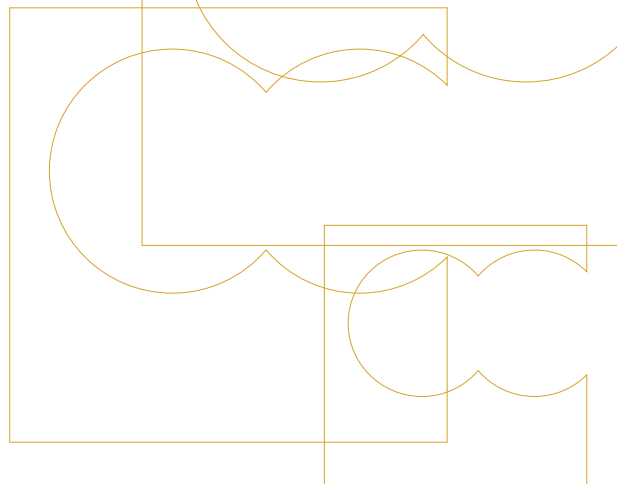
PANDEMIA Y EMANCIPACIÓN

MAIALEN OLABE AGUIRRE

Presidenta de EGK (Consejo de la Juventud de Euskadi)



[TEXTO EN IDIOMA ORIGINAL]



En contraste al tópico de que el virus del Covid-19 no distingue entre individuos, clases, ni territorios, sabemos con certeza, que la crisis derivada de ésta, no será igual para todos. Por ello, para empezar a hablar de cómo ha afectado la pandemia en la emancipación de las personas jóvenes, es importante echar la vista atrás y analizar cómo estaba la situación.

La crisis del 2008, provocó una recesión a nivel internacional que marcó un antes y un después en la economía estatal y que supuso un momento crítico para toda la sociedad. Las consecuencias de esta crisis fueron devastadoras, vimos despidos masivos, datos de desempleo muy altos, situaciones de pobreza extrema, desahucios... Por ello, es importante hacer referencia a esta crisis, ya que once años después, las personas jóvenes seguimos padeciendo las consecuencias.

Antes de que llegara la pandemia, podíamos ver como se repetían una

serie de fórmulas en el ámbito laboral que impedían tener un empleo de calidad. Las fórmulas de becas y contratos en prácticas reemplazaron muchos puestos de trabajo reales, o la encadenación de contratos temporales eran sólo algunas de las nocivas dinámicas laborales que las personas jóvenes sufrían en su entrada al mercado laboral. Las mujeres éramos, además, las peor paradas de esta situación. Por consecuencia, y debido al espejismo de que un mayor nivel de formación ofrece acceso a un mejor empleo, las personas jóvenes alargamos el período de formación, algo que supuso encontrarnos con una generación sobre cualificada en un mundo en el que encontrar empleo en condiciones dignas era todo un reto.

La precariedad laboral descrita anteriormente, nos lleva a una realidad de sueldos bajos e inestabilidad laboral que convirtió prácticamente inalcanzable el mercado de la vivienda. En esta línea nos encontramos con dos

barreras principales, los altos precios del alquiler y una realidad laboral que no permite acceder a la compra de una vivienda, a pesar de que sea, en muchos casos, más barato pagar una hipoteca que un alquiler.

Esta situación tuvo una repercusión directa en el desarrollo del proyecto de vida de las personas jóvenes. En Euskadi, nos encontramos con personas jóvenes queriendo irse de casa entre los 23 y los 25 años y la realidad de unos datos que demuestran que ese deseo no se cumple ya que la edad media de emancipación ronda los 30 años de edad.

En este contexto, nos encontramos con una segunda crisis que comienza en 2020 dándonos una sacudida a toda la sociedad y especialmente a los colectivos más vulnerables como son las personas jóvenes. La crisis de la Covid-19 supuso un parón, tuvimos que encerrarnos en casa durante un tiempo y un año y pico después seguimos sin tener una auténtica normalidad.

Esta crisis nos ha hecho dar pasos hacia atrás en muchos sentidos. El parón por la pandemia ha conllevado que muchas empresas hayan tenido que recurrir a los ERTES, despidos y en algunos casos han limitado o cesado las contrataciones. Esto nos hace retroceder en algunos avances, como por ejemplo en las mejoras de los índices de contratación que se empezaron a ver en el último lustro. Nos hace poner encima de la mesa, de nuevo, la preocupación por la falta de empleos, pero sobre todo de empleos de calidad.

La realidad laboral a la que nos enfrentamos, está directamente relacionada con que en el Estado Español un total de 228.600 personas de 16 a 35 años volvieron a vivir con sus padres a lo largo del año pasado, según indican los datos de la Media de Trimestres de la EPA que elabora el INE (Instituto Nacional de Estadística), que vuelve a situar esa cifra por encima de los seis millones de personas una década después.

Por ello, nos parece necesario marcar unos retos que estén en primera línea, de manera que podamos paliar en la mayor medida posible las consecuencias de la pandemia. Es necesario apostar por medidas que ayuden a desarrollar un proyecto de vida digno. Medidas que tengan una amplia perspectiva de la vida de las personas jóvenes, y no limitarse a ayudas paternalistas. Es necesario ir más allá del posible desarrollo de una familia y entender las personas jóvenes como individuos e individuos que necesitan los medios para un pleno desarrollo personal y vital.

Necesitamos una apuesta firme por el empleo de calidad, poniendo límites a prácticas que lejos de fomentar el desarrollo profesional de las personas jóvenes, abusan de su situación anteponiendo el beneficio de la persona que contrata e imposibilitan el desarrollo del proyecto de vida de las personas jóvenes. Esto significaría, acabar con prácticas abusivas e improcedentes como las becas laborales, los contratos en prácticas y los contratos temporales. Es necesario un aumento de inspecciones laborales para comprobar que se cumplen las normativas necesarias.

Consideramos imprescindible también, poner en el centro los cuidados y no olvidarnos de las enfermedades laborales a la que nos expone la precariedad laboral. Se prevé que la pandemia dejará muchas secuelas relacionadas con la salud mental, por lo que es necesario que la precariedad laboral no sea una carga mental añadida.

En esta línea, también vemos necesario tomar medidas aumentando el parque público que dé respuesta a los ingresos reales de las personas jóvenes y que nos permita vivir sin tener que destinar más de un 30% del sueldo. También es imprescindible, llevar un registro de viviendas vacías y darle salida al mercado a precios controlados, de manera que sirvan para dar respuesta a la creciente demanda de primera vivienda en alquiler.

Por último, es importante el fomento de viviendas que sigan la línea de nuevos modelos de viviendas y tipologías arquitectónicas, de manera que puedan dar respuesta a una mayoría poblacional que no sigue el modelo tradicional, y en concreto, a las personas jóvenes que buscan otros modos de convivencia. Cuando se habla de nuevos modelos de vivienda, se hace referencia a modelos alternativos como pueden ser las viviendas intergeneracionales, viviendas dotacionales, cohousing... modelos, en definitiva, que planteen espacios intermedios donde desarrollar también la vida en común.

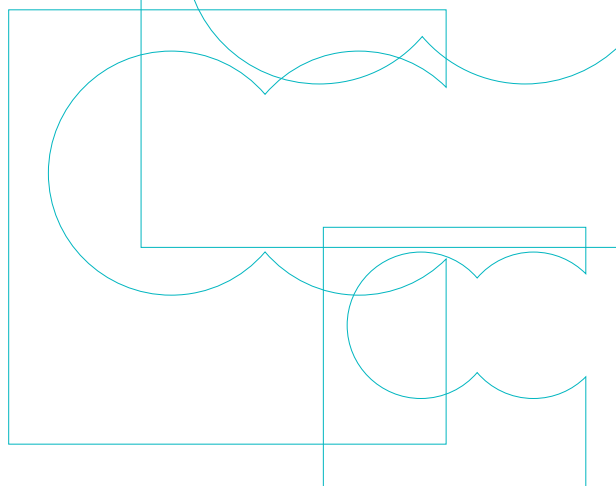
En definitiva, es necesaria una gran apuesta por las personas jóvenes, no solo centrada en proyecto de futuro sino en su proyecto vital presente. Todas las personas nos merecemos que se nos brinde la posibilidad real de desarrollar un proyecto de vida digno.

LA JUVENTUD Y LA COVID 19

JOSÉ ANTONIO OLEAGA PÁRAMO

Presidente de la Asociación Vasca de Sociología y Ciencia Política





Resulta francamente difícil hacer una reflexión sobre la Covid19 que resulte, a estas alturas, original. Se ha dicho y escrito todo lo que se podía decir al respecto. De sus orígenes polemizados, de sus paralelismos históricos, de sus efectos en el organismo, de sus resultados catastróficos en términos de mortandad, de su comportamiento epidemiológico, de sus efectos psicológicos en las personas, de su gestión política... Vamos, que está todo prácticamente dicho.

Porque se ha hablado también de sus efectos psicosociales, pero quizá en este aspecto hayamos sido más parcos. ¿Cuáles son los efectos y el coste psicosocial para el conjunto de la sociedad vasca? ¿La situación es similar en todas las categorías sociales? ¿Hay segmentos de la población que pueden estar sufriendo más con la crisis sanitaria?

La segmentación de la población vasca por la variable edad nos puede llevar a una reflexión interesante al

respecto. Si hablamos en términos de infancia, preadolescencia, adolescencia, juventud, edad adulta y vejez, sin ánimo de ser exhaustivos ni sentar cátedra al respecto de estos cortes, quizá veamos que no todas las categorías sociales han sufrido del mismo modo esta pandemia.

Hemos hablado ya mucho sobre el enorme y espeluznante impacto que la pandemia ha tenido en las personas de más edad, en las más vulnerables, en las residentes en espacios comunitarios. Mucha muerte, mucha soledad, mucha ansiedad, mucha incertidumbre.

Y también se ha hablado bastante de la juventud vasca, aunque en términos bien distintos: ha tenido un tratamiento más superficial y, en muchas ocasiones, ha sido señalada como el inconsciente aliado del virus. No pocas veces se ha criticado a la juventud vasca su falta de compromiso y responsabilidad ante el avance de los contagios, echándole en cara además que la enfermedad hace poca mella en la gente joven.

Creo que hemos sido injustos, que la sociedad vasca ha mostrado poca empatía con la juventud vasca. Basta con hacer un poco de memoria para darnos cuenta que, después de las personas de más edad, la juventud vasca es la que más ha sufrido con la crisis sanitaria.

Debemos de pensar que, los que tenemos ya una edad entre los 35 y los 65 años, estamos en una fase de nuestra vida que, si bien nos gusta, y mucho, socializar, tenemos un entorno psicosocial más sólido para aguantar una pandemia y sus consecuencias: limitaciones de reuniones, limitaciones de movilidad, limitaciones en los espacios de relación social.

La juventud vasca, la que se mueve entre los 14 y los 30 años, por poner algún límite, como todas las juventudes, se relaciona con sus iguales, sobre todo, en los espacios públicos, esos que la enfermedad ha limitado y coartado hasta el extremo. Nosotros, las personas adultas tenemos nuestro espacio vital en nuestro hogar, tenemos los afectos elegidos cercanos, en nuestro hogar, y tenemos menor necesidad de ampliar nuestra red personal de relación.

La juventud es un momento de mucha apertura, mental y social, de mucha necesidad de socialización, de conocimiento de otras personas, de otras realidades más allá de la burbuja personal, de otros lugares, de otras formas de pensar, etc. Necesita además mucho contacto y cercanía física. El espacio público y el espacio comunitario, no solo los bares y los txokos, sino también las calles, las plazas, los lugares recónditos y los lugares de tránsito y de viaje, son el

terreno de juego natural en el que se desenvuelve la juventud. También las casas de sus progenitores, pero el ágora social es donde la juventud se mueve como pez en el agua. Necesita esa experiencia vital. Y es lo que la pandemia le ha quitado todos estos meses.

La respuesta de la juventud vasca a esta catástrofe ha sido, en términos generales, espectacularmente buena, si dejamos a un lado la minoritaria parte, agigantada consciente o inconscientemente por los medios de comunicación, que no ha sabido aguantar el tipo. La gran mayoría de la juventud vasca ha sabido estar en su sitio, exceptuando pequeños despistes que han podido afectar también al resto de la población: el 1% de la población te genera el 99% de los problemas sociales. Y el caso de la Covid19 y la juventud no ha sido una excepción.

Ahora que parece que estamos asistiendo a los últimos actos de la crisis sanitaria, para dejar paso a la económica, nos podemos plantear las consecuencias que esta catástrofe pueda tener en la juventud vasca. Reconozco que, a partir de aquí, entramos en el terreno de la hipótesis. ¿Cómo va a reaccionar la juventud vasca? ¿Le quedarán secuelas psicosociales? ¿Qué expectativas tiene respecto al futuro inmediato?

Lo primero que me viene a la mente es que la juventud es la etapa vital, con permiso de la infancia, más inconsciente y maleable, con las mejores armas para hacer frente a la etapa de la postcrisis. Personalmente, no creo que la pandemia deje huellas psicosociales persistentes en la juventud vasca. Creo que va a reaccionar con rapidez y con

flexibilidad al nuevo escenario, sea cual sea el que se presente. La juventud se caracteriza por la adaptación, por la flexibilidad mental y psicosocial, por su hibridación, por su facilidad para afrontar los continuos cambios que en esta etapa vital son tan frecuentes. Es una etapa de gran facilidad para el aprendizaje personal y social. Desde luego que la pandemia no se le va a olvidar, pero le va a ayudar a afrontar mejor su futuro.

Las expectativas, a corto plazo, no se puede decir que sean especialmente halagüeñas, sobre todo en lo concerniente al mercado laboral. Pero eso ya ocurría antes de la pandemia:

los que peinamos canas o no peinamos nada, sabemos por experiencia que la juventud nunca ha sido buena para el mercado laboral. Tampoco lo va a ser ahora. Pero también sabemos que el futuro de la sociedad vasca está en las manos de la generación joven que ha sufrido y experimentado esta catástrofe social. Le va a hacer más fuerte, más experta, le va a hacer más consciente de lo que tiene y de lo que puede perder si no gestiona bien la sociedad vasca del futuro. Quizá la juventud vasca no lo sepa, pero yo personalmente estoy muy orgulloso de ella y confío plenamente en su capacidad de resiliencia y en su potencial como cohorte. En sus manos estamos. En buenas manos.

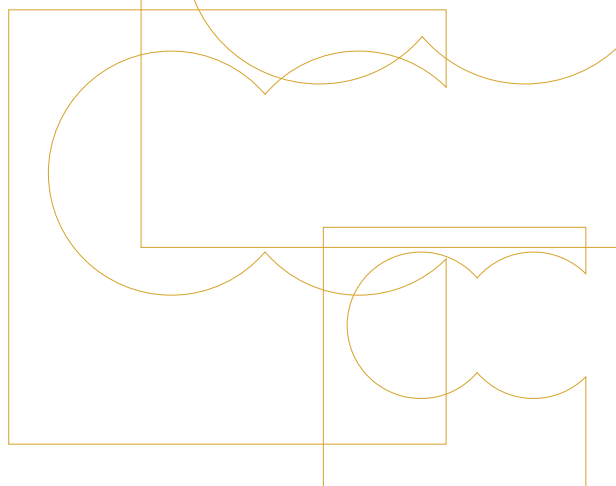
JÓVENES, POST-CONFINAMIENTO Y REDES SOCIALES: ¿VUELVE EL DEBATE DEL USO ABUSIVO DE LAS PANTALLAS?

NAIARA PEREZ DE VILLARREAL AMILBURU

Responsable de comunicación y marketing en Digitalde.
Consultora y formadora



[TEXTO EN IDIOMA ORIGINAL]



Mucho se ha escrito desde hace ya un año sobre lo que ha supuesto la pandemia provocada por la Covid-19 en el comportamiento de las personas en el mundo digital. Se habla de transformación digital forzosa, de hiperconexión e incluso de las nuevas formas de relacionarnos.

Uno de los colectivos en los que este proceso ha impactado con más virulencia es en el colectivo de la juventud. El confinamiento del año 2020 supuso un antes y un después en el uso de las pantallas en nuestros hogares, y acabó con el debate sobre si los y las jóvenes hacían un uso abusivo de las mismas. Las pantallas pasaron a ser imprescindibles, sobre todo para cumplir dos objetivos: mantener las relaciones sociales y seguir con los estudios.

La tecnología aportó muchas ventajas en el cumplimiento de estos dos objetivos, en un contexto en el que la juventud, en su mayoría, supo entender una situación excepcional y

tuvo que adaptarse a no contar con el contacto físico diario con sus amigos y compañeras de clase. Los y las jóvenes recibieron clases online, tutorías por videoconferencia e incluso realizaron exámenes delante de un ordenador. Durante mucho tiempo no pudieron salir a divertirse, ni a hacer deporte en grupo, ni incluso tener contacto físico con sus parejas. Aunque esta situación nos ha afectado a todos y todas, lo que ha vivido la juventud durante este tiempo tiene un enorme mérito.

Internet y concretamente las redes sociales fueron un puente necesario para sentirse cerca de las amistades y mantener las relaciones sociales. La juventud pudo mantener activo su mundo social y en muchos casos, hizo de este encierro un espacio algo más agradable. Antes de la pandemia ya usaban Internet y las redes sociales para relacionarse, para entretenerse e incluso para su educación, pero el confinamiento supuso un salto cuantitativo muy relevante en el uso

que hacían de las pantallas. En las redes sociales se aumentó considerablemente el tiempo de uso, las videollamadas con plataformas como Zoom o ClubHouse crecieron exponencialmente, se pasó más tiempo en juegos en red, y se aceleraron algunas tendencias que ya venían de antes, como el “boom” de plataformas de contenido en streaming (Twitch, Netflix).

Y es que los y las jóvenes se empezaron a decantar por redes sociales donde reinan los formatos audiovisuales, como Instagram o TIK TOK. Es sobre todo esta última la que se convirtió en un fenómeno social entre menores y adolescentes, experimentando un aumento espectacular en número de personas usuarias durante los meses del confinamiento y posteriormente. La razón es bien sencilla: esta red social ofrece un entretenimiento fácil y rápido con sus vídeos de apenas 15 segundos que se consumen en un abrir y cerrar de ojos, de los que con un simple movimiento de dedo se salta a otro, y con un algoritmo espectacular que elige por nosotros y nosotras cuál será la siguiente pieza audiovisual que veremos. A esto se le añade el valor añadido de los retos y hashtags, como #Quedateencasa o #Yomequedoencasa, creados por las propias personas usuarias que hacen un efecto llamada.

Además, Internet y los dispositivos electrónicos fueron imprescindibles durante ese tiempo para seguir con el curso académico, tanto a través de clases y ejercicios online, como en el contacto con el profesorado. Aunque, al principio de la pandemia, la brecha digital se hizo más visible, ya que no todas las familias contaban los recursos necesarios y a algunos centros

educativos les costó adaptarse más que a otros, la tecnología permitió entonces que los cursos siguieran adelante. Plataformas como Zoom o Google Meet vieron incrementado su uso de forma espectacular, al igual que otras exclusivas del mundo de la educación como Google Classroom.

Es verdad que la juventud se adaptó seguramente mejor que la población adulta a este nuevo escenario, pero no se puede obviar que también hubo dificultades y riesgos que tuvieron que afrontar.

Y es que las familias, en general, fueron más flexibles a la hora de permitir el uso de Internet, redes sociales y videojuegos durante esas situaciones de encierro, tanto para favorecer la convivencia como para entretener a sus hijos e hijas mientras no podían salir. Esta situación se agravaba cuando los progenitores además tenían que teletrabajar. Fue una cuestión de supervivencia en muchos hogares, donde el debate de uso de las pantallas pasó a un segundo lugar.

En la medida que se amplió esa exposición de las personas jóvenes, crecieron los problemas de tipo físico, psicológico y emocional. Entre las alteraciones más importantes que se dieron están la falta de sueño, los trastornos alimenticios, el aumento del estrés, la ansiedad, la hiperactividad y, como no, las adicciones (a los videojuegos, al móvil, a las redes sociales, a las apuestas, etc). También aumentaron los delitos cibernéticos como el ciberacoso, el grooming o el sexting, así como las estafas en la Red.

Parece que a medida que avanza la vacunación el fin de la pandemia

está cerca, pero en lo que al uso de la tecnología se refiere, no volveremos a la etapa pre-confinamiento. Tanto los jóvenes como los que no lo son tanto, avanzamos en meses lo que seguramente nos hubiera costado años en cuanto a digitalización. Algunas de las costumbres adquiridas, como las reuniones virtuales, las clases on-line o las quedadas con familia y amistades delante de una pantalla seguirán formando parte de nuestro día a día. Aunque el contacto físico se haya reducido, ahora estamos más

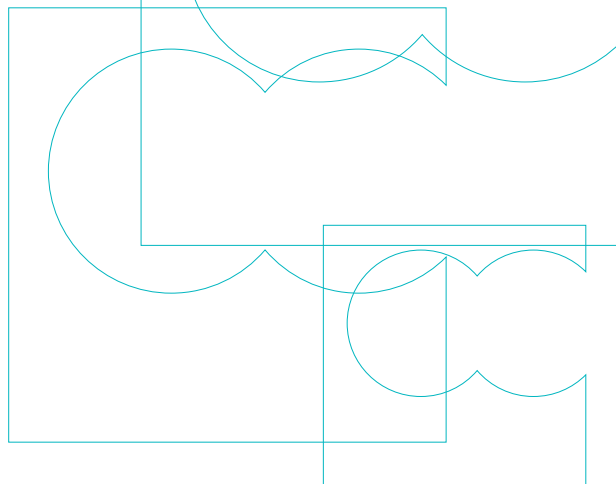
conectados y conectadas a través de las redes sociales. Quizás vuelva el debate sobre el uso abusivo de las pantallas, o quizás se adquiera una mayor conciencia de lo que es Internet y de lo que no es. Lo que está claro es que no debemos dar la espalda a esta "nueva normalidad", y tenemos que poner los medios a nuestro alcance para hacer un uso racional de cada plataforma, eligiendo solo aquellas que cubran nuestras necesidades y conociendo bien qué nos pueden aportar y cuáles son sus riesgos.

SEXOS, CORTEJO Y AMORES EN TIEMPOS DE PANDEMIA

ANA RAMÍREZ DE OCÁRIZ SOROLLA

EMAIZE Sexologia Zentroa-Centro Sexológico





Que la actual situación pandémica está teniendo repercusiones en nuestras vidas es un hecho. Cuales y cómo nos afectarán en el futuro próximo y en el lejano, es algo sobre lo que solamente podemos suponer. De todas maneras, en este artículo vamos a hacer el ejercicio de sacar a la luz cómo está afectando a chicas y chicos, a sus eróticas y sus sexualidades. Lo haremos a través de la lectura de sus relatos, de lo que cuentan y de lo que callan.

En nuestra labor sexológica tenemos la ventaja de poder acercarnos a las **vidas íntimas** de las personas jóvenes en el ámbito terapéutico y de asesoramiento, y no sólo a las expresiones colectivas que captamos en el aula cuando intervenimos con programas de educación sexual. Lo decimos porque lo que sucede en ambos escenarios nos da una imagen más cercana a la realidad.

Aunque sea una obviedad, el primer hecho que queremos destacar es que la **heterogeneidad** en las maneras de

ser, vivirse y expresarse como chicos y chicas también se da en la manera en la que la pandemia y las medidas para abordarla están afectando a las vivencias sexuales y expresiones eróticas de las personas jóvenes. A esa diversidad, por tanto, añadiríamos que las repercusiones son poliédricas, con caras **negativas** y también **positivas**.

En lo que respecta al período de confinamiento, el propio dormitorio se convirtió en el refugio en el que explorarse e intimar con una y con uno mismo; en la soledad se pudo conectar con ese yo que la adolescencia se obstina por descubrir: **identidades sexuales** veladas hasta entonces, toman forma; **orientaciones del deseo** negadas, se expresan. Esa mirada hacia adentro ha permitido poner palabras a lo que se sentía. No es que ahora haya más jóvenes en situación de transexualidad o con deseos eróticos no normativos, sino que se ha tenido mayor oportunidad de desconectar del ruido externo y oír la música interior.

Otro lado menos alentador de esta misma situación de incertidumbre y de aislamiento social es el aumento de la ansiedad y con ello la dificultad de la gestión emocional y del control de conductas autoerótica, más evidente en los chicos. Como más adelante comentaremos, estas conductas se han alimentado de la pornografía - cuyo consumo se ha disparado – y de los contactos a través de redes sociales.

Tras el confinamiento han llegado las restricciones de encuentro y de movilidad, que han limitado las **relaciones sociales y físicas** en una etapa de la vida -la juventud- en las que son imprescindibles para el crecimiento individual: la necesidad de negociación (incluidas las broncas) con la familia sobre la hora de llegada a casa no ha existido. Ha sido el límite exógeno del estado de alarma, innegociable, el que ha impedido el inconformismo juvenil, tan importante para madurar.

Esas restricciones también han limitado las ganas de “prepararse para salir”: el mirarse al espejo, el “¿qué me queda mejor?”; el acicate para el **cuidado y mimo personal** se ha visto mermado por la falta de escenario donde mostrarse para el juego del cortejo. Otra cara de esta situación es que el **uso de mascarilla** ha incentivado la importancia de la mirada en el ligue y el peso del rostro oculto en la imaginación erótica. Y es que es un hecho que las fantasías y el imaginario erótico se nutren sobretodo de lo que no vemos.

Jóvenes con dificultades en aceptar su imagen corporal pueden vivir la mascarilla como una ventaja. Sin embargo, en algún momento (esperamos que más pronto que tarde)

tendrán que enfrentarse a la desnudez del rostro. ¿Habrán desarrollado en este período las capacidades suficientes para ello?

A este hecho se le opone el crecimiento del **exhibicionismo**, sobre todo femenino, en el fenómeno TikTok. ¿Son conscientes de la imagen que dan de sí misma? ¿Es la que quieren dar?

La dificultad del **cortejo** directo (miradas a través de la barra del bar, movimientos rítmicos de acercamiento...) en donde se necesita desplegar habilidades sociales de contacto, ha incidido positivamente en el indirecto. El juego de seducción, cuya secuencia se había ido acortando en tiempos pre-pandémicos con el uso de **redes sociales de ligue** como Tinder o Grindr, ha vivido un aumento exponencial, tanto cuantitativa como cualitativamente. Según datos de las propias redes, la gente ha sido más imaginativa a la hora de hacer tele-propuestas eróticas, por lo menos durante el confinamiento, en donde las posibilidades de contacto físico eran nulas. La cara oscura de este hecho es la proliferación del envío de las denominadas “fotopollas” a quien no las ha solicitado. Este envío de imágenes íntimas -bastante extendido en las redes sociales de ligue gay-, cuando no son consentidas, manifiesta una falta clarísima de habilidades sociales -por no hablar de violencia- hacia quien la recibe.

El **incremento de la erótica tecnológica** (o “cibersexo”) es un hecho que además puede ser cualitativamente positivo: el sexting conlleva aprendizaje sobre los propios deseos, creatividad en las fantasías y

en las propuestas eróticas, así como confianza en la pareja. Es probable que influya positivamente en la erótica femenina, haciéndola más autónoma, también con el aumento de la juguetería erótica. De todas maneras, no podemos obviar que esta erótica no cubre la necesidad humana de vincularnos. ¿Qué pasará en el futuro inmediato? ¿Descenderán las prácticas eróticas compartidas? Esto es lo que apuntan los estudios recientes. Y si es así, ¿cómo nos vincularemos?

Así, esa necesidad del **contacto piel con piel**, ¿cómo la cubren las personas jóvenes? Al clausurarse las zonas de ocio nocturno, los espacios de socialización de las personas más jóvenes se han restringido a los institutos. Los encuentros eróticos que pudieran darse en este espacio van a ser rápidos y furtivos. Y por lo tanto de baja calidad, sin la intimidad necesaria para el deleite, el aprendizaje propio y el compartido, la negociación de qué queremos hacer y cómo. Esto, junto a la conciencia de invulnerabilidad asociada a la adolescencia, lleva irremediablemente a un aumento de las **prácticas eróticas de riesgo**. Pero también a conductas de riesgo frente al COVID: no nos besamos con mascarilla ni nos acariciamos con gel hidroalcohólico.

Aquellas personas jóvenes que cuentan con **espacios de intimidad**, o incluso parejas convivientes, sin embargo,

relatan que sus encuentros eróticos han descendido. Estamos viendo que la ansiedad y la incertidumbre está afectando al deseo, a la excitabilidad y al aumento de las dificultades eróticas y de pareja. En parejas jóvenes convivientes se están produciendo no sólo oportunidades para la sinergia; también se están dando mayores dificultades en la gestión de conflictos, e incluso situaciones de maltrato. En el caso de parejas heterosexuales, las mujeres siguen perdiendo.

Otro hecho indiscutible es el **aumento del consumo de pornografía** a todas las edades, incluso por parte de quien todavía no tiene criterios para discernir realidad y ficción. Este incremento cuantitativo, junto a la “cualidad” de sus mensajes (erótica centrada en el pene, en lo coital, sin emociones ni sentimientos...) y unido a la **falta de una educación sexual planificada** y de calidad -llevada a cabo por profesionales de la sexología y centrada en los sujetos sexuados y no en las conductas-, hace que nos encontremos ante un verdadero desafío.

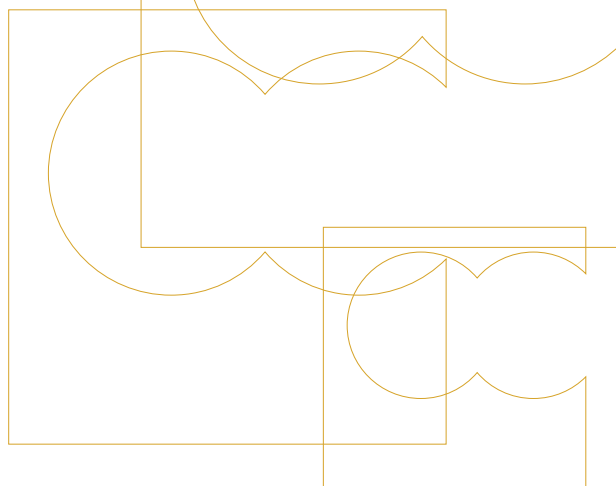
Para finalizar, quiero mencionar las dificultades de accesibilidad a **recursos de salud sexual y reproductiva** previos a la pandemia y que ésta ha dejado en evidencia. ¿Para cuándo servicios integrales que se adapten a las necesidades juveniles? Esperamos que la nueva Ley vasca de Juventud las recoja y procure.

LA REPERCUSIÓN DE LA PANDEMIA EN LA MOVILIDAD INTERNACIONAL Y LA PARTICIPACIÓN DE LA JUVENTUD DE EUSKADI EN PROYECTOS EUROPEOS

JORGE SÁEZ MARTÍNEZ

Técnico del centro Eurodesk y Europe Direct de Donostia -
San Sebastián y formador de movilidad internacional de KAEBNAI





Haciendo una reflexión de cómo ha afectado o está afectando la pandemia a la juventud de Euskadi en el ámbito de la movilidad, nos encontramos con una variedad diferenciada de realidades. Si realizamos una mirada hacia atrás en el último año y los últimos meses, encontraremos, en lo que se refiere a la recepción de grupos y los proyectos internacionales de acogida, una lenta y muy tímida vuelta a la normalidad.

Hay que tener en cuenta que el estado de alarma ha limitado la posibilidad de movilidad y la disposición de instalaciones juveniles y albergues para hacer uso de los mismos en este tipo de proyectos. Lógicamente, la situación sanitaria ha requerido, en algunos momentos, de las infraestructuras para atender a enfermos o convertirlos en casa del frío o acogida, en su defecto si era necesario, dependiendo de la realidad de cada localidad. Unido a esto, las limitaciones perimetrales no han facilitado tampoco este tipo de acciones.

En lo que se refiere a los proyectos de movilidad a otros países, la variedad también ha sido lo predominante. En el último año, sí que es verdad que, por las limitaciones entre países, se han pospuesto prácticamente la totalidad de los proyectos de movilidad de grupo, como es el caso de los intercambios juveniles o las formaciones de trabajadores juveniles, trasladando y reconvirtiendo algunos de ellos a la opción virtual, siendo esta última más acertada en lo que se refiere a formaciones y encuentros virtuales entre profesionales de juventud, pero no tanto en lo que se refiere a proyectos de intercambio juvenil, observando una muy escasa existencia de proyectos de intercambio en esta línea.

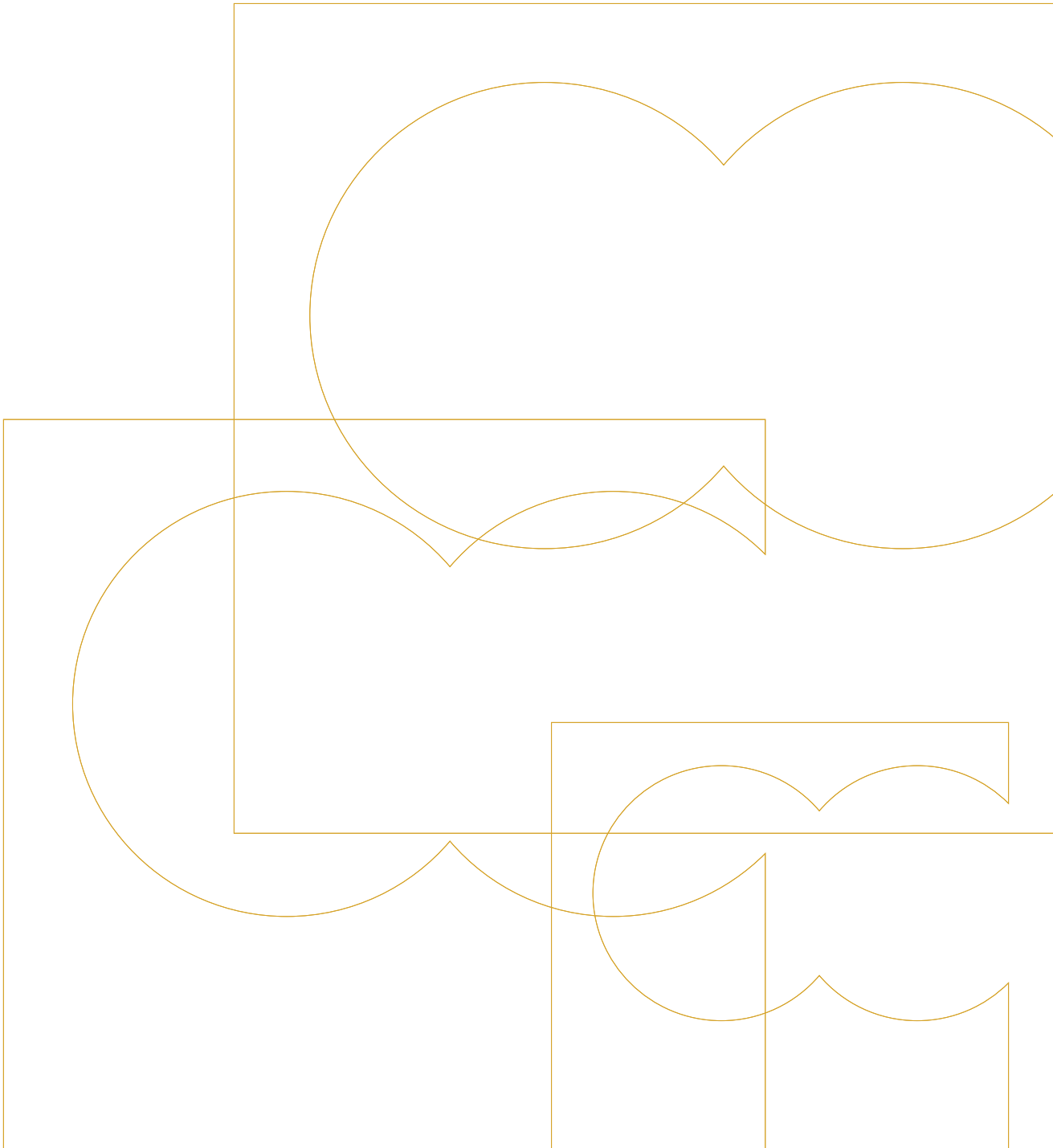
Quizás, en el verano de 2021 empezarán a desarrollarse nuevamente en presencial las acciones que iban a implementarse en el pasado verano. Parece atisbarse un lento pero incipiente retorno a las convocatorias. Aunque todavía existe bastante

incertidumbre y la situación sigue siendo muy cambiante, emergen algunas convocatorias de proyectos para desarrollarse guardando las medidas de seguridad y protección de grupos para los meses de julio y agosto del presente año. Esperemos que la situación vaya volviendo poco a poco a la normalidad; hay muchos proyectos acumulados de 2019 que deberán de realizarse en el plazo máximo de este año, lo sumo el que viene.

Por otro lado, haciendo retrospectiva del último año y medio, en los proyectos de voluntariado del Cuerpo Europeo de Solidaridad; al tratarse de movilidades individuales, algunos proyectos se han reducido, pero, sin embargo, otros se han mantenido, por supuesto aquellos que garantizaban las medidas de calidad de actividades y seguridad de las personas participantes, marcadas por la Comisión Europea en estos programas, incluso antes de la llegada del covid19.

Destaca la normalización de la situación en proyectos de ámbito medioambiental o de corte educativo en eco-aldeas, granjas escuelas u otro tipo de programas en contextos rurales, burbuja y de poca movilidad, lo que ha afectado en lo mínimo la pandemia y ha permitido mantener prácticamente la dinámica ordinaria de los proyectos y la incorporación a los mismos de las personas voluntarias de otros países.

Por el momento, el futuro es bastante prometedor. Estrenamos un nuevo marco plurianual. Los presupuestos se incrementan notablemente en todas las acciones, ofreciendo, si cabe, más oportunidades a los y las jóvenes susceptibles de participar en todas estas acciones. Además de los proyectos pendientes de desarrollarse, se abren nuevas convocatorias en mayo del presente año para desarrollar proyectos en los meses y años venideros. Esperando que la situación vuelva poco a poco a la normalidad y puedan todos desarrollarse acorde con los estándares de calidad y seguridad marcados por la Comisión.

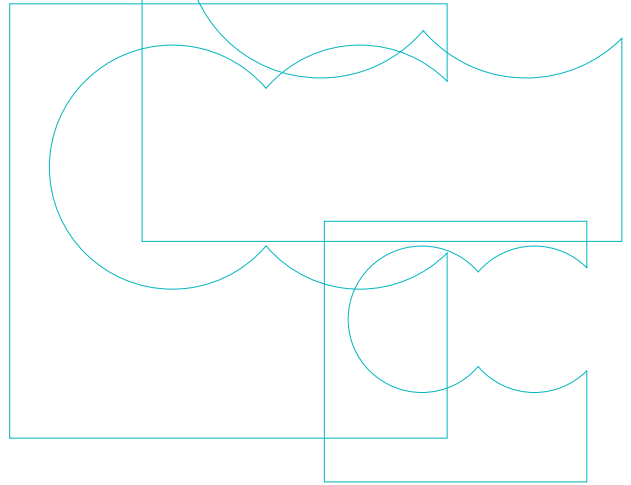


MÁS JÓVENES, MÁS TALENTO

ROBERTO SAN SALVADOR DEL VALLE DOISTUA

Director Deusto Cities. Universidad de Deusto





La Covid-19 va cediendo ante el empuje del progresivo proceso de vacunación, tras meses de muerte, enfermedad, desolación, crisis e incertidumbre. Pero, la pandemia no ha hecho desaparecer las *globaldemias* que ya assolaban nuestro planeta: el cambio climático, la transición demográfica desequilibrada, las desigualdades y las xenofobias. Todas ellas presentes, en mayor o menor medida, en nuestro entorno más próximo. De todas ellas quisiera abordar la transición demográfica, no en lo que refiere al envejecimiento de nuestro país sino en lo que exige de rejuvenecimiento de la sociedad.

Soy de los que piensa que una elevada tasa de esperanza de vida de una sociedad es siempre positiva, porque nos habla de comunidades en las que el acceso al agua potable y saneamiento está garantizado, la recogida de residuos es adecuada, la infravivienda está en proceso de desaparición, la alimentación es equilibrada, los hábitos de higiene personal están generalizados,

el sistema de salud es universal, los servicios sociales están al alcance de las personas, etc. Por lo tanto, hablar de una población que envejece porque vive más años nunca puede verse como un problema. Es más bien algo de lo que sentirse orgulloso como país.

El problema surge cuando esa población mayor de 65 años, con expectativa de vivir al menos dos décadas más, no está compensada por un mayor volumen de personas adultas activas y existe un incierto futuro por el insuficiente reemplazo por gente joven.

Considero que ésta es una cuestión crucial para la sostenibilidad de nuestro futuro demográfico, pero también para el modelo de sociedad de bienestar y bienser, y la propia viabilidad del estado social democrático y de derecho. De hecho, me llama la atención que dicha cuestión no haya estado en el epicentro de las agendas públicas hasta fecha reciente. Y no para abrir debates demográficos natalistas a la

vieja usanza, sino para plantear políticas integrales e integradas de naturaleza económica, social, cultural y ecológica que posibiliten su encauzamiento.

Por ello quisiera sugerir cuatro temas para la reflexión, a considerar individualmente y en mutua dependencia: el cuidado del talento local, la recuperación del talento expatriado, la puesta en valor de la migración talentosa con la que ya convivimos y la atracción de talento externo.

El primer tema de reflexión en el rejuvenecimiento del país tiene que ver con el cuidado de nuestro **talento local**. Desde mi punto de vista, nuestro modo de proceder actual no es el más sensato posible. Nuestros mayores, hijos de la Guerra Civil y la Posguerra, se desvivieron para que la siguiente generación accediera a las máximas cotas de formación y preparación. Con tal fin, se entregaron en sus puestos de trabajo, tanto fuera como en el hogar, para que accediéramos a una sólida formación que nos garantizara unas condiciones de vida mejores. Pero, cumplido el objetivo, nosotros, las y los babyboomers, aun habiendo facilitado variados aprendizajes a nuestras hijas e hijos, no hemos sido capaces de posibilitarles las condiciones mínimas para el desarrollo de su proyecto vital: la consecución de un empleo en condiciones laborales dignas, la posibilidad real de acceso a la vivienda y espacios públicos suficientemente abiertos para acoger sus iniciativas.

El segundo punto a considerar tiene que ver con la recuperación del **talento que se nos ha ido**. Se trata de personas a las que hemos dedicado cuidado,

recursos y tiempo, y a las que, sin embargo, el modelo de país que hemos generado no ha posibilitado un proyecto vital, con un empleo encajado y con acceso a la vivienda. Hemos logrado que nuestras ciudades y municipios no les resulten suficientemente atractivos para que sus proyectos encuentren un ecosistema en el que crecer y madurar. Y esto no es incompatible con el sano y enriquecedor ejercicio de que se vayan fuera para que vean, observen y experimenten. Pero, necesitamos que vuelvan, porque necesitamos su aporte numérico, su contribución intelectual y, sobre todo, su capacidad para innovar y emprender. Son crisoles donde se funde lo mejor de sus raíces con todo lo vivido y aprehendido en su periplo por otras ciudades del mundo.

El tercer aspecto que sugiero refiere a la necesidad de poner en valor a la **migración talentosa** que ya vive entre nosotros. La mayoría de las personas migrantes acumulan un áspero itinerario vital que les ha hecho resilientes, capaces de hacer frente a situaciones límite. Además de la imprescindible acogida humanitaria y solidaria, tenemos que acompañarles para que se formen y empoderen, para que así puedan desarrollar cuanto antes su proyecto vital autónomo como cualquier otro ciudadano. Necesitamos su incorporación como trabajadores y trabajadoras en el sistema productivo. De hecho, ya son personas empleadas, en condiciones no siempre dignas, en tareas de cuidado imprescindibles de nuestros mayores y menores que, de otra manera, no podríamos atender. Un país sabio es capaz de facilitar su proyecto vital, para que sean agentes activos en el desarrollo sostenible y equilibrado de nuestra comunidad.

Incluso, si apostamos por un diálogo transcultural, podremos hacer de nuestras ciudades, territorios y comunidades realidades más creativas, inspiradoras e innovadoras.

La cuarta cuestión que planteo se centra en la atracción del **talento global**. Podemos comenzar por el que ya se ha acercado a conocernos, a través de programas de movilidad de formación profesional o universitaria, estudiantes matriculados en los programas de grado, postgrado y doctorado, a los que podemos seguir atentamente y hacer cómplices del futuro de nuestro país. Podemos seguir por quienes se ven atraídos por nuestras ciudades atractivas, en las que puedan desarrollar su creatividad, capacidades, interés por emprender y deseo de vivir. Podemos

trabajar su aproximación a nuestra realidad desde jóvenes, cuidando los intercambios escolares, el turismo familiar y no despreciando el turismo joven mochilero. Podemos aumentar nuestra visibilidad y presencia a través de las redes de intercambio, presenciales y digitales, existentes en el mundo.

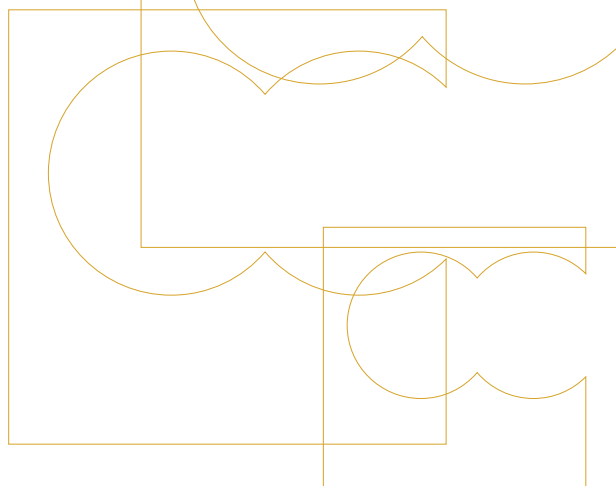
Si no queremos una **normalización** que arrastre viejas globaldemias, debemos apostar por la **transformación del país**, también en términos de **reequilibrio demográfico**: cuidar a nuestras y nuestros jóvenes, recuperar a las personas expatriadas, poner en valor a los migrantes y atraer a talentos globales para lograr un país más joven y más talentoso.

DE UNA JUVENTUD A OTRA

LUIS SANZO GONZÁLEZ

Órgano Estadístico Específico
del Dpto. Igualdad, Justicia y Políticas Sociales





La raíz de los cambios que todavía determinan las condiciones de vida de la población joven en Euskadi se encuentra en una sucesión de crisis económicas cuyo origen se remonta al último cuarto del pasado siglo. La más profunda de ellas llevó en las décadas de los ochenta y noventa a la desaparición de cientos de miles de empleos industriales. Entre 1977 y 1996, la reconversión industrial en Europa provocó la pérdida de 157.000 ocupaciones en Euskadi, una cifra que alcanza casi los 200.000 empleos al sumar las pérdidas ocupacionales del sector primario y la construcción.

La crisis de la industria condicionó durante muchas décadas la forma precaria con la que Euskadi accedía a la sociedad posindustrial. A pesar del impulso del sector servicios, incluidas las ramas más claramente asociadas a la nueva sociedad del bienestar, a mediados de 1996 la terciarización de la economía sólo permitía compensar unas tres cuartas partes de las ocupaciones perdidas en el resto de la economía.

Este desfase se producía además en el contexto de la profunda transformación social y económica que suponía, a finales del pasado siglo, el acceso de la mujer al mercado de trabajo. En 1976, menos de un 27% de la población activa estaba constituida por mujeres. A mediados de los años noventa, sin embargo, la proporción superaba ya el 45% entre la población de 16 a 34 años, un colectivo conformado además por las generaciones anchas del baby boom de los años 50 a 80.

Reconversión industrial, acceso progresivo de la mujer al mercado de trabajo y crecimiento de la población entre 16 y 34 años explican las altísimas tasas de paro existentes en Euskadi en aquel periodo. En el momento más duro de la reconversión, a finales de 1985, la tasa general de desempleo alcanzaba un 24%. Pero la crisis de la primera mitad de los años 90 aún llevaría la tasa de paro a máximos cercanos al 26% a primeros de 1994.

La juventud vasca fue el principal grupo en sufrir las consecuencias de estos cambios. A mediados de los años noventa, un 43,5% de la población entre 16 y 34 años se encontraba en paro o trabajaba con un contrato temporal o sin contrato; y esta población joven concentraba cerca de un 70% del total de casos de desempleo existentes. En la dimensión social, apenas algo más de una quinta parte de la población de 18 a 34 años no estudiante podía mantener un hogar propio. La proporción de quienes lo hacían, viviendo en una situación definida por un predominio del bienestar, era aún menor: no pasaba de un 18% del total.

A pesar de ello, esa pobreza y ausencia de bienestar apenas se manifestaba socialmente. A mediados de los noventa, un 72% de los casos quedaba oculto a los ojos de la sociedad, encerrados en el seno del hogar paterno o materno. Era una pobreza, o precariedad, principalmente encubierta.

La principal consecuencia de esta crisis social fue la paralización de los procesos normales de reproducción social. Su expresión más evidente fue la brutal caída del índice de fecundidad: de 2,65 hijos o hijas por mujer en 1977 a 0,90 en 1994 y 1995. Se trata de una evolución que poca relación tenía con ningún tipo de revolución cultural. Era sobre todo una consecuencia de la pobreza y de la exclusión social.

La situación de aquella juventud tiene sin duda muchos puntos en común con la realidad hoy vivida por la población vasca de 16 a 34 años, una de las que más ha sufrido las consecuencias sobre el empleo de la Gran Recesión y de la pandemia COVID-19. El diagnóstico de

situación de la actual juventud vasca de hoy es muy similar al señalado con anterioridad. La población joven sigue siendo, en este sentido, la principal víctima de las crisis periódicas de nuestra economía.

Sin embargo, sería erróneo quedarse en exclusiva con este diagnóstico y perder de vista algunos hechos relevantes para proyectar sus consecuencias hacia el futuro.

En primer lugar, y en términos generales, las cerca de 62.000 ocupaciones perdidas a primeros de 2021 suponen un 6,2% de caída respecto al máximo de ocupación registrado en 2008. Las cifras se alejan mucho de las más de 140.000 ocupaciones perdidas en Euskadi entre 1977 y 1985, con una reducción del 18,6% en la ocupación en aquel periodo.

De ahí que el desempleo actual en la población de 16 a 34 años tenga un impacto inferior al de otros periodos de crisis. Aunque muy elevada, la tasa de paro del 18,8% de 2021 queda lejos del 35,8% alcanzado en 1995. Frente a las cifras superiores al 70% de 1993 a 1995, o todavía cercanas al 50% en torno a 2008, el peso de la población de 16 a 34 años en el desempleo total es del 38,6% en 2021.

En segundo lugar, el escenario de futuro para la juventud vasca actual, y para quien la sustituirá en los próximos años, es completamente diferente al que tenía la población joven de los años 80 y 90. La consecución de una plena igualdad en las condiciones de trabajo sigue siendo un desafío pendiente, pero la transición hacia una sociedad con plena integración de la mujer en el mercado de

trabajo es un proceso que puede darse por básicamente terminado. En 2021, la población femenina constituye cerca de un 48% de la población activa total.

A pesar de la apertura a la inmigración, la población joven se enfrenta en la actualidad a una mucha menor presión competitiva en el mercado de trabajo. Su limitado peso demográfico contrasta, en este sentido, con el elevado número de personas ocupadas mayores de 55 años, cercanas a la jubilación. En 1995, la población de 16 a 34 años era casi nueve veces superior a la que representaba la población ocupada mayor de 55 años. En 2021, esa relación se reduce a alrededor de 2.

Por tanto, las oportunidades de empleo que se abren a la población hoy menor de 35 años son superiores a las de las generaciones jóvenes del pasado. El nivel de instrucción de la nueva población joven también se abre a mayores oportunidades de empleo, con un peso de las personas con estudios cualificados que se sitúa alrededor de 20 puntos porcentuales por encima del que existía a mediados de los años 90.

Los datos actuales de emancipación nos indican por dónde discurrirá previsiblemente el futuro. Frente a apenas un 30% de jóvenes de 16 a 34 años, no estudiantes, con acceso a una vida plenamente independiente en 1996, la proporción supera el 45% en la actualidad. En la misma línea, el impacto de la pobreza encubierta queda hoy muy lejos de lo conocido en los años 80 o 90 e, incluso, en los primeros años del siglo XXI

No se trata de negar la relevancia de los problemas de la juventud vasca actual.

Pero conviene señalar que el escenario al que se enfrenta en los próximos quince años no es el de ausencia de futuro. Es más bien un escenario de oportunidades abiertas a una vida más normal, con acceso razonable a un empleo estable, una vivienda adecuada y un salario digno.

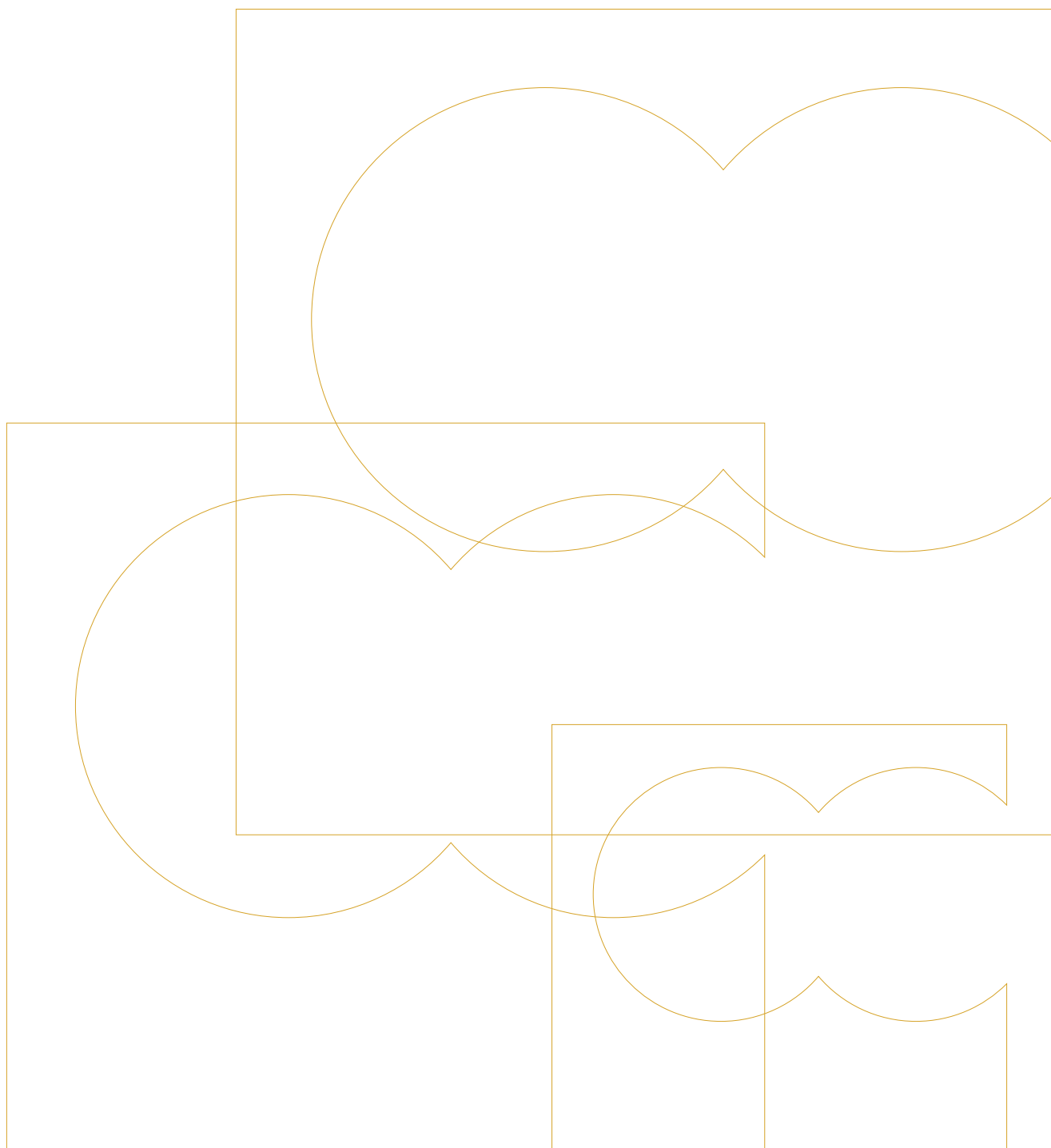
Esto no significa que nos aproximemos a una sociedad por completo estable. En materia de empleo, el principal reto económico al que se enfrentará la sociedad vasca será el de la extensión de la modernización tecnológica a los servicios. La crisis COVID-19 anticipa un futuro en el que la reducción de la necesidad de fuerza de trabajo se relacionará sobre todo con este sector económico.

Y es en el momento de afrontar las consecuencias de procesos que obligarán a repartir de forma equitativa el empleo y los recursos disponibles, al menos si se quiere frenar el riesgo de una desigualdad creciente, cuando aparecen con claridad los verdaderos desafíos a los que deberán enfrentarse las nuevas generaciones.

No se trata tanto de que éstas se jueguen realmente su futuro en la forma de afrontar estos retos. Dada su mayor cualificación y capacidad de adaptación a la nueva economía digital, es probable que la población joven sufra cada vez menos las consecuencias del riesgo de desempleo en unos servicios que deberán adaptarse a la digitalización y a otras formas de desarrollo tecnológico que, en el pasado, hicieron caer los niveles de empleo en la agricultura o en la industria.

Pero, conforme las generaciones jóvenes vayan accediendo a los puestos de liderazgo político, social y empresarial, las decisiones sobre el modelo de sociedad futuro sí dependerán en gran medida de su posición ideológica. La principal duda es si la individualización creciente de nuestra sociedad dará vida a formas de

organización política inspiradas en el individualismo stirneriano, convirtiendo en supremo el principio económico y social del “Yo único, y su propiedad”. O si, por el contrario, pervivirá de alguna manera la visión del hombre (y de la mujer) social que inspiró el debate de los jóvenes hegelianos, de Marx a Feuerbach.

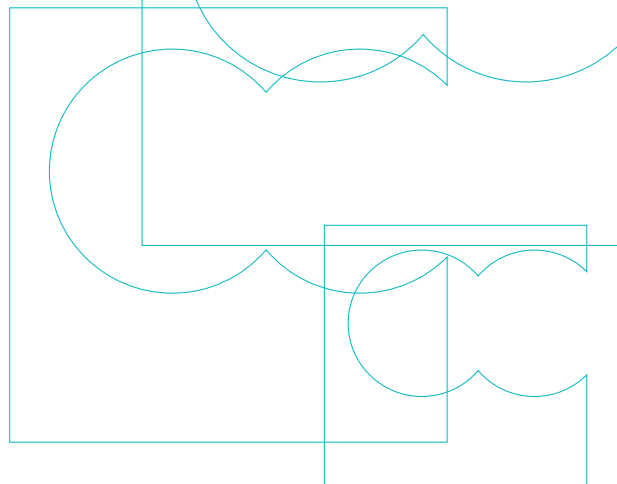


OPORTUNIDADES PARA QUE LOS Y LAS JÓVENES CUMPLAN SUS RETOS DE VIDA

NORA SARASOLA IRIZAR

Directora de Obra Social de BBK





COVID19, pandemia, anticuerpos, PCR... Estas palabras que hace año y medio no conocíamos, se han convertido en habituales en nuestro día a día. Las cosas han cambiado. Han cambiado mucho últimamente. Son momentos complicados para todas las personas, aunque en esta ocasión, me gustaría referirme a uno de los colectivos que más ha sufrido: la juventud.

La juventud vive un calvario laboral que se ha visto agravado por la concatenación de dos crisis: la financiera, primero, y la sanitaria, después. El diagnóstico que hace la BBK coincide con la de la mayoría de los expertos. La generación más preparada de nuestra historia tiene muchas dificultades para acceder al mercado laboral.

Existen elementos coyunturales difíciles de prever que golpean a nuestra juventud, pero hay otros que son estructurales y que empujan a nuestra juventud a una lucha constante contra

los empleos precarios, los salarios bajos, la inestabilidad laboral, los contratos temporales... La lista de agravios es amplia y se pueden hacer dos cosas: mirar hacia otro lado o enfrentarte al problema con valentía y poniendo encima de la mesa nuevas soluciones, ya que las recetas de antes no sirven.

De momento, desde BBK hemos decidido poner a la juventud y el empleo en el vagón cabecero de nuestras prioridades. En los últimos años hemos redoblado esfuerzos por desarrollar programas y políticas de empleo que impacten directamente en los desajustes del mercado laboral de las y los jóvenes de Bizkaia. La juventud es el futuro de nuestra sociedad y en ella debemos guiar nuestras estrategias de empleo para que nuestra sociedad avance. Para ellos tenemos un amplio abanico de proyectos dentro de cada una de las líneas estratégicas de la fundación BBK, que cuenta con la primera Obra Social del Estado por impacto económico.

Pero a la juventud se llega desde la niñez. “Sembrar para recoger”. Este podría ser el lema que BBK lleva desarrollando desde hace décadas con las y los más pequeños. Trabajamos con ellos en proyectos educativos que guardan relación con el respeto a los demás, el trabajo en equipo, el medio ambiente, la cultura... y en entornos que se brindan a absorber experiencias y conocimientos de provecho, como es Urdaibai Zentroa. En este centro desarrollamos un itinerario formativo que incide en el respeto a los demás y al medio ambiente, por medio de programas como Jagon o Klima.

Y de jóvenes pasamos a adultos y nos topamos con la realidad. La juventud quiere trabajar y quiere encontrar empleos de calidad, y una de las apuestas para lograrlo es fomentar la cultura emprendedora. Porque es un concepto en el que nos hemos quedado rezagados respecto a otras regiones europeas. Ya lo dice el Plan Interinstitucional de Emprendimiento de Euskadi 2020 cuando realiza un diagnóstico de la situación del emprendimiento en la comunidad, advierte de que la masa crítica de ideas y proyectos, su tamaño, ambición de crecimiento y orientación internacional, muestran margen de mejora.

El emprendimiento vive un momento dulce a nivel global. Parece no existir país o región que no esté realizando una apuesta más o menos explícita por el emprendimiento como palanca de desarrollo económico y social. Esta tendencia nos sitúa ante un problema. Todos quieren captar personas emprendedoras y startups.

Y en esta tesitura se encuentra nuestro

territorio. Apoyar el emprendimiento de forma integral para lograr que surjan y crezcan nuevos proyectos, empresas y empleos competitivos y sostenibles, especialmente en sectores de futuro, es un objetivo de nuestras instituciones con el que estamos alineados. Porque creemos que la colaboración público-privada es una de las vías para que Bizkaia se posicione como un buen lugar para emprender.

En este sentido, BBK presta especial atención a programas de emprendimiento que desarrollamos con otras organizaciones de Bizkaia y con entidades sin ánimo de lucro que son referencia a nivel europeo.

Recientemente hemos empezado a poner en marcha proyectos en BBK Kuna o la casa de los ODS (Objetivos de Desarrollo Sostenible), en donde estamos creando un ecosistema de emprendimiento social en virtud de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas.

Otra de nuestras apuestas se desarrolla en torno a BBK Ekin, nuestro programa integral de apoyo al emprendimiento que está resultando de una enorme validez para hacer crecer ideas de futuro que desarrollan jóvenes asentados en el territorio. Los proyectos seleccionados acceden a un potente programa de ayuda y acompañamiento; una labor que hacemos para que la persona emprendedora se centre en hacer despegar su empresa.

Pero pasemos de la visión a ejemplos concretos. El programa BBK Ekin acoge en estos momentos ideas rompedoras y valientes, como una empresa que desarrolla alimentos de

km0 de máxima calidad con materias del primer sector de Bizkaia; u otra empresa con una tecnología propia para desarrollar procesos termoquímicos de revalorización de residuos. También estamos apoyando el diseño de un dispensador de medicamentos electrónico o el desarrollo de un sistema de generación eólica urbana. Son solo cuatro ejemplos del impulso de nuestros jóvenes y de BBK por atraer talento, por apostar por ideas rompedoras con una perspectiva social, de largo plazo y vinculadas al territorio.

BBK impulsa la realización laboral de jóvenes en muchos otros campos, cuyos proyectos se tiñen de enorme dimensión social. En políticas de inclusión, por ejemplo, hemos acordado con Kutxabank habilitar una línea de financiación a un interés especial para entidades del tercer sector y empresas de economía social, cuyo trabajo se enfoca a desarrollar proyectos que fomenten la inclusión social y laboral de personas y colectivos en situación de vulnerabilidad de Bizkaia.

La cultura es otro sector en el que tenemos interés especial en que las personas jóvenes cobren protagonismo. Una de nuestras últimas apuestas tiene que ver con el apoyo a las y los solistas o grupos emergentes con el concurso Soinu Berriak de la Sala BBK. O en abrir un espacio para que jóvenes creadores se comuniquen con su público. Recientemente hemos presentado Eskaparte, un espacio para difundir el arte de nuestras y nuestros jóvenes talentos.

Es palpable que la juventud está sufriendo con la pandemia. Nuestro último Barómetro de Salud Social

nos indica que la pandemia ha tenido un impacto “notable” en seis de cada diez jóvenes. Sin embargo, es una buena noticia de que ellos y ellas sean optimistas de cara al futuro, ya que el índice de confianza social lo sitúan en 7 puntos sobre 10.

Las y los jóvenes son los primeros en palpar que la entrada en el mercado laboral supone atravesar un estrecho paso en forma de embudo. Son muchas las personas demandantes de empleo en una oferta que está constreñida por la concatenación de dos crisis: la financiera y la sanitaria. Esta falta de oportunidades está provocando cierta desmotivación, ya que las personas jóvenes interpretan que su emancipación se ha puesto en esta generación seriamente en peligro, incluso para quienes siguen formándose.

Otro caso extremo es el desencaje que han sufrido aquellas personas jóvenes con problemas de conectividad en sus hogares. Durante el confinamiento sumergió con toda su crudeza el problema derivado de la brecha digital, algo que creíamos solo se daba entre las personas más mayores.

Muchos y muchas jóvenes han visto tambalearse a sus familias por efectos de la pandemia. La pérdida de seres queridos, las dificultades económicas de su entorno familiar como consecuencia del desempleo... No solo han vivido con los efectos del confinamiento en sus vidas, sino que han convivido con los daños en las personas que son sus referentes.

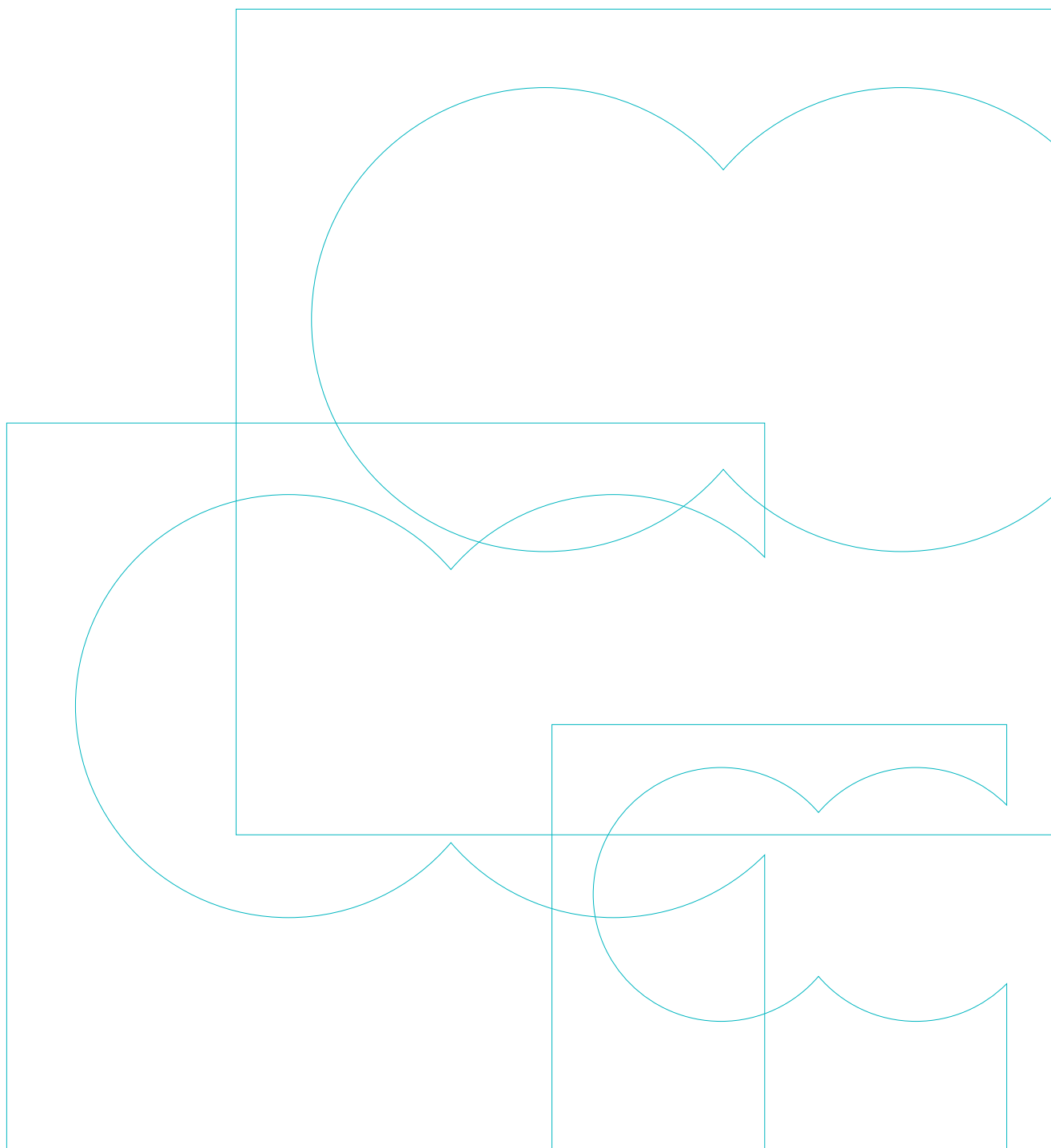
Han vivido una época de importantes restricciones de libertad en la etapa de

su vida en la que menos entienden los sistemas estancos y en la que cuesta adaptarse a sistemas jerárquicos y autoritarios. Esto habrá hecho nacer muchas reflexiones o habrá generado rebelión en muchos de ellos.

Pero no todo han sido obstáculos. La pandemia ha sacado la solidaridad de las y los jóvenes a relucir a través de programas o iniciativas voluntarias o comunitarias de apoyo a personas mayores o dependientes. Además, las personas jóvenes han demostrado

su resiliencia, plasticidad y rápida adaptación al sistema educativo que se les ha sobrevenido.

Durante este año 2021 se debería de abrir una ventana de oportunidad. El uso de los fondos europeos no debería desatender uno de los principales frentes de batalla: la lucha contra el paro juvenil. Las y los menores de 25 años fueron los más golpeados por la anterior crisis económica. Y ahora, en plena pandemia, hay que apostar por ellos y ellas y no dejarles de lado.

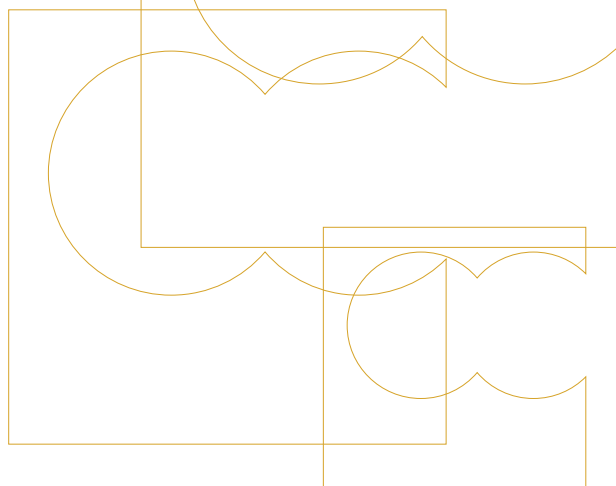


EL IMPACTO DE LA COVID-19 EN LAS PERSONAS JÓVENES DE ORIGEN EXTRANJERO EN EUSKADI

JULIA SHERSHNEVA ZASTAVNAIA

UPV/EHU; Ikuspegi-Observatorio Vasco de Inmigración





La pandemia de la COVID-19, sin duda, ha afectado a toda la población mundial y, como se ha podido apreciar en múltiples informes y estudios, su impacto no se ha limitado solamente al ámbito de la salud. Así, las medidas tomadas para paliar la propagación del virus están teniendo consecuencias en casi todas las esferas vitales: educación, empleo, bienestar social y psicológico, movilidad de personas, etc. Según las estimaciones del Banco Mundial, por primera vez en los últimos 20 años la pobreza sube en alrededor de 88 millones de personas en situación de pobreza extrema en el mundo (World Bank, 2021).

Si bien es cierto que la pandemia ha afectado a toda la población, hay segmentos de la misma que son especialmente vulnerables en cuanto a sus efectos se refiere. Entre ellos, las personas migrantes suponen uno de los colectivos con mayor riesgo de sufrir consecuencias económicas y sociales derivadas de crisis estructurales como la de la COVID-19.

Si nos centramos en la población de origen extranjero joven en la CAE, el peso de la franja de edad de entre 15 y 29 años sobre el total de la población es dos veces superior al de las personas de origen autóctono (24,6% frente al 12,6%, respectivamente). Por tanto, estamos hablando de que una cuarta parte de la población de origen extranjero asentada en la CAE es joven. Como han demostrado varios estudios (Injuve, 2020; Amalgama7, 2020; Mahía, 2020), los efectos de la pandemia de la COVID-19 en personas jóvenes en general han sido importantes. Así, por un lado, se destaca el aumento de la precariedad laboral en este segmento de población que antes de la pandemia ya se caracterizaba por tener indicadores ocupacionales preocupantes, básicamente elevadas tasas de paro y sobrecualificación. Por otro lado, la educación de las personas jóvenes se ha visto afectada de manera considerable, sobre todo como consecuencia del cierre de los centros escolares o el cambio de la

modalidad de los estudios. Por último, se han detectado consecuencias a nivel psicológico y emocional que se traducen en unos mayores niveles de ansiedad, estrés y depresión, así como el aumento de los comportamientos conflictivos, especialmente en adolescentes (Amalgama7, 2020).

Todas estas consecuencias arriba mencionadas también han afectado a la población de origen extranjero joven, en cuyo caso los efectos han sido más graves teniendo en cuenta su condición de ser jóvenes e inmigrantes, -condiciones, a su vez, atravesadas por múltiples desigualdades sociales y económicas-. Así, según la última Encuesta de Pobreza y Desigualdades Sociales de 2018, la tasa de hogares de nacionalidad extranjera en situación de pobreza real asciende al 30,7%, mientras que en el caso de la población autóctona es del 4,2% (EPDS 2018, Gobierno Vasco). Esta realidad atraviesa varias dimensiones vitales. Asimismo, con la puesta en marcha del aprendizaje a distancia durante la pandemia, se ha hecho patente la brecha digital que está afectando de una manera importante a los sectores de la población más vulnerables, incluida la de origen extranjero, que no siempre tiene acceso a las tecnologías digitales necesarias (OIM, 2020). Es por eso que, si antes de la pandemia se detectaban indicadores de vulnerabilidad en el ámbito educativo para el alumnado inmigrante, como el rendimiento escolar o abandono prematuro de los estudios, en el contexto actual es de esperar que las desigualdades preexistentes se agraven aún más.

Los meses de confinamiento en sí han sido muy duros para toda la población,

pero en mayor medida lo han sido para aquellas personas o familias que tienen problemas de vivienda o de hacinamiento. En este sentido, la población de origen extranjero presenta esta problemática más frecuentemente que la autóctona. Así, según los últimos datos de la Encuesta a la Población Inmigrante Extranjera (EPIE 2018, Gobierno Vasco), el 34,2% de las personas de origen extranjero residen en viviendas con una superficie inferior a 20 metros cuadrados por persona. Entre ellas, el 18% son personas de entre 15 y 29 años.

Por otra parte, hablando de la población joven de origen extranjero activa, esta también ha notado efectos negativos de la pandemia y la crisis económica derivada de la misma. La doble desventaja en el mercado laboral, por su condición de ser jóvenes y a la vez de origen extranjero, hace que sean especialmente vulnerables a los cambios económicos estructurales. Al estar muchas veces ocupando nichos laborales más precarizados, ya sea en la economía informal o en sectores caracterizados por alta temporalidad e inestabilidad laboral, están expuestos en mayor medida a la pérdida de empleo o empeoramiento de sus condiciones laborales.

Por último, cabe hablar de otro segmento de la población joven de origen extranjero que son menores y jóvenes migrantes sin referentes familiares en el país de acogida. Aunque no se trate de una realidad numéricamente relevante, son personas que se encuentran en una situación de vulnerabilidad en muchos aspectos (Ararteko, 2021), situación que ya en el contexto pre-

pandemia era preocupante. Según el informe del Ararteko, aunque durante la crisis sanitaria y el confinamiento se pusieran en marcha programas especiales y servicios de emergencia municipales, sobre todo para atender a aquellas personas jóvenes sin hogar, este colectivo sigue presentando grandes dificultades para la inserción e integración laboral y social en el país de acogida, que con la pandemia no han hecho más que aumentar.

BIBLIOGRAFÍA

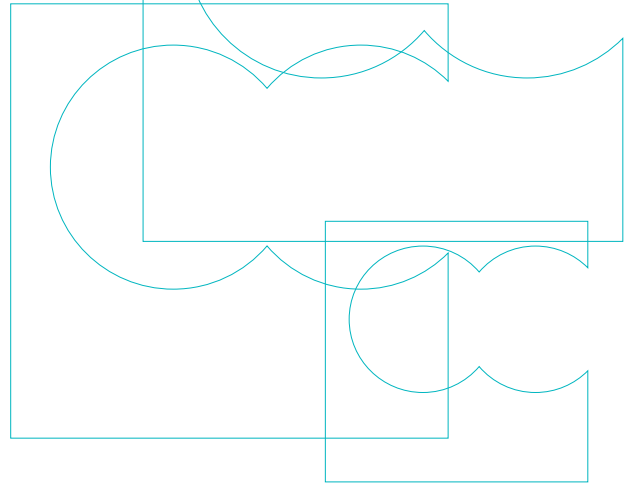
- Amalgama7 (2020). Adolescentes, familias y COVID 19: *¿Convivencia o supervivencia?* Disponible en: https://www.euskadi.eus/contenidos/documentacion/doc_sosa_adoles_fam_covid_19/eu_def/adjuntos/estudi_d3.pdf
- Ararteko (2021). Jóvenes migrantes sin referentes familiares en Euskadi: *Diagnóstico y propuestas de actuación*. Disponible en: https://www.euskadi.eus/contenidos/documentacion/doc_sosa_aratek_joven_diagnos_/es_def/adjuntos/Jovenes-migrantes-sin-referentes-fam_Ararteko_Diagnos_Pptas.-acutucion.pdf
- EPIE 2018. Encuesta de la Población Inmigrante Extranjera Residente en la CAE 2018. Disponible en: https://www.euskadi.eus/web01-a2famil/es/contenidos/documentacion/informes_epie/es_def/informe_epds.html
- Gobierno Vasco (2020). *Encuesta de Pobreza y Desigualdades Sociales (EPDS)*. Órgano Estadístico Específico del Departamento de Empleo y Políticas Sociales. Disponible en: https://www.euskadi.eus/contenidos/documentacion/_epds_2018/es_epds2012/data/Informe%20EPDS%202018_FINAL.pdf
- InJuve. Instituto de la Juventud (2020). *Juventud en riesgo: Análisis de las consecuencias socioeconómicas de la COVID-19 sobre la población joven en España*. Disponible en: <http://www.cje.org/descargas/cje7620.pdf>
- Mahía, R. (2020). «Los efectos del COVID-19 sobre la inmigración en España: economía, trabajo y condiciones de vida». *Anuario CIDOB de la Inmigración* 2020(enero de 2021), p. 68-81. DOI: doi.org/10.24241/AnuarioCIDOBInmi.2020.68
- OIM (2020). *Instantáneas analíticas sobre la COVID-19: Consecuencias para los niños y jóvenes migrantes Comprender las consecuencias de la pandemia para la migración y la movilidad*. Disponible en: https://www.iom.int/sites/default/files/documents/instantaneas_analiticas_covid-19_17_consecuencias_para_los_ninos_y_jovenes_migrantes.pdf
- World Bank (2021). *Global Economic Prospects*. Washington, DC: World Bank. DOI: [10.1596/978-1-4648-1612-3](https://doi.org/10.1596/978-1-4648-1612-3)

JUVENTUD, PANDEMIA E INCERTIDUMBRES

MARÍA SILVESTRE CABRERA

Catedrática de Sociología de la Universidad de Deusto.
Directora del Deustobarómetro





La pandemia ha afectado a nuestras vidas, nuestra cotidianidad, nuestras relaciones sociales y, también, a nuestras ideas y valores ideológicos y políticos. En un primer momento, se consideró que un aprendizaje de la pandemia debía ser la solidaridad como principio generador de comunidad. El alcance global de los contagios y el tipo de respuesta que se estaba generando, sobre todo desde el ámbito sanitario y asistencial, nos hicieron creer que nuestras sociedades asumían la solidaridad como principio constructor de nuevas maneras de definir la normalidad. Sin embargo, la perdurabilidad de la pandemia, de las restricciones y controles, nos ha traído también la afirmación individualista del principio de libertad. Es algo que hemos podido constatar en las elecciones autonómicas de la Comunidad Autónoma de Madrid. Muchas personas, mayores y jóvenes, han reivindicado el ejercicio de la libertad individual por encima de restricciones colectivas que tenían, en su legitimación social, la protección comunitaria de la salud de las personas.

Hace poco nos dejaba Ronald Inglehart, sociólogo norteamericano padre fundador de la Encuesta Mundial de Valores. Inglehart (1997) llevaba años estudiando nuestras sociedades tratando de observar si era cierto que generaciones socializadas en modelos de desarrollo, con las necesidades cubiertas, priorizaban valores alejados del materialismo y cercanos a lo que él llamó postmaterialismo: autorrealización en el empleo; participación social en la política; priorización de la ecología, etc. La juventud vasca se habría socializado en un modelo de abundancia, sin embargo, también habría padecido dos fuertes crisis sucesivas, la económica de 2008 y la sanitaria de 2020. El postmodernismo no ha sustituido las categorías ideológicas previas: izquierda vs. derecha. Ni siquiera ha perdurado la distinción que se pretendía transversal entre la “gente de arriba y la de abajo” que señalaba a las castas y al régimen del 78, ya que pronto hemos recuperado la bandera de la izquierda, aunque cada

vez es más difícil recuperar la conciencia de clase (trabajadora).

Cabría preguntarse si la reivindicación de una libertad individual, ajena a las consecuencias que su ejercicio puede tener en la comunidad es o no un valor postmaterialista. Desde luego está sumamente relacionado con el “individualismo placentero y protegido” del que nos hablaba Javier Elzo (Elzo y Silvestre, 2010) y menos con el proceso de individualización propio de la modernidad, ya que tal y como lo han definido Beck y Beck (2001) o Halman (1996), este no supondría una ruptura con vínculos solidarios. Es un individualismo que a la vez que reivindica la libertad individual es consciente de la necesidad de un fuerte sector público que sea capaz de responder y protegernos ante las necesidades sobrevenidas y ante el riesgo del desamparo.

La juventud hoy, como le ocurre a la población en general, es diversa y debemos aplicar una mirada interseccional si queremos siquiera acercarnos a su descripción. Ideológicamente parece ser una juventud más progresista que conservadora y más soberanista que constitucionalista. A su vez, prevalecen nuevos valores propios del postmodernismo como la preocupación ecológica y la reivindicación feminista, en este caso, más presente entre las mujeres que entre los hombres jóvenes. Desde 2018, el movimiento feminista en su manifestación en las calles y en su presencia en las redes sociales se ha incrementado gracias a una masiva participación de mujeres jóvenes. Quienes hablan de la cuarta ola del feminismo (Silvestre, López y Royo,

2021) la relacionan, precisamente, con su rejuvenecimiento, con el uso de las redes sociales, con la transversalidad ideológica y con la lucha contra la violencia sexual como principal prioridad en su agenda. Amelia Valcárcel (2019) afirma que el feminismo es una teoría política, un movimiento social y una agencia (además de elementos no previstos). Algunos de los elementos no previstos son el desarrollo de la teoría Queer y el debate teórico que redefine las identidades y las sitúa en una realidad líquida, continua, cambiante. Hay quienes sostienen que esta división en el feminismo es, también, una división generacional. Las jóvenes feministas estarían más próximas a un feminismo identitario, representado por Judith Butler, mientras que el viejo feminismo se situaría en el ámbito de la reivindicación del sujeto histórico del feminismo y en la necesidad de la redistribución, representado por Nancy Fraser.

La juventud hoy es también un colectivo de personas que sufre la precariedad en el empleo, la falta de seguridad en la construcción de un proyecto vital a largo plazo que le lleva, en muchos casos, a priorizar el “carpe diem” y el “sapere aude”: vive el momento y atrévete a saber, atrévete a ser libre. Es difícil proyectar futuros en sociedades líquidas, casi gaseosas, donde se ha instalado la incertidumbre como única certeza. Hace unos años la incertidumbre se disfrazaba de certeza, hoy la única certeza es que lo que nos espera es incierto, voluble, inseguro, precario. ¿Cómo construir un relato generacional con estos mimbres? Es difícil hacerlo porque a lo que nos aboca es a un mayor individualismo, sin embargo, conviven con este apuestas

solidarias, discursos de austeridad, de reciclaje y no consumismo en un sistema que se fundamenta en el consumo irracional para garantizar su crecimiento.

Creo que podrán definirse los valores de la juventud de hoy cuando los estudiemos desde la adultez de mañana, hasta entonces conviven plurales, diversos, líquidos e inciertos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

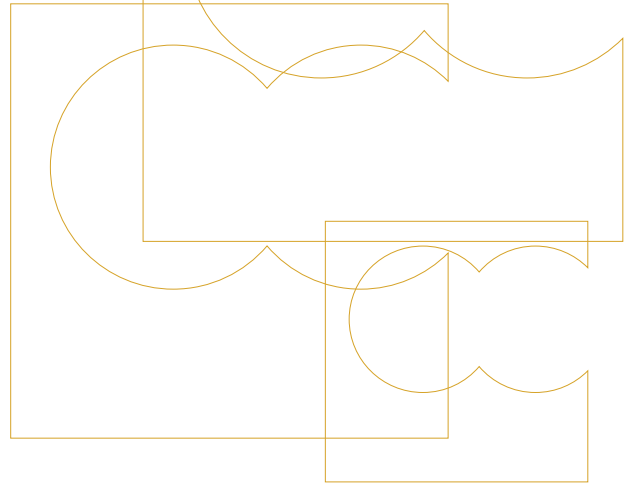
- Beck, Ulrich and Beck-Gernsheim, Elisabeth (2001) *Individualization. Institutionalized Individualism and its Social and Political Consequences*, Sage Publications.
- Elzo, Javier y Silvestre, María (2010) *Un individualismo placentero y protegido. Cuarta encuesta europea de valores en su aplicación a España*, Publicaciones Universidad de Deusto.
- Halman, Loek (1996) *Individualism in Individualized Society?* *International Journal of Comparative Sociology*, Volume 37: Issue 3-4, pp. 195-214.
- Inglehart, Ronald (1997) *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*. Princeton: Princeton University Press.
- Silvestre Cabrera, María; López Belloso, María; Royo Prieto, Raquel (2021) *New Feminist Studies in Audiovisual Industries. The Fourth Wave in Audiovisual Content: A True Achievement of Feminism?* *International Journal of Communication*, Vol. 15, p. 23.
- Valcárcel, Amelia (2019) *Ahora, Feminismo: Cuestiones candentes y frentes abiertos*, Ediciones Cátedra.

COVID19 Y JUSTICIA INTERGENERACIONAL

JOSEBA ZALAKAIN HERNÁNDEZ

Director en SIIS, Centro de Documentación y Estudios





El impacto de la pandemia de la COVID19 sobre las personas jóvenes es obvio y ha sido analizado en multitud de estudios, informes y análisis. Las consecuencias de la pandemia han sido demoledoras desde el punto de vista del acceso a la educación y al empleo, de la socialización, de la salud mental o del acceso al ocio y a la cultura. Por citar sólo un estudio, la OIT señalaba en verano de 2020 que el impacto de la pandemia en las y los jóvenes ha sido “sistemático, profundo y desproporcionado”.

Las razones de este mayor impacto son obvias: por una parte, la COVID ha afectado a las personas jóvenes –y a los niños, niñas y adolescentes, así como quizás también a las personas mayores– en unos años literalmente irrepetibles: el verso de Sabina –“quién me ha robado el mes de abril”– se ha convertido durante muchos meses en una realidad literal para los jóvenes y adolescentes. Por otra parte, muchos de los mecanismos de protección frente a la pandemia –al menos los relacionados

con el ámbito sociolaboral– están pensados para personas adultas relativamente bien insertas en el mercado de trabajo, y en mucha menor medida para quienes están iniciando su trayectoria laboral. La dualidad del mercado de trabajo –en cuanto a salarios, horarios, jornadas y otras condiciones laborales– y del modelo de protección social que de ese mercado de trabajo se deriva han vuelto a dejar de lado –como en la crisis anterior, y en las anteriores– a los y las jóvenes.

Es obvio además que no se trata de consecuencias fáciles de absorber en el medio y corto plazo y que algunas de las cicatrices que esta pandemia ha dejado sobre las generaciones jóvenes persistirán durante décadas en forma de mayores tasas de pobreza y desempleo, mayor precariedad, menores tasas de emancipación, peor salud mental, mayores dificultades de acceso a la vivienda, menor fecundidad, mayor incertidumbre y mayor desigualdad. Parte de los fondos

necesarios para la reconstrucción serán además financiados –dentro de algunos años, cuando sean adultos y adultas– por quienes hoy son niños, niñas, adolescentes y jóvenes: las deudas se pagan, aunque sean créditos a bajo interés, años después de haber gastado el dinero.

También hay que señalar, en cualquier caso, en relación al impacto de la COVID19 sobre las personas jóvenes, que este impacto se ha repartido de forma muy desigual dentro del propio colectivo joven, y que no toda la población juvenil ha sufrido de la misma manera las consecuencias de la pandemia. Como en tantas otras cuestiones, el género, el origen, la clase social y, muy especialmente, la familia en la que cada persona ha tenido la –buena o mala– suerte de nacer determinarán sin duda el tamaño y la profundidad de las cicatrices causadas por la COVID.

En todo caso, una de las principales consecuencias de la pandemia sobre las personas jóvenes se refiere al ensanchamiento de las brechas generacionales que caracterizan de forma creciente nuestra estructura social. La COVID ha vuelto a mostrar la cada vez mayor importancia del factor generacional como elemento diferenciador en cuanto a intereses, posicionamientos, perspectivas y oportunidades. Simplificando quizás en exceso, podemos decir que las mismas medidas que han permitido proteger la salud de las personas adultas y, especialmente, de las personas mayores han sido las que han impactado más claramente en las oportunidades educativas, laborales, relacionales, emocionales y –en

definitiva– vitales de las personas jóvenes. Aunque pueda pensarse en la existencia de un interés general, no puede ocultarse en qué medida –en lo inmediato– la protección de la salud de unos sectores generacionalmente determinados ha exigido que otras generaciones –expuestas en menor medida a los riesgos sanitarios de la pandemia– hayan tenido que sacrificar sus derechos y sus intereses. El debate sobre la ocupación del espacio público, con su corolario de hábitos y conductas irresponsables por parte de muchas personas jóvenes, es uno de los mejores exponentes de esta situación, en la que las y los jóvenes no han tenido más remedio que sacrificarse para proteger, sobre todo, la salud y la vida de las personas mayores (sus padres, madres, tíos, tías, abuelos y abuelas, por otra parte).

Es difícil negar que este sacrificio haya sido imprescindible, además de justo. No se podía ni se debía hacer otra cosa. Pero estos sacrificios se han producido en un contexto en el que la ruptura del pacto intergeneracional es notoria; en un contexto en el que la edad se configura como un elemento esencial a la hora de explicar las situaciones de pobreza, precariedad, desventaja y desigualdad. No es esta una situación nueva: al menos desde los años 80, en lugares como Euskadi, el bienestar de una parte mayoritaria de la población adulta se ha construido mediante políticas –laborales, de vivienda, de protección social...– que no sólo han postergado a las y los jóvenes, sino que les han conducido mayoritariamente a la precariedad y a la desprotección. La creciente diferencia en cuanto a condiciones de vida entre las personas jóvenes y las personas mayores, la

evidente asimetría generacional del gasto en protección social, el abismo creciente en cuanto a la influencia política y mediática de las personas mayores frente a las personas jóvenes... son algunos de los elementos que hacen pensar que el pacto generacional que en algún momento guio el funcionamiento de nuestras sociedades apenas funciona, y requiere una profunda y urgente revisión. Este es, probablemente, uno de los principales retos de la sociedad vasca.

En ese aspecto, la COVID19 no ha sido otra cosa que llover sobre mojado. Por eso es importante señalar que la reconstrucción económica y social que ha de abordarse en la época post pandemia debe, en primer lugar,

basarse en la renovación y actualización del pacto intergeneracional y en la necesidad de garantizar unos niveles básicos de justicia intergeneracional. El mercado laboral, el mercado de la vivienda, el modelo de protección social... son dimensiones de la vida cotidiana diseñadas en función de los intereses de las personas adultas y de las personas mayores. La COVID –de forma, obviamente, fortuita– ha acentuado esa brecha de derechos, intereses y posibilidades. Esperemos que la reconstrucción socioeconómica que debemos encarar durante los próximos años se plantee entre sus objetivos básicos el de cerrar esa brecha, mediante políticas que tengan también en cuenta los derechos y los intereses de las personas jóvenes.